

Cartas circulares 1997-2003

Fernando Zúñiga

© 2004, Manchester
Es propiedad del autor.

¿Es la sintaxis que requiere comienzos,
desarrollos y finales en tanto que declaraciones
de hechos, la única sintaxis que existe?
Ésa es la verdadera pregunta.
Hay otras sintaxis.
—Carlos Castaneda, «El lado activo del infinito»

A comienzos de 1997 cedí a presiones provenientes de diversos sitios (amigos insistentes, amigos indecisos, mi propio deseo de ostentar orden...) y perpetré un cometido bastante curioso: reuní en un volumen de impresión casera las cartas que les había enviado a un número relativamente reducido de amigos y uno que otro familiar entre 1992 y 1996, por aquel entonces todos ellos residentes en Chile. Dichas cartas comenzaron siguiendo el modelo de las *Rundbriefe* germanas (un mismo contenido, multiplicado ya sea en impresora o en fotocopidora, para todos los destinatarios), por lo cual las llamé "cartas circulares". Con el correr del tiempo, las cartas acaso mantuvieron la idea básica pero se fueron apartando del estilo epistolar tradicional; en particular, los pasajes de ficción —llamémoslos así para seguir la práctica taxonómica de las librerías anglosajonas— no estaban explícitamente designados como tales y causaron desconcierto y a veces incluso desasosiego en más de un destinatario.

En lugar de la labor de edición a la que debería haberme entregado durante la preparación del volumen, dediqué algún tiempo a subdividir el muy dudoso opus en cinco partes que correspondían a los intervalos entre mis viajes a Chile, y a prologar cada una de estas partes, además de prologar y epilogar la recopilación en su conjunto. Esta vez he dedicado algún tiempo a la edición y he decidido abstenerme de comentar nada. El volumen contiene las cartas escritas entre 1997 y 2003, aunque tengo la sensación de que algunas cartas de 2001 y especialmente 1998 faltan de esta recopilación. Algún amigo coleccionista tal vez remedie esta falta en el futuro, y si esas epístolas se pierden irremisiblemente en el tráfico de la posmodernidad, tampoco es tan grave. Los destinatarios de doce años después están más desperdigados por el planeta, y ya no son necesariamente los mismos. Algunos son, pero no estaban. Otros no eran, pero ahora están. ¿Y quién es el mismo, después de doce años?

El volumen no ha sido impreso pero es accesible en Internet.

Y hay tantas sintaxis.

Uno (1997, 1)

Los cinco colores enceguecen al hombre.
 Los cinco tonos ensordecen al hombre.
 Los cinco sabores embotan al hombre.
 La montería y la caza enloquecen al hombre.
 Los objetos preciosos desvían la conducta del hombre.
 —Lao Tse, «Tao Te King» XII

Si esto pasaba antes, con mayor razón ahora. Los macs de la universidad dan a elegir entre 256, miles y millones de colores, y hay al menos 256, miles o (quizás ya) millones de gringos lanzando a Internet imágenes para aprovechar la cosa. La cantidad de *journals* (no mencionemos la cantidad de artículos en ellos) en cada disciplina se ha hecho imposible de digerir, los menús exóticos en las ciudades por acá de más de doscientos mil habitantes marean no sólo por el olor, la cantidad de discos compactos en las tiendas sobrepasa lo que una mísera vida alcanzaría para escuchar. No es raro que en medio de toda esta explosión de estímulos la posmodernidad esté de moda, si ya nadie entiende un carajo. Al parecer.

Juanito Romero se sentó en la arena a ver pasar una bandada de gaviotas. El sol ya había empezado a bajar a sus espaldas, y pensó en lo hermoso que se veía el horizonte, vacío como una línea, brillante como un espejo. A lo lejos alguien gritaba, pero Juanito apenas recordaba quién podía ser. Una brisa acababa de columpiar las palmeras a su derecha y le había dado, incluso, un poco de sombra. Recordaba a su madre, sus ojos lánguidos y su olor a pan fresco, y a su hermanito Diego. En Sevilla le habían dicho que se haría rico, y él lo había creído. De pronto, las olas rompieron con más fuerza en unos roqueríos cercanos y la brisa se apagó. Sólo el graznido de algún ave perdida, y la interminable arena blanca, hasta llegar adonde humeaba algo, allá a la izquierda. Le habían dicho que pronto regresaría y pondría un mesón en Extremadura, que ayudaría a su familia, que todo saldría bien, y él pensó que de todos modos volvería, no como otros de quienes se decía que se habían quedado a buscar la ciudad dorada. De nuevo los gritos, Juanito se volvió y pensó que debería ir a ayudar, quizás lo estuvieran buscando, y se fue caminando por la arena húmeda. El sol seguía bajando, ya saldrían las estrellas, y Juanito Romero pensaba por qué todos gritaban allá lejos. Le habían dicho que Cortés había mandado quemar los barcos, y él aún no sabía si creerlo o no. De todos modos, pensó al recoger una caracola blanca, llevársela al oído y escuchar el rugir del ancho mar, todo iría bien.

...y sin saber bien cómo, terminé de empleado público. Porque hasta ahora los funcionarios universitarios en la universidad de Zúrich son contratados por el ministerio de educación del cantón, de acuerdo a un montón de párrafos e incisos tanto más indescifrables cuanto interminables. Mi puesto se llama algo así como *secretario administrativo*, lo cual suena, digamos, no tan bien como lo que decían mis boletas hace algunos años (*asesorías económicas y financieras*), o el guía telefónico de la reaseguradora (*account underwriter*), pero también esto es relativo. La carga laboral me ha obligado a reducir la carga académica al mínimo (qué horrible esta última palabra), lo cual sin duda es sano y lo necesitaba. Por qué me demoraré tanto en darme cuenta de lo obvio.

La palabra latina *exstinguere* podía ocuparse para algo que se apagaba (como una luz) o algo que se secaba (como una vertiente). Todavía no decido cuál de las dos metáforas es más apropiada para describir los idiomas en peligro de extinción, a pesar de que nadie me haya pedido mi opinión. ¿Es un

idioma, y la cultura a la que le sirve de vehículo y expresión, un fuego que da calor, orienta e ilumina, o más bien una fuente que refresca, nutre y vivifica? Probablemente ambos, al menos a veces, tal vez de ahí mi irresolución. Tú y yo tenemos la suerte de hablar uno de los idiomas que van a sobrevivir el cambio de milenio (faltan menos de mil días para esa sobredimensionada fiesta de Año Nuevo), pero miles de personas verán que la lengua de sus abuelos o de sus padres será relegada al olvido definitivo; no sólo en las cabezas sino también en los libros, que no guardarán registro alguno de la manera en que alguna vez, alguien oró para recibir ayuda, alguien murió de amor en una mirada y lo cantó, alguien enseñó a su hijo a arar la tierra, a preparar una comida o a curar una enfermedad. Ciertamente mi trabajo como ayudante de investigación en el proyecto de investigación sobre idiomas que peligran me ha hecho más sensible en algunos aspectos. Se podría objetar, como de hecho algunos lo hacen, qué más da. Se podría.

Hice cambiar las cámaras y los neumáticos de mi bicicleta por otros más resistentes, porque un par de veces me quedé botado y tuve que caminar cuesta arriba para llegar a destino. Si alguien me quería recomendar bajar de peso para no sobre-exigir el caucho en las cunetas, ya no importa tanto; voy y vuelvo en breves instantes a mi lugar de trabajo y estudios sin que mi vida corra, creo, demasiado peligro, y así me siento un pichintún más vivo que mirando las caras largas y somnolientas en el tranvía, con olor a café con leche, cigarrillo y perro mojado. El único detalle poco grato es el alto nivel de precipitaciones que ha tenido abril, pero qué se le va a hacer, cuánto se echa de menos a Willy Duarte. Por lo menos mis alumnos en la universidad sufren sin contratiempos de ocho a nueve de la mañana los días lunes, y yo siempre llego entre diez y quince minutos antes para dar el ejemplo. No hay nada como un buen ejemplo.

Caminando por un sendero impredecible flanqueado por el ocaso en los árboles llego a una laguna. Lagunita, a decir verdad, en medio de un parque y a un costado del campus científico de la universidad. Recuerda a San Joaquín en primavera, el cielo azul atardecido sobre esas terrazas, columnas y bloques de cemento, metal y plástico. Alguien hace un asado, a intervalos regulares pasan los trotadores, por ahí una niña esconde sus ojos celestes —uno detrás del párpado arrugado y otro detrás de la cámara con que registrará a su pololo. Una torre inmensa más allá de los álamos da las cuatro campanadas rutinarias antes de las ocho inquietantes, o quizás sea al revés. Se levanta un viento helado, salto de un peñasco calculado a otro asustando a los patos, y los de la cámara se van en la otra dirección. Como si esto fuera todo.

¿He olvidado, he abandonado el navajo? Sólo temporalmente, espero. Sin embargo, este semestre me está dando —literalmente— bastantes dolores de cabeza; mi pobre cabecita ya está cansada y necesita un descanso, si sólo supiera cómo descansar. Estoy escribiendo mi último trabajo de lingüística inglesa y todas las semanas revisando gramáticas de bodo y garo, dos lenguas minoritarias del noreste de India. El garo sería al menos tan didáctico como el latín o el griego, pero supongo que en Occidente todavía no están preparados para el cambio —además, todo habla de eliminar por superfluo en vez de reemplazar por algo igual o mejor, un tipo victoriano habría dicho *their arrogant ignorance will be their undoing*, yo la verdad... no sé qué decir. Sigo dando y tomando clases, pero con qué fin seguir contando estas cosas. Con qué fin.

Y me terminaron robando la famosa bicicleta. Sí, del frente de la casa, bien protegida con una cadena con candado y un candadito especial, un sábado por la mañana —puede que los neumáticos nuevos hayan sido una tentación demasiado grande, o que el Dr. Conchezuma haya estado detrás de todo. Aún no sé si la policía la encuentre (dúdolo mucho), si el seguro me pague algo (está por verse), si la reponga, como decían en la Suiza de Reaseguros: puede que sí, puede que no, lo más probable es que quién sabe. No sé si valga la pena irse caminando a la universidad, ahora en verano, claro que

tanto verano todavía no tenemos (ayer llovió y estuvo helado), siento que mi tiempo es demasiado valioso como para ir y volver caminando, o tal vez sea demasiado valioso como para *no* ir y volver caminando. Volver... con la frente marchita, aunque de momento me cuesta imaginarme una frente en flor. Como ven, hoy estoy algo indeciso.

Lupe llegó a la oficina sin albergar muchas esperanzas, supongo que yo no lo habría hecho mejor. En mal inglés preguntó por los formularios necesarios para gestionar la inmigración de su familia, pero el tono en que le contestaron le demostró que le habían entendido bien. Demasiado bien. Su padre y su madre estaban viejos, que para qué querían venir, preguntó la joven de pelo rojo y ojos verdes. Ya eran veinte años, respondió Lupe, veinte años sin verse, y sin duda ella lo comprendería, no, la verdad es que aquí no estamos para comprender, imaginó, se dijo Lupe, no estamos ya para estas cosas. Si hubiera venido antes, o si no se hubiera venido hace veinte años... Tiene su *green card*, salpicó la colorina, y sus otros papeles, a ver, sí, Guadalupe Romero, a ver, esto se va a demorar, no es como en su país, que las cosas funcionan con sobornos, aquí tenemos leyes que respetamos, pensó, oyó Lupe. Su hermano se había ido a Grecia y lo había atropellado un turista alemán borracho, de noche, cerca de la costa, le habían escrito. José, se llamaba, se había llamado su querido hermano. Salió de la oficina con los ojos verdes clavados en la espalda, cruzó la calle y entró a un *Taco Bell*, ella había trabajado en uno una vez, desde entonces no podía probar los burritos. Se encontró con Armando, su novio, él había crecido allí y hablaba bien inglés, hasta su manera de mirar era diferente, pero lo amaba, no tenía a nadie más. Todo iría bien, le había dicho su hermano cuando ella había cruzado la frontera, no tenía por qué haber problemas. No, si problemas no había habido, lo que se dice problemas... pero José ya no podía escuchar, sólo Armando la observaba y repetía lo que había dicho José. Todo iría requetebién. Una pantalla predicaba *you do anything*, una cocacola aguada hacía olvidar el tórrido verano, pero qué ganas de ver el mar de nuevo, de estar con José recogiendo conchitas de ésas rosadas, todo saldrá bien, *you do anything*, ya no estamos para comprender, no, ya no estamos para esas cosas.

Dos (1997, 2)

Como era de esperarse, compré otra bicicleta. No es que el tiempo haya estado tan bueno como para cortarse las venas cada vez que uno miraba por la ventana y pensaba cómo estaría disfrutando del vehículo el malandrín a orillas del lago. Aquí también llueve y llueve y llueve, claro que sin damnificados porque los edificios son sólidos y —más importante, en realidad— la lluvia moja pero no inunda, casi se podría pensar que es pero no es, algo medio zen, a decir verdad. Pero de vez en cuando los truenos y relámpagos se hacen olvidables, las nubes se acomodan como perezosos entre las sábanas y uno reconoce el color de las manchas entre el café y el gris (¿Cómo se llamaba? Algo con cielo...), a veces incluso se ve a Inti por allá lejos, y entonces Fernandel se arma de valor, abre la puerta del sótano y parte tan raudo como se lo permite la falta de precalentamiento en dirección a alguna parte. No a cualquier parte.

Una de las espinas que insistían en clavárseme mientras trabajaba en reaseguros era la colombiana que tuve en mi oficina por algunos períodos, tal vez algunos de ustedes la recuerden. Alguien diría que es algo que la vida me tiene deparado de manera ineludible, estoy por decirlo yo mismo —ahora, en mi curiosísimo trabajo en la universidad, me tocó una griega de colega, una estudiante poco más joven que yo que lleva algún tiempo en Suiza, muy a su pesar por cierto, y que se casará este año con un

suizo tipo ejecutivo joven y espera terminar de estudiar para volverse a la Grecia rural, con o sin marido, a ver qué hacer. Esto por sí solo ya bastaría para despertar sospechas, pero yo no olí nada raro al comienzo, o mejor dicho me prohibí oler. La rutina diaria es un *collage* de mala educación que raya en confrontación cuando estamos solos —nada más lejos de mis labios que *al fin solos*— y sonrisas y conversaciones súper interesantes y simpáticas cuando aparece la directora del instituto. Para no alargar demasiado el cuento baste decir que me alegro infinitamente de que vaya un mes a estudiar húngaro a Budapest y que después venga su boda con luna de miel —no comentaré el uso de la palabra *miel* en este contexto—, ya que así este verano se hará más tolerable. Después vendrá el nuevo semestre y en un año más, espero, ya no estaré haciendo lo mismo. Pero quién sabe. Y en mí subsiste una vocecita que inquiera *por qué xuxa me tocan siempre a mí estos especímenes*. Recordaré una vez a más a Tommy con eso de ejercitarse en la virtud de la paciencia. No es mal consejo.

Los aeropuertos son lugares vacíos. Todas las presencias son accidentales, pasajeras, ficticias. Aquella vez tenía yo que esperar dos horas mi próximo vuelo, y no podía ni leer ni conciliar el sueño en esos asientos de tortura oriental hechos en Hong Kong. Atrás mío unos adolescentes escuchaban un ruido indefinible y movían toda la fila de asientos con su vaivén electrizado. Al lado izquierdo, cómo habría podido ser de otro modo, un gordo de cara rosada y barba de tres días roncaba con la cabeza echada hacia atrás. Guardé el *best seller* que había dejado de empezar por octava vez, y cuando levanté la vista, la vi.

He luchado en vano porque no se me llame presidente de la asociación de estudiantes, aún no sé a ciencia cierta contra qué estoy luchando que no pasa nada. Gente que no me conoce y a la cual tampoco yo conozco me llama por teléfono para pedirme que represente no sé qué intereses que no sé quién parece tener. (En realidad sí sé, claro que sé. Pero es un intento desesperado por deshacerme de esa camisa de fuerza que me tiran al empezar a hablar, *Si sind ja de Presidänt vom Fachverein, gället Si?*, si hasta para quien no entiende ningún idioma más que el de los titulares de *la Cuarta* la palabra *Presidänt* está más que clara.) La comida organizada por los alumnos no salió del todo mal, creo yo —tengo que tener cuidado con lo que digo porque ahora esta carta también le llega a una compañera que me apoya, ehem, con la que acometemos codo a codo las labores del centro de alumnos. Estamos por publicar un librito con informaciones acerca de la carrera, del instituto y de los ramos de cada semestre que esperamos se venda, si no como pan caliente, al menos para cubrir los costos. Quien me conozca sabe que siempre evité este tipo de actividades en mis vidas pasadas, incluso mis precarias incursiones en la vida política chilensis me dejaron ese inconfundible sabor a apio con mermelada de damasco, y sin embargo ahora... Ojalá no llegue a decir lo de Bolívar, no me gustaría haber *arado en el mar*.

Fue todo lo contrario de un *déjà vu*, nunca la había visto y lo sabía. Sin embargo, toda mi vida había esperado encontrarme con esa mirada tan poco familiar como sólo algo absolutamente decisivo puede serlo. Se sentó a mi lado derecho dejando su equipaje de mano en el suelo frente a ella, sólo tenía un maletín liviano. No estaba vestida de manera especial, tendría alrededor de mi edad, ojos claros, pelo trigueño, labios rojos, dedos delgados. Pero no fue nada de esto lo que me llamó la atención. Me cautivó su silencio.

El otro día iba Merlín en el tranvía, hacía meses que no lo veía. Su infaltable gorro marinero, lentes oscuros y pantalones cortos, le hacía juego su camiseta media blanca, casi parecía del Colo Colo. No vociferaba como otras veces, quizás le tocaba fase contemplativa o tenía al hielo a las fuerzas de la oscuridad, no recuerdo que nadie le preguntara —los suizos son callados de mañana en el tranvía. Llovía como si hubiera sido Macondo. Me bajé antes que todos pero después de algunos, y supongo que Merlín se habrá tomado su capuchino en *Bellevue*, debe ser una porquería ese café aguado con

olor a garbanzos. Y todo para escuchar a un alemán frenético monologar sobre posibles influencias del tibetano sobre un idioma mongol, porque está postulando al puesto de profesor asistente en nuestro instituto. Tomar un tecito perro, escuchar anécdotas disfrazadas de máximas y volver pedaleando como enajenado para mis clases de piano, las pocas que me van quedando, todo fue uno. Pero no puedo haber vuelto en bicicleta si fui en tranvía, algo está mal. ¿Acaso soñé con Merlín, imaginé al seudotailandés contando de Birmania, quise creer que me había quemado los dedos con la taza de té? Debo estar algo cansado.

He visto desde mi ventana la fiesta del poniente en los cerros lejanos. No sé cuánto me una al que combinó los sonidos para raptarle olas al viento. *¿Por qué se me vendrá todo el amor de golpe cuando me siento triste, y te siento lejana?* Una vez estuve en Isla Negra, no sé cuándo, qué más da. No sentí ni gané nada. *Entonces, ¿dónde estabas, entre qué gentes, diciendo qué palabras?* El trueno entre las hojas nunca lo he oído, ¿será que algo me he perdido y que es así de fugaz? *Siempre, siempre te alejas en las tardes hacia donde el crepúsculo corre borrando estatuas.* Un pasaporte, un lanzar palabras al aire, recuerdos de Pío Nono, y quizás algo más. Claro, hay un premio de por medio, machupichus, cebollas y dictaduras, no hay para qué seguir con la lista. ¿O sí?

Could you please watch while I go to the restroom? No sé si alguna vez le perdono que haya roto el encanto; deberemos hablar sobre eso alguna vez. *Yeah, sure.* Traté en vano de identificar su acento, la frase había sido demasiado corta y apenas la había alcanzado a fijar en mi memoria. Pero ver sus ojos, sin estar ella ahí, oír su voz, no sus palabras, su voz. El maletín no debía ser tan liviano después de todo, si no lo habría llevado consigo. Pensé por un momento que podría tratarse de un atentado o algo similar (quizás hubiera un sofisticado explosivo plástico adentro), pero mis erráticos pensamientos fueron interrumpidos por su regreso. *Thank you very much,* sus ojos se clavaron, azules turbios, en los míos, creo que dije algo, hasta mi nombre. Ella dijo el suyo, repitió el mío, y calló. La vi cruzar las piernas y mirar por la ventana, ya anochecía sobre la ciudad y se veían algunas avenidas iluminadas cruzando los cerros distantes. Jugó con su pelo unos minutos, me pareció soñar frente al mar, casi escuchar gaviotas. No supe cuánto duró hasta que a mi lado izquierdo ya no estaba el bello durmiente sino un alfeñique de terno y corbata que me contaba, mostrándome fotografías inverosímiles, cómo había sido raptado por extraterrestres. *It's not the way the movies want to have us believe,* cómo decirle que volviera al planeta donde lo habían tenido, que me dejara en mi ensoñación, que no fuera a causar que ella se molestara y se fuera (habría tenido que seguirla). *We're raising funds to organize the arrival,* claro, en algún momento tenía que venir la organización, los hermanos y el dinero, la verdad no podía haber nada más estúpido que darle unos dólares al ET ése para que se fuera, pero lo hice (no sé cuánto le di). Cuando me volví ella ya no estaba allí.

Mi vecina se lava los dientes entre 6.40 y 6.50, un ejemplo no sólo de disciplina sino de regularidad y conciencia cívica. O tal vez, uno nunca debe dejar de lado las hipótesis alternativas, sea la rebeldía del mal aliento, o la fuerza de la costumbre, o una delirio de persecución. Un anciano de la casa de al frente riega sus geranios esté lloviendo o no, otea en todas direcciones como expulsando las miradas invasoras de su balcón de 1x2 (no creo que vea nada sin sus gafas). Unas cornejas corretean a unas urracas patudas de su territorio, y unos niños suben por el pasaje para cumplir con la ley de escolaridad obligatoria sin prestarles atención alguna. Es una mañana como cualquiera, los *corn flakes* están un poco húmedos ya antes de que les vierta la leche encima, el microondas profiere el término del ciclo predestinado y el cuasihervor del fluido que le había sido confiado por manos somnolientas. En realidad no pasa nada, y sin embargo uno nunca sabe.

Han pasado los años, y aún despierto por las noches escuchando su voz repetir mi nombre. Oír su voz. Tomar su mano. Ya nada es como esa noche en el avión. Resultó ser mi vecina en el vuelo de

conexión, comimos algo desabridamente francés con un vino californiano, y la oí reír por primera vez. Iba por un mes a aprender castellano a Ecuador, trabajaba en una compañía de seguros, y muchas otras cosas. Pareció interesarle lo que yo hacía, y por cómo memorizó todo exactamente supe que sí le había interesado. *Why didn't you fly to Ecuador directly?* No sé qué me hizo preguntar eso. *Why should I have done that? This was the way to meet you.* Su silencio duró horas, o tal vez segundos, en todo caso una eternidad. Le hice dejar la copa de Chardonnay sobre la bandeja y tomé su mano entre las mías. El sobrecargo pasó preguntando no sé qué brutalidad, empezaron a dar una película de Schwarzenegger, no podría haber sido peor. Y sin embargo, fue perfecto. No dijo nada, pero vi que sus labios articulaban mi nombre al acercarse a los míos.

Hoy salió el sol, acontecimiento por demás esperado. Crucé la ciudad en mi nuevo alazán metálico para llegar al lago donde algunos, incluso, se bañaban. Muchos niños practicaban con patines (la moda febril) o con *skateboards* como si la vida se les fuera a ir en eso, a pleno sol, a saltar y bajar por rampas cóncavas y otras macanas parecidas. Corría viento suave, a ratos se nublaba un poco, la tarde pasaba y pasaba y yo sin poder descansar realmente.

Hace tiempo en esta ciudad alguien encontró que un domingo más o menos arbitrario cerca del equinoccio de primavera era una buena ocasión para dejar de repicar las campanas de las iglesias a las cinco de la tarde. La gente debía notar que podía recogerse más tarde, por ejemplo a las seis. En consecuencia y como sería de esperarse, las campanas repicaban desde ese día a las seis. Por la tarde se hacía una hoguera en cuya cúspide se encontraba un muñeco de cartón que representaba un muñeco de nieve que representaba el invierno. Actualmente lo rellenan de fuegos artificiales y, mientras más rápido estalle, más rimbombante es el titular del diario del día lunes presagiando un verano tórrido, casi africano. Este curioso asunto —aún no sé cómo capturar su sentido último— recibe el nombre de *Sächsilüüte*, lo cual es algo así como “seis-repicar”, demasiado literalmente por cierto. Ese día, este año, suponiendo como muchos otros idiotas que comenzaría el verano, me rasuré la barba y el bigote. Desde entonces algunos aprovechan la casualidad para desconocerme, otros me retan y me acusan de andar desnudo por la calle, mi cónyuge se alegra. La verdad es que echo un poco de menos al personaje.

El librito para el instituto (que en realidad es un pequeño archivador) efectivamente no se ha vendido como pan caliente, pero tampoco me he arruinado. Es más, las voces negativas han sido casi compensadas por las positivas, quién lo habría creído. El semestre terminó, mis ramos obligatorios también, ya he dejado atrás el 6° semestre de estudios (o quizás él a mí). Por lo que se ve, el próximo semestre haré un par de cursos interesantes pero sin estrés (excepto uno), espero dejar listos mis trabajos escritos en todos los ramos, seguiré con esa especie de ayudantía del curso introductorio (que es el único que tiene ayudantía, por lo demás) y empezaré a leer, ubicarme y orientarme en un eventual tema para mi tesis de magíster. En abril me estaría yendo a la universidad de Colonia (Alemania) por un semestre a aprender más sobre lenguas americanas y a avanzar más en mi tesis —ojalá. El fin se ve cada vez más cerca.

Hay tanto por aprender todavía, me digo cada vez que veo artículos interesantes en los *journals*. Pero la vida no alcanzaría, no tiene sentido deprimirse. En cierto sentido es mejor así, de este modo la tentación de abarcar todo se muestra claramente como un fuego fatuo, una fata morgana perversa y robahoras, robaaños, robavidas. Pero no pueden decir que no he bajado mis expectativas; de querer hablar todas las lenguas (algo absolutamente absurdo) pasé a querer leer todos los artículos (algo bastante absurdo), quizás pronto pase simplemente a querer leer todos los artículos acerca de mi tema de tesis, y de ahí a modestamente querer leer mi propia tesis buscando errores antes de entregarla hay sólo un paso. Creo que aún hay esperanzas.

Hahodíníltijh, llueve y llueve, llueve demasiado. Últimamente he descubierto que me gusta el sol. Hoy fue una excepción, salió el sol y se quedó afuera, parece que alguien se hubiera equivocado. Claro que si habláramos de calor...

Tres (1997, 3)

Últimamente paso largos segundos frente al espejo, durante los cuales mi principal actividad es observar mi barba. Esta vez creció mucho más rápido e incluso más poblada que en ocasiones anteriores, pero no pretendo adoptar un *look* patriarcal o a lo Fidel. No es el vertiginoso crecimiento, sin embargo, lo que me embelesa, sino los colores. Claro, la mayoría de los cabellos son negros, pero —y esto es lo que casi no alcancé a ver mientras se gestaba— hay intrusión, ya que no profusión, de cabellos blancos, cafés y rojos. Los albos (que, por lo demás, también adornan cada vez más impúdicos mis sienes) tienen que ver con una historia personal que no controlo, o mejor dicho ya dejé de hacerlo, dejo de hacerlo a cada momento. Los marrones y los bermejos tienen que ver con una prehistoria personal que nunca controlé, según estoy convencido. El pasado no nos suelta, al parecer, ni siquiera el remoto. Y no hay que hurgar mucho para encontrar estas reliquias recesivas no criollas, Franziska me dice una vez por semana *estos de aquí no te los había visto, qué simpáticos*. Imagínense, no llevar sangre sólo de Alonso de Ercilla y de Lautaro sino también, quizás, de Virgilio, Platón, Eric el Rojo. Aunque, a decir verdad, ese tipo de especulaciones sangrientas que no pocos conflictos armados ha desatado no son mi especialidad. Añaden, eso sí, una cuota somática, visible y por lo tanto “real” al conflicto de identidad que probablemente sea endémico de los sudamericanos en el exilio, ya sea éste voluntario o no. Para mí no, claro, mi conflicto de identidad ya alcanzó su punto culminante, imposible hacer hervir el vapor. Menos mal.

Mientras escribo esta carta suena al fondo la muy hermosa música de Pedro Aznar que por fin me pude conseguir, la de la película de Subiela «No te mueras sin decirme a dónde vas». Hubo una retrospectiva en un cinearte zuriqués en el que dieron «Hombre mirando al sudeste» y «El lado oscuro del corazón» mientras estábamos fuera de Suiza, pero apenas habíamos llegado volvieron a dar un inusual filme de este director, «Despábilate amor». Prefiero no hablarles de todo esto sino recomendarles que vean estas películas.

Terminé la preparación de la primera fase de un evento especial con que abriremos el año que viene. Franziska cumplió treinta años el ocho de setiembre, yo los cumplo el seis de enero próximo, y como recordarán aquí la gallada es proclive, si no a la cuadratura del círculo, al festejo desmesurado de los cumpleaños redondos, es decir, los múltiplos de 10 —mejor ni pensar qué harían si pudieran festejar *potencias* de 10. Al comienzo pensaba organizar sólo una velada pianística, pero diversos factores que no viene al caso enumerar me hicieron montar un proyecto diferente: Un grupo de 4 músicos (algunos profesionales, otros más bien aficionados) tocará conmigo *standards*, *bosas*, *blues*, *rock* y un par de temas más experimentales, y yo de todos modos tendré mi parte al piano de cola. Todo esto debería durar algo así como 70 u 80 minutos, y después pasaríamos, a la comida a la que invitaremos familiares de Berna, amigos y conocidos a los que música tan antigua, suave y lenta (la negra es menos de 208) no les provoque náusea o sopor incontrolables. La primera fase fue seleccionar los temas, escribir o fotocopiar las partituras, copiar los *cassettes* y escribir tres páginas de observaciones acerca de los arreglos, solos, etc. Como ven, no me ha faltado en qué entretenerme.

—Hi folks, how are you doing today?

El tono es cordial, la mirada hasta parece interesada, y el cuarentón hace un alto en el sendero

humedecido por la llovizna para dejarnos pasar. Hemos bordeado el *Emerald Lake*, el cual efectivamente combina diversos colores con las tonalidades propias de la esmeralda. Es mediodía, lo cual hace que la hora de caminata se perciba más bien en plural que en singular, y cualquier pregunta bastante más estúpida e inapropiada que en otro momento. Imposible olvidar las muchas veces que oí seudopreguntas parecidas algo más al sur de este lugar. Pero he cambiado con los años; sonriendo, respondo:

—Hello. Not too bad, just a bit tired and hungry.

El muñeco acaricia su avanzada calvicie buscando un asidero para volver del desconcierto que le produce mi respuesta sincera. Pero se nota que no estamos en Suiza, el hombre se recupera rápido:

—Well, you're almost there!

En efecto, pocas yardas (qué importa cuántos metros) nos separan del restorán y, qué maravilla, el bus con japoneses se pone en marcha anunciando que dentro de poco seguirán camino. Una memorable narración vuelve a mi mente en estos momentos, y recreo el Cajón del Maipo en dirección a los Baños Morales, con una brisa que susurra por entre las laderas tórridas. Fernando Larraín y su acompañante respiran el cielo vagabundo y contemplan el silencio de la tarde hasta que se anuncia el holocausto. Plurales buses aparecen al comienzo como una ficción a lo lejos, se acercan improbables y se establecen en medio de una jarana indescriptible de transistors y picnics a ultrajar el idilio; nuestra pareja aún no sale de su asombro a pesar de escuchar inconfundiblemente *el Negro, la Pachanga* y otras obras escogidas con las que el populacho inunda los espacios y los oídos indefensos. Pero qué diferencia, los nipones tienen otra manera de hacer turismo. Tomar un avión para llegar adonde sea, repletar buses por lo general rojos o grises, bajarse sólo para engullir todo el cosmos visible (mejor dicho fotorregistrable), hacerse humo y volver al país del sol naciente con treinta y seis mil novecientos sesenta y tres coloridos testimonios de su discutiblemente fugaz paso por algún lugar (un rollo siempre se cae al agua en alguna parte pero los muy vivarachos se las arreglan para sacarle una exposición más a cada uno, saquen la cuenta), todo no es sino uno.

El minestrón y un estupendo salmón a la parrilla me devuelven el buen humor. Olvido a medias que en cierto sentido (muy *cierto*, por cierto) somos parecidísimos a todos aquellos envilecidos peregrinos en busca de santuarios dudosos. El muy recomendable ensayista suizo Camartin me dice que “es una curiosa propiedad del paisaje hermoso no atar a quien lo contempla sino llevarlo en un raptó adonde le gustaría estar aún más”, pero creo que es uno quien decide dejarse raptar o no. No necesito granangulares ni filtros UV para ver un atardecer en las montañas, no dependo de mis anteojos para ver los cedros columpiarse en el viento. A veces cierro los ojos sin que un recuerdo lejano o la imagen del lugar frente al cual estoy me invadan. Y entonces huelo el murmullo del agua royendo los leños. ¿Cacháis?

En una recopilación de charlas sobre ficción narrativa dictadas en Harvard en 1993 encuentro una notable oración de Umberto Eco. Hablando acerca del concepto de “verdad” en el mundo real y en los mundos ficticios, dice:

En términos epistemológicos, no podemos estar seguros si los estadounidenses llegaron a la luna o no (mientras sí podemos estar seguros de que Flash Gordon llegó al planeta Mongo).

Descubro aquí una complicidad no del todo secreta con un Borges que, en medio de un prefacio impregnado de la seriedad y erudición que lo caracterizan, lanza:

. . . el Tiempo acaba por editar antologías admirables. Lo que un hombre no puede hacer, las generaciones lo hacen. Los infolios de Calderón dejan de abrumarnos y perduran los

límpidos tercetos del Anónimo Sevillano; nueve o diez páginas de Coleridge borran la gloriosa obra de Byron (y el resto de la obra de Coleridge).

Dejando de lado el contexto y el sentido estricto de los pasajes, sucumbo al encanto de la ironía con que el giro final de cada oración apalea algo. Supongo que ya el sonido de *Mongo* es en sí más gracioso para un chileno que para un coreano sentado en el auditorio en Harvard, pero la involuntaria autoselección de la obra de Coleridge debería arrancar una sonrisa hasta de alguien que lea al germanófilo escritor argentino aquí en Suiza. A fin de cuentas, la complicidad absolutamente innegable es la mía, a veces; creo que es una de las cosas que aprecio de la cultura chilena: lo oblicuo, lo solapado, lo poli- y lo ambivalente.

Que por qué no he grabado nada, me pregunta una carta insolente que lo que busca es intercambiar producciones. La respuesta fácil sería: desinterés, otras prioridades. Pero, como muchas respuestas fáciles, sólo cuenta una parte de la historia. Antes del siglo XI, quien quisiera reproducir la música que había oído debía esforzar su memoria o frustrarse por el silencio interior y sobre todo por el exterior. Antes del autopiano y las cajitas de música, olvídense de escuchar la misma pieza dos veces sin el músico delante y tocada de quién sabe qué manera. Antes de la era de Edison y sus secuaces, ni disco compacto ni video ni nada. No sería el primero si le dijera a un periodista del «Downbeat» que la música realmente viva es en vivo y no envasada, y no es que me crea este cuento pero por ahí va la cosa. Ni el mundo ni yo estamos listos para mi música, sería la respuesta del *dandy*.

¿Me imaginan sentado en una silla de mimbre mirando el Pacífico y paladeando un ceviche de mariscos acompañado de una copa de *torou* (que es lo más aproximado que la muñeca se atreve a pronunciar *Concha y Toro*)? Traten, porque es uno de esos muchos momentos efímeros que probablemente desaparezcan con mi muerte, quién sabe cuándo. La escena fue observable hace algunas semanas en un restorán de Victoria, la capital de la Columbia Británica. ¿Sabían que esta provincia era más grande que Chile? Yo no, así que me impresionaron los 980.000 km² de bosques, costas y praderas. No es que lo hayamos recorrido todo, pero ganas no nos faltaron. Esas mismas ganas quizás nos hagan volver. Imagínenme haciéndoles de guía cultural (ya que no turístico) entre tótems y reliquias de las culturas que habitaban los lugares antes de la llegada de los invasores-colonizadores a nuestras dos acompañantes helvéticas que me escuchan con paciencia y hasta con interés, a veces. Imagínenme en un *jacuzzi* al caer la tarde, después de un día de caminar por senderos a medio cubrir de hojas ocres bordeados por follajes dorados, remar y remar para llevar la canoa a algún islote alfombrado de bosques interminables y visitado por alces o quizás osos tímidos, encumbrar un volantín que llevamos desde Engadina cerca de un glaciar en unas montañas yermas. Si les suena burgués (y tienen algo en contra de esto), no lo hagan. Mi salud y mi cónyuge harían complicado llevar a cabo un proyecto más onda carpa y fogata a orillas del lago, a grampón limpio venciendo las cumbres de hielos eternos y escondiendo los desperdicios entre los arbustos junto al agua semipotable. Imagínenme en museos de antropología, en campus universitarios conversando con alumnos o a la caza de libros especializados sobre lenguas nativas, en *malls* buscando jugo de naranja, leche chocolatada y pan de molde para el próximo día. Imagínenme una noche de lluvia yendo a rescatar troncos y listones mojados para la chimenea de nuestra habitación, logrando después de varios intentos que lo incombustible arda y nos dé esa increíble pero infalible sensación de hogar. Imaginen las sombras cambiantes, el crepitar, el calor.

Recuerdo tantos chilenos que se quejaban de lo provinciana de la mentalidad por allá. Para que vean que Suiza no les va en zaga, piensen en cuál no sería mi sorpresa la otra mañana, al escuchar del enorme alboroto que había provocado la presencia del protagonista Harrison Ford y del director

Wolfgang Petersen en la *avant première* de su última película en Zúrich. La entrevista a Petersen y los comentarios del joven de la radio daban esa sensación tan nítida que ya había olvidado: la vergüenza ajena. Clinton mismo había visto la película dos veces, y le había encantado. Para Zúrich era un acontecimiento porque Schwarzenegger o Stallone no habían sido lo mismo, esto era algo realmente inusitado. Y a esto algunos se empeñan en llamarle *noticias*, otros más irreflexivos aún le llaman *información*. (Lo es, claro, pero no de la calidad ni acerca de lo que ellos creen.) Pero que Suiza sea una provincia no les extraña más que a los que se han creído esos mitos nefastos que se vienen contando desde el Renacimiento, algunos de los cuales se revitalizaron y actualizaron después de la Segunda Guerra.

Una frase clave de Subiela en «No te mueras sin decirme adónde vas» es la que pronuncia el padre muerto del protagonista: “La mente no hace más que crear abismos que sólo el corazón puede cruzar”. Construcciones como la de nacionalidad, lengua, raza, cultura, clase social, etc. no nos sirven sólo para darnos sentido, seguridad y estima, sino para quitárselos a otros. Vidas enteras para intentar reparar faltas, vidas enteras con cicatrices, mutiladas, aniquiladas. ¿Es tan importante nuestro propio deseo que todo lo demás es como una niebla irrelevante? ¿Hasta cuándo? Y para qué. Supongo que si escribiera en los diarios sería una figura más irreverente aún que Lafourcade, tanto en Suiza como en Chile. La irreverencia relevante, por cierto, no sólo la de romper un par de tabúes léxicos sino la de nombrar las cosas por su nombre —y la de elegir cosas de las que no se habla muy a menudo. Pero el peligro es mínimo, creo. Mi página en Internet no la ve mucha gente, sólo algunos conocidos aquí en Suiza, y es mejor así porque no tengo tiempo de actualizarla y escribir cosas más interesantes. Tal vez alguna vez algún Estado me considere peligroso, pero lo dudo, porque no creo llegar a mover masas. Y ésa es la tragedia, la de ser una voz en el desierto. O la de creerse una.

Recuérdeme en permanente cambio —ya una vez les cité eso de que todo fluía—, con una agenda absurda y con demasiadas cosas en la cabeza y el corazón. Recréenme en sus cabezas, sus recuerdos, pero reinvéntenme también, a lo mejor sirve.

Cuatro (1998)

Ya casi se me ha olvidado cómo escribir en castellano. En serio, ha pasado tanto tiempo desde la última carta —lo que me recuerda que sí he enviado un par de postales en ese idioma desde esa última circular por allá por setiembre de 1997... Sea como sea (a pesar de que algunos recalcitrantes aún insisten en que la forma *debe ser* “sea como fuere”), ha llegado el demasiado postergado momento de retomar este curioso hábito de expresarme por escrito para que alguien, ojalá, me lea a doce mil kilómetros de distancia.

Esta vez voy a escribir acerca de viajes. Sobre todo de los externos porque, a diferencia de los otros, generalmente tienen comienzo y final, al menos en retrospectiva. Es como contar un cuento de mentira comparado con uno de verdad; los primeros siempre son más fáciles de contar.

Del viaje del año pasado a Canadá escribiré en otra ocasión, porque es más interno que externo. Este trigésimoprimer año de vida comenzó intenso. Un concierto que armé con otros cuatro músicos para celebrar el cumpleaños “redondo” fue un éxito pero dio mucho que hacer, en especial tres composiciones mías sobre viajes internos y externos de 1997, lástima que no puedan oírlas. Ni siquiera había alcanzado a recuperarme cuando la vorágine administrativa de la universidad me agarró de varias partes para que no me creyera eso de que la vida es fácil, y sólo logré desasirme arrancando a Santiago por tres semanas que, cómo podría ser de otro modo, pasaron volando. Apenas vimos a un

par de gente no demasiado cuidadosamente seleccionada (lo digo por los que *no* alcanzamos a ver, obviamente), lo cual siempre deja un sabor algo amargo, tanto más aciago mientras más inevitable la selección y más fugaces los encuentros. Regresé en uno de esos aviones tan espaciosos, con tan buenas películas y de vuelo tan reparador que circulan entre la Inglaterra original y aquella de Latinoamérica, un día 30 de marzo. El 1° de abril ya estaba en mi cuarto en Colonia, Alemania.

Mis 6 horas a Colonia son siempre en tren, para lo cual hay varias buenas razones y algunas malas. Entre las primeras se cuentan que el pasaje en avión es sustancialmente más caro, el viaje en auto sustancialmente más cansador (y peligroso, porque en Alemania no hay límite de velocidad en las autopistas) y el viaje a pie sustancialmente más interminable. Entre las últimas podríamos mencionar que Zúrich no está tan lejos como Turín como para obligarme a tomar un avión ni tan cerca como Düsseldorf como para obligarme a tomar el auto; de hecho, si estuviera tan cerca como Bonn sería para pensar lo del viaje a pie, o al menos en bicicleta. Y hablando de bicicleta, en mi primer viaje y en el último, a fines de julio, viajé en un tren más o menos repleto más o menos cargado con dos mochilas, un bolso y una bicicleta, la misma que reemplazó a la que me habían robado, ¿se acuerdan? No sé por qué haré estas cosas.

Pero la verdad es que Colonia es una ciudad muy propicia para recorrer y habitar en bicicleta, gran parte del trazado vial está diseñado y dispuesto de tal manera que los peatones y los automovilistas tengan todas las de perder comparados con los ciclistas. Los hermosos y numerosos parques se visitan y revisitan mejor sobre ruedas que a pie, y la ciudad antigua también invita a no bajarse muy a menudo. El *skyline* turístico lo dominan la catedral (que este año celebra 750 años desde que alguien colocó la primera piedra, la última —sea lo que sea esto, porque siempre le están sacando y poniendo y refaccionando y amononando— la colocaron recién el siglo pasado), un par de otras iglesias y la infaltable Entel local. El Rhin divide la ciudad en una mitad tradicional y por lo tanto mejor (la occidental, qué coincidencia), y una más industrial y por lo tanto ¡uf! Hay Hyatts y Hiltons y moles similarmente descontextualizadas en varias partes, pero sin que el efecto sea demasiado devastador, por lo general. Una ciudad de casi un millón de habitantes, no será Nueva York ni São Paulo pero por lo menos es más decente que los pueblos amatonados que tenemos a los pies de los Alpes, qué mejor calificativo que ese, pueblos *falderos*.

(Permítanme una breve digresión en este contexto: Bernard Comrie, un famoso lingüista inglés, me contó hace poco que su esposa lo había visitado las últimas semanas que duró su trabajo en terreno en Nueva Guinea y había odiado el lugar con todas sus fuerzas. Ya que el lugar en cuestión era una aldea de poco menos de mil habitantes en un lugar selvático y remoto, de clima poco acogedor y visitantes de lengua bífida o centípedos, le pregunté si era porque había echado de menos las comodidades a las que estaba acostumbrada en Los Ángeles (donde vive la familia Comrie). Su inesperada pero plausibilísima respuesta fue: “Mi esposa nació y creció en Tokio, y le cuesta considerar asentamientos humanos inferiores en tamaño *lugares reales*. De hecho, Los Ángeles está al borde, pero la aldea de los haruai claramente no era un *lugar real*.” “Comprendo, mil personas en Tokio serían como un barrio...” “Mil personas serían un *edificio* en Tokio.” Cuando le conté esto a un traductor catalán conocido mío que trabaja en Bruselas, me dijo que en Barcelona se había contado el siguiente chiste tiempo atrás: Jordi Pujol, jefe del gobierno catalán, va de visita a China y se entrevista con el primer ministro. “¿Sabía usted que nosotros ... somos ocho millones?” “Fíjese usted, no sabía. Y ¿en qué hotel se hospedan?” Y mi Suiza querida tiene siete millones, así que imagínenme...)

Pero no fui a Colonia ni a aprender chistes ni a dárme las de guía turístico, aunque ocasiones para ambas actividades no me faltaron. Estuve en la universidad tomando cursos, créanlo o no. No les doy detalles para no aburrirlos; baste mencionar que valió la pena tanto porque aprendí cosas interesantes

y espero que útiles, y porque conocí y me relacioné con otro tipo de gente que la que veo diariamente en círculos lingüísticos en Zúrich —si es que existe algo así como círculos lingüísticos en Zúrich.

Claro que estuve volviendo a mi dulce hogar como una vez cada tres semanas, por diferentes razones, generalmente buenas. Los regresos no siempre fueron tan dulces, eso sí, por lo efímeros y porque tanto los viajes como las actividades en Colonia y en Zúrich me cansaron bastante. Agosto lo pasé en Zúrich trabajando en el instituto haciendo pega casi exclusivamente de computadores y libros, y en casa trabajando en mi tesis de magíster, sobre la cual me permito una disgresión más. Originalmente tenía un título provisorio bastante esotérico, «formas verbales subordinadas en esquimal», por favor no se rían porque el tema sería interesante y esto es en serio. Luego de varias deliberaciones y liberaciones, decidí dejarme guiar por mis gustos e intereses más íntimos y caprichosos y trabajar sobre alguna lengua norteamericana, quizás de la zona de Ontario (lenguas iroquesas) ya que el navajo es demasiado complicado en el área sobre la cual más sé y más tengo avanzado. El profesor en Colonia me convenció de ir a Puerto Edén (XI región) a reunir material para escribir una gramática decente del kawésqar (mejor conocido por las masas como alacalufe septentrional), ya que lo que hay, pese a los notables y fructíferos esfuerzos de un lingüista chileno llamado Óscar Aguilera, no alcanza para decir *qué buena que es la descripción del kawésqar*, ya que el enjundioso trabajo pionero de un tal Christos Clairis es, con todo el respeto que merece este profesional, poco útil de acuerdo a estándares más modernos. Ya estaba casi reservando el pasaje, y por esta razón esto tiene que ver con viajes externos, cuando mi profesora en Zúrich, que es quien corregirá el trabajo a fin de cuentas, me dijo que lo encontraba “poco aconsejable”, con lo cual había que ser muy boludo para no darse cuenta que la cosa no podía ir por ahí. Dado que un proyecto de investigación en el instituto dice relación con lenguas del subcontinente indio y sus zonas aledañas (Bhutan, Bangladesh, Birmania, Nepal, etc.), me ofreció trabajar en él para mi tesis, lo cual es otra manera de decir *haga algo que nos sirva y le pagamos por ello*. Ahora bien, esto es el sueño del pibe en nuestras áreas de humanidades, que a uno le paguen por hacer algo, así que cómo habría podido negarse Fernandel, díganme, cómo. Y así terminé (i) no yendo a Bhutan ni Bangladesh ni nada por el estilo porque ni los huracanes ni los ya mencionados centípedos son de mi mayor agrado, y (ii) escribiendo acerca del sistema verbal de algunas lenguas de la región, en particular acerca de un tema con nombre tan extraterrestre que lo omito para no pasar por embustero; baste decir que el título provisorio es algo así como «Direction marking: verbal categories in some south-east Asian languages in a functional framework». El único problema es que el plazo de entrega, originalmente abril o julio de 1999, se transformó en fines de noviembre de 1998, así que ya se imaginarán cuánto los aprecio para estar escribiendo esta circular en vez de estar enfrascado en mi trabajo.

De hecho, los aprecio tanto como para concluir la disgresión y seguir con mi bitácora antes de lanzarlos a los brazos de Morfeo. Setiembre lo pasé medio en Maguncia, medio en Escocia. Maguncia es una ciudad a una hora y media al sur de Colonia, más pequeña pero también con una universidad nada de despreciable, si es que existe algo que merezca llamarse *universidad despreciable*. Es la ciudad natal de Johann Gutenberg, al cual algunos de ustedes quizás conozcan, al menos de oídas. También la cruza el Rhin, si es que uno le cree a esa ficción pre-posmodernista de la identidad, y tiene una peluquería al frente de la estación de trenes que no les recomiendo porque la sensual sílfide que esparce espuma blanca con sus delicados dedos por la cabeza de uno y frota y frota y enjuaga con H₂O a 99.9 °C y susurra húmedamente al oído mientras fija sus ojos celestísimos en el espejo ligeramente cóncavo, no entiende nada de cortar el pelo. La experiencia me recordó a la saltimbanqui de piernas largas en «Blade Runner», tanto por el aspecto de la replicante (no, definitivamente no era humana, al menos no como yo) como por los fragmentarios efectos de su tratamiento. En fin, Maguncia ofrece

mediocres pero carísimos restaurantes, hermosos paseos peatonales y pequeños parques con fuentes y árboles, miríadas de buses que pasan todos por las mismas estaciones a pesar de que sus recorridos deberían ser distintos, un viejo palacio electoral, y un montón de negocios parecidos a los que había antaño en Patronato, en los faldeos del San Cristóbal. (Nunca estuve pero me contó un pajarito.)

Aparte de comprar comida precocida y tortelones duros aun en estado poscocido en supermercados cercanos a la universidad, participé en una escuela de verano de dos semanas. De lunes a viernes teníamos (horarios aproximados) charla de 9.00 a 10.00, curso 1 de 10.30 a 12.00, curso 2 de 13.30 a 15.00, curso 3 de 15.30 a 17.00 y charla de 19.00 a 20.00. A fines de la primera semana uno ya estaba sintiendo catalepsia en las extremidades y el colapso del órgano que se supone algunos usan para pensar, pero Fernandel tenía que tomar su trencito aprovechando que no tenía más que una mochila y venir a ver a su cónyuge, así que 4½ horas de ida el sábado y 4½ horas de vuelta el domingo —sé que no es tanto, pero a estas alturas ya no quería más guerra; además es el mismo trayecto que Zúrich-Colonia, ya me lo sé de memoria. Las charlas habrían sido prescindibles, de lo cual uno siempre se percata recién después que han concluido, pero los cursos fueron extraordinariamente buenos. El primero lo hice con Bernard Comrie (helo aquí, actualmente visitante en Leipzig), el segundo con un muñeco menos famoso pero muy bueno y muy *cutting edge* en sus enfoques y teorías llamado William Croft (originario de Stanford pero actualmente en Manchester) y el tercero sobre el maya yucateco con el especialista Christian Lehmann (Bielefeld, Alemania).

Después de una semana trabajando 8 horas diarias en la famosa tesis y unas 4 a 5 en la universidad tomamos un avión a Edimburgo. Escocia, para quienes no lo sepan, queda al norte de Inglaterra. Esto quiere decir que hace más frío y hay menos sol, y que la gente es más pesada y distante, en fin, todas las cosas que a uno le dicen que aumentan a medida que uno se aleja del Ecuador y que uno nunca cree (hasta que le toca pedir ayuda para hacer la declaración de impuestos 10 minutos antes de que cierre la oficina a las 16.30 a un tipo con aro en la oreja derecha al cual le es totalmente *inverosímil* pasarle la multa por atraso imperdonable a uno, reventarle los sesos al terminéitor verde en el Nintendo que tiene escondido debajo del escritorio o pegarle el SIDA a la polola, a la cual no sabe si dejar para irse a vivir con su amante masculino o si casarse con ella para ahorrarse 1.53% de impuestos en esa declaración que ve del otro lado del vidrio blindado). Aun así, Escocia ofrece paisajes verdaderamente bellos al turista que tenga la paciencia suficiente para recorrerlos y la suerte suficiente para tener menos de 10 horas de niebla y 25 horas de lluvia al día. Nosotros caímos dentro de la categoría de los pacientes afortunados, cómo podría haber sido de otro modo, y pudimos descansar algo. Si es que se le puede llamar descansar a andar 1500 km en dos semanas, en carreteras (supongo que efectivamente eran carreteras) inconmensurablemente más sinuosas que las que un chileno o un norteamericano percibe como el único orden cósmico lógico y benigno, a ratos de una sola pista para ambas direcciones, subiendo y bajando cerros, esquivando ovejas y evitando caer a acantilados de esos románticos en las postales pero no tan afrodisíacos ni inspiradores durante la caída libre dolorosamente interrumpida por roqueríos inamovibles.

Los escoceses tienen fama de tacaños en Europa continental, estereotipo que carece de cualquier base real, según ellos dicen. En la costa oeste las calles y los pueblos están consignados tanto en inglés como en gaélico, la lengua ancestral que se hablaba allá antes, y que actualmente los nativos ni siquiera saben cómo pronunciar, a pesar de que una radio local transmite en gaélico todo el día. Hay destilerías de *uisge-beatha* ‘agua de vida’ en muchos lugares, y todas prometen atracciones, al igual que granjas pregonando *rare breeds*, lo cual imagino haría horrorizarse a Aldous Huxley (aunque a lo más se encuentran ovejas chasconas con lentes oscuros y lomo a medio pintarrapear para que algún turista —honestamente ignoro y no puedo adivinar su procedencia— la inmortalice con su teleobjetivo

de US\$500 y rollo de 400 ASA especialmente comprado para esas inolvidables vacaciones). Museos y centros turísticos suenan iguales que sus contrapartes norteamericanas o continentales, pero son, en su gran mayoría al menos, casuchas de pacotilla con maniqués destartados y dos a tres fotos roñosas esperando despertar devoción y admiración incondicionales. Lo anterior y mucho más les valdría, a mi juicio, una más merecida fama de estafadores que de avaros. Sólo por nombrar un ejemplo más, tomemos su famoso salmón; no saben cómo prepararlo de manera que no sepa ni huelva a picoroco, y no logran ponerle un precio siquiera remotamente similar al internacional: parece que la gracia consiste en aplicar a todos los productos locales un factor de $\alpha=3.141538$ (el cual obviamente no es igual a π porque eso simplificaría aburridamente los cálculos y los escoceses todavía se resisten al sistema decimal) antes de impuestos, los cuales me dieron la impresión de estar sujetos a fluctuaciones hormonales de los dependientes de turno. Quizás sea una tentativa de hacer más humanas las finanzas públicas británicas.

Edimburgo y Glasgow, sin embargo, son lugares más razonables. A pesar de no haberme criado en Tokio y de considerar el desierto del Mojave un lugar igualmente *real* que Santiago e infinitamente *más real* que Las Vegas, me pareció que las dos más grandes urbes de ese país son los lugares donde uno puede quedarse más tiempo sin sentirse trasquilado ni asfixiado. Las zonas comerciales con gente más o menos real, uno que otro jardín y sobre todo las callejuelas con librerías de segunda mano resultan más atractivas e interesantes que los castillos donde cobran £6 por persona por la entrada a exposiciones pinturas de aristócratas muertos, las camas donde dormía algún político también muerto y las chimeneas que contribuyeron a hacer de Escocia el peladero que es hoy, apenas utilizable para las ovejas cuyo precio por unidad se acerca al de una bolsa de papitas fritas —por eso más de un responsable padre de familia está pensando mandar al carajo la ganadería ovina y dedicarse al cibersexo, una carrera política en Bruselas o la coordinación del sindicato de los que insisten en dedicarse a los *rare breeds*, después de todo el pobre hombre tiene igual de poca experiencia en cualquiera de estas tres lucrativas áreas.

Espero les haya llamado la atención el hecho que dijera que mis viajes a Colonia *eran* en tren y no que *habían sido* en tren. La razón es que el próximo viernes a las 7.00 voy y el próximo domingo a las 22.00 vuelvo, aunque ni yo mismo lo crea. Y espero que esta sea la última vez este año, pero debo decir que ya se vislumbra otra salida de mi Suicita querida antes del champañazo de las doce. ¿Alguno de ustedes tiene explicación para este patiperreo intemperante y a todas luces impenitente?

Se imaginarán que he omitido detalles y cosas sustanciales que no podría transmitir aun dedicando un libro a las digresiones, otro al día a día y otro a seguir relatando cómo le parece a uno qué lugar, qué gente, qué ausencias, qué sueños. Es inevitable sentirse uno mismo cada vez más fragmentado con el correr de los trenes y los años (qué coincidencia, en estos momentos escucho «Last train home» de Pat Metheny), no sé cuándo llegará la ominosa y numinosa síntesis de tanto análisis y antítesis. Si algunos de ustedes viajan y ello les da la impresión de sentirse cada vez más en casa y con más cosas cada vez más claras, díganme cómo lo hacen para ver quién es el que, ocupemos la excelente expresión del Checo, *está puro hueveando*. Aunque lo más probable es que todos lo estemos un poco, y a fin de cuentas se trata de encontrar un mínimo común denominador y no un máximo común múltiplo, al menos según creo hoy.

Otra cosa probable es que el Gorrión de Lo Barnechea cite alguna combinación extraña de palabras también de esta carta en sus programas matutinos que divierten y educan a grandes y chicos, con el propósito ya sea de terminar de desprestigiar a su autor o de elevar el nivel intelectual de las masas santiaguinas —pero creo recordar que esa hora de relajo total y música impredecible también deleita oídos viñamarinos y porteños, ¿o no, Fernando? Nunca te escribí para decirte que la manera más

eficaz de subirle el pelo a tu disco compacto «Los hijos de la gran» es cambiarle el *layout*. Te sugiero algo así como: Fernando J. Larrain: Beautiful vocals and all cool instruments. (Esto recuerda a Mike Oldfield y da igual que sea mentira. No se te ocurra escribir Larrain con acento ni quitar la J.) «Grandchildren» sería el título ideal, porque incluye lo de “hijos de la gran” de manera elegante y sin connotaciones que pudieran acarrear querellas ulteriores. Si insistes en incluir lo del lenocinio o lo de la procreación al margen de lo aceptado por la página social del cuerpo A del «Mercurio», te sugiero «Grandchildren’s dis-pute», lo cual añade una componente de dis-cordia razonablemente oblicua. Infaltable sería propaganda para el cassette de «Fresco natural después del postre» y los saludos a los shiquillos de Ossorno, pero esto lo dejo a tu des-criterio, hay que saber delegar para que la gente llegue a alguna parte alguna vez, poye.

Ésta es la última digresión que me permito esta vez, espero que Fernando José reaccione escribiendo y los demás disculpándome. Efectivamente, ésta no es una circular como las anteriores, y creo que está bien así: por qué debería repetirse una receta de éxito tan discutible hasta el infinito. Ojalá la sequía, lo que a la distancia parece ser un gobierno latinoamericano como tantos otros (supongo que a más de alguien le dan ganas de contestar a esto, ¿no?) y los problemas diarios no les resten demasiada calidad de vida y me puedan enviar su parecer acerca de la vida vista desde el hemisferio sur, casi cayéndose por el borde de la placa de Nazca. Hace dos semanas estuve en unas islas pasadas del paralelo 57°, y me acordé del Cabo de Hornos y esas zonas que al santiaguino medio le parecen ligeramente más inhóspitas que Cancún o Punta Cana. Brillaba el sol, corría brisa, el mar refulgía alejándose por el horizonte y el mundo parecía en orden por allá. Ojalá el mundo de ustedes también lo esté.

Cinco (1999, 1)

Hay una cadena de cerros que esconden el sol por las tardes. Cuando miro hacia el sur desde mi ventana, están a la derecha. Se extienden hasta perderse a la izquierda detrás de unos pinos. A veces las nubes hacen todo gris, pero otras veces los diferentes rojos y violetas juegan en el aire, rápido. Huyendo.

Cuando niño aprendí a mirar los cerros pensando en lo que había detrás. No dentro de ellos (era demasiado poco utilitarista para eso) ni sobre ellos (demasiado poco místico para esto) —pensando en Argentina, en el Atlántico, en Suiza, al mirar por la ventana del comedor. Y al mirar la muerte roja desenmascarada, tardes como éstas, en el Pacífico, islas y moais.

Llevar los ojos hacia el norte es una aventura, por cierto. Allá cerca hay países de niebla y hielo, personas pálidas y planicies borrascosas. El este es donde nace el día, donde se repite el milagro con periodicidad indiferente e incalculable. Pero son regiones extrañas, frías sin importar el clima, lejanas sin importar cuán corto se haga el viaje. El sur y el oeste: allí está mi corazón.

Mirar hacia el sur es recordar —tengo que pasar por encima de los cerros, pero ya estoy acostumbrado. Es encontrarse con imágenes, voces y olores que uno supone iguales a los que ha habido siempre, antes que uno naciera, iguales a los que perdurarán. Es buscar anhelos enterrados, descubrir fuentes secas, sobrevolar salares donde antes había lagos. Pero también es sentir una raíz. No soy un tronco ni una rama, ni siquiera una fruta. Sólo una semilla que ha viajado con el viento. Hacia el norte, por ejemplo. Hacia el frío.

Mirar hacia el oeste es sentir nostalgia. De lugares devastados, almas subyugadas, cuerpos calcinados. Es soñar, trazar líneas de aire con la mirada, bucear en arroyos de arcoiris con los ojos

cerrados. Es entender la esperanza que sienten muchos al oír la palabra *futuro*. Pero también es sufrir, creerse igual, imaginarse distinto, saberse similar. Soy un exiliado que tomó la ruta medio escondida entre la hojarasca y los truenos, en la dirección contraria de quienes huyen de sus perseguidores. No soy de los que huyen de sí mismos, sino de los que peregrinan hacia el este. Hacia la luz.

Me contaron que en una región de la costa oeste de Canadá hay un clima que se da sólo en otras dos partes del mundo. Llueve mucho, la vegetación es muy tupida y la cercanía del mar y la latitud enfrían el viento y la noche. Es hermoso allí; tranquilo, limpio. Los antiguos habitantes han sido diezmados y medio confinados, da vergüenza disfrutar de un lugar así, que ha costado tantas vidas. Los otros lugares son Nueva Zelanda y el sur de Chile, por supuesto. Su historia se parece, un poco.

Pero recordar no lo es todo. También están los encuentros, los reencuentros, los desencuentros con fantasmas propios y ajenos. Los saldos pendientes, las cicatrices adoloridas, las heridas abiertas. Los encuentros con diferentes caras de uno mismo, esas mil caras que, como una sala de espejos, esconden lo que quizás haya detrás.

Algunos posmodernistas no creen que haya nada detrás, que un antifaz es lo más real que se puede tener. Yo discrepo. Según Eliade, el hombre primitivo (y por lo tanto religioso) se diferencia del hombre moderno en su sed por realidad, por una trascendencia que dé sentido al constante fluir de formas. Claramente, soy un hombre primitivo. La virtualidad es lo que nos rodea, pero no es lo único que tenemos. Estoy convencido.

La preocupación por ser *sapiens* y el descubrimiento de la posibilidad de ser *faber* no siempre me distrajeran de los ¿placeres? de ser *ludens*. Los desafíos que he querido asumir han sido siempre resolver tensiones entre mis Fernandos ocultos y los visibles, los antiguos y los nuevos, los atávicos y los a la moda. Tensiones por tener menos tiempo del que podría llenar —pero llenar de qué. Leer a Homero, mejorar los gráficos en la página *web*, aprender un par de frases en polaco, improvisar algo con la armonía de una canción de Richard Marx pero en 7/8, escribir una postal. U orar, practicar diferentes modos de respiración, meditar, mover los miembros como no moviéndolos. Leer a poetas anónimos ingleses del primer milenio, leer al lingüista Sapir, leer las noticias sobre Pinochet en el «Times», leer a Faulkner, leer por qué un albanés le metió una bala al profesor de su hija en Sankt Gallen. Caminar sobre la nieve recién caída, ver una escena de «Blade Runner» en DVD, cocinar comida japonesa, conversar con una amiga acerca de lo nocivo que es compararse con los demás para decidir si uno “lo está haciendo bien”, tocar «Down by the riverside» como bis después de hora y media de lucha contra trompetista y bajista por mantener un pulso constante. O estudiar para mis exámenes de grado, el primero de los cuales tendrá lugar en cuatro semanas más. Así, de paso. O más bien al revés.

Woruld onetteõ. Hace tiempo que se dieron cuenta que el tren no se detiene y va demasiado rápido como para saltar. Pero no me da vértigo, a decir verdad. Por el contrario, a veces disfruto jugar a ser espectador. A fin de cuentas sólo soy protagonista de mi propio proyecto, y ni siquiera es tan mío. No estoy de acuerdo con que todo sea vanidad, claro que depende de cómo se mire —por decirlo de alguna manera. Una hijita nos daría alegrías y nos quitaría algo de sueño, supongo. Claro que si llegara un hijito no reclamaríamos. Por lo menos a la reina ya le tenemos nombre, el cual no revelaré aún. Tal vez pronto, tal vez más adelante, tal vez, tal vez. *Pæs oferēode, þisses swā mæg*.

Weytkp! Este saludo todavía lo utilizan algunas personas. La *e* se pronuncia casi como una *a*, traten de pronunciar las tres consonantes finales solitos. Se descende del sol a la niebla, del monte al valle, del pasado inmediato al más remoto. Al valle no lo adornan las palmas pero lo baña un estero, y hay un par de centros comerciales diseminados sin mucho respeto por el trazado vial. Al otro lado, que por lo caro del puente es como pasar a Pirque cruzando el Maipo, se encuentra un museo y una escuela de

los que los canadienses llaman Shuswap porque no pueden pronunciar el nombre que ellos se dan. El lugar se llama Kamloops, que como verán también es una anglización de otra cosa. La gente medio adormilada nos prepara el video y no nos cuentan mucho, se nota que ahí efectivamente el silencio es más valorado que en otras partes. Ni mentiras, ni historias, ni propaganda. *Hi there. Bye.*

El título final de mi tesis es (prepárense): «Making sense of direction. Dynamic deixis in some Dravidian and Munda languages». La entregué la primera semana de diciembre a la biblioteca, corregida y aprobada y OK. No es lo que se podría haber hecho en el año reglamentario, tres meses son como más cortos, pero en fin. El concepto de deixis dinámica es más o menos mío, al menos de la forma que lo planteo. Tal vez alguna vez la teoría sea famosa, me vean en «Almorzando en el Trece» con tres señores de corbata y una moderadora de acento argentino (o parecido, digamos, tres señoras de acento caribeño o altioplánico y un moderador de corbata) hablando, fantaseando, rememorando cómo comenzó todo. Con mi acento santiaguino de clase media/media-alta y sin corbata, por supuesto, espero que alguno de ustedes me reconozca. Franziska dice que estoy más pelado, pero es una difamación por decir lo menos. Más canoso, sí. Yo creo que sí me van a reconocer. Tomando tecito o agüita, porque el café me parece una pócima abominable de dudoso efecto. Ojalá Earl Grey de Twinings, aunque ciertamente los hay mejores. Y...puede que nadie hable nunca de deixis dinámica. Habría que tomarlo como es, así no más. Si hasta ahora nadie ha hablado de ella, no se va a notar mucho, ¿no? Por lo demás, hay tantos temas interesantes que no dependo de ése para alcanzar ni el libidinosamente deseado estrellato ni el temido pero tan frecuente anonimato. Me gustaría seguir con temas relacionados, pero es cosa de largo aliento. Quizás para después del doctorado.

La niña rubia de ojos azules me sonrió cuando le ayudé a botar una cáscara de plátano. Dos bolsas y una maleta le complicaban la movilidad, así que decidí apiadarme de ella —una decisión que a un español o francés promedio le puede tomar 10^{-23} segundos, que un suizo promedio sólo toma una vez recibida una petición en triplicado, y que yo (qué vergüenza) tomé como a los 5 segundos. Estábamos solos en el compartimiento, pero los cuatro asientos restantes los teníamos llenos de equipaje porque faltaba sólo una hora para bajarnos de ese tren eterno. Tendría unos treinta y cinco años que seguramente la tenían cansada, porque apoyó su cabeza en la vibrante y negra ventana y se durmió. En la penúltima parada antes de la añorada meta (eran las 20.00, más o menos) se subió un joven de unos veinticinco deportivos años, de tez morena, pelo negro hecho moño, un doradísimo aro en cada oreja y ropa cara, camisa de seda y ese tipo de cosas. No tenía equipaje, hojeaba una revista de automóviles, de vez en cuando fruncía el ceño y arrugaba un bigote casi invisible al dar con una publicidad atractiva o exagerada. Sus ojos verdes rara vez dieron con los míos, unos tarros vacíos de cocacola rodando bajo los asientos fueron lo único que nos unió. Las tinieblas habían optado por ponerse a llover afuera, la ventana sonaba de tanto en tanto al ritmo del ciclo del mar convirtiéndose en río. Yo trataba de dormir o de soñar, pero el cansancio me lo impedía. Quería llegar a mi casa, faltaba hora y media por lo menos.

De pronto irrumpieron dos rambos camuflados con acento nazi pidiendo los pasaportes. A mí y al muchacho al frente mío solamente. No me costó poner cara de rutina y sacar mi pasaporte rojo con cruz blanca. El más grandote lo tomó, miró mi foto, y me lo devolvió. El otro le preguntó al muchacho si hablaba alemán, a lo cual él respondió con un perfecto acento del centro de Alemania que sí. Que adónde iba. A un pueblo cercano —en Suiza se habrían reído de cómo pronunció el nombre, sonaba tan alemán. Su pasaporte era lila con una luna y una estrella, pero era obvio que el susodicho (más que sospechoso, hasta el momento) había crecido y vivía en Alemania, al menos para mí. Los turcos son la clase intocable donde nuestros amatonados vecinos, eso se sabe. No sé qué estudiarían los dos Schwarzeneggers en el pasaporte tanto rato, pero al final el muchacho se puso de pie y dijo que tenía

que cambiar de tren en la parada que venía, y el tren había comenzado a frenar. No tan rápido, amigo, dijo el pícnico —el leptosomático le clavó una mirada de *y vos adónde creís que vay caurito* y por un momento el aire se enrareció en nuestro compartimiento, debe haber sido la lluvia, fue como en las micros cuando se inundaba Vicuña McKenna. Los ojos azules de la niña contemplaban la escena con estupor. Finalmente todo se relajó, le devolvieron su pasaporte y se fueron a montar su escena a otros compartimentos. Antes de irse el estupendo de ojos verdes nos reímos un poco del asunto, la niña incluso estaba enojada, le daba vergüenza que sus compatriotas actuaran así. Mi acento suizo en alemán quizás contribuyera a esa sensación, pero no estoy seguro, tal vez fuera sólo la autocrítica. Le dije que en veinte años sería diferente, cuando las razas fueran menos “puras”, ya no sería tan fácil reconocer ni a los extranjeros ni a los narcotraficantes ni cafiches o estriptiseras, que tienen la costumbre de ser la misma persona. Ahora es súper fácil, si nomás es cosa de mirar, hermano.

Afortunadamente, Saint-Exupéry tenía razón: *on ne voit bien qu'avec le coeur, l'essentiel est invisible pour les yeux*. Me pregunto qué verán los lores de la ley, como les llama la prensa chilena. Qué vera el virtual candidato Richie Lakes, qué verán las madres de pelados muertos en enfrentamientos o de chascones desaparecidos —a fin de cuentas, *everyone meets Joe Black one day*, claro que habría que preguntarle a la niña que muere de hambre en África o al anciano en Auschwitz o al comatoso en la UCI si se le aparece un mal actor rubio que se quiera acostar con su hija. Lamentablemente, muchos conocidos me hacen la pregunta de qué opino yo. Qué ganas de ser uruguayo o tailandés en esos momentos. Cómo decirles que pienso que lo mejor para la sociedad chilena sería que el senador vitalicio volviera a Chile y que los treinta años de historia se evaluaran en serio. *Sin odio, sin violencia*, como decían en la radio en 1988, pero discutiendo de todo lo que habría que discutir, no sólo de los quemados-degollados-desaparecidos ni de caos institucional-marxismo ateo-soberanía en peligro. Ojalá sea posible. Ojalá los chilenos sean capaces de tematizar y llegar a algo en otros temas que las uvas envenenadas, el chino Ríos y el hanta. Eso sería todo lo que tengo que decir.

Un tipo estaba de pie, en medio de una docena de gente formando un semicírculo a su alrededor. Al centro se erguía un poste de cuyo extremo superior colgaban dos tensas cuerdas delgadas. Los extremos de las cuerdas fijaban anillos metálicos que perforaban los pechos del tipo, y la expresión de su cara hacía ver que la cosa iba en serio. Menos mal que se trataba de una reproducción a tamaño natural y no de una presentación en vivo, porque imagino que habría sido algo fuerte para mis delicadas acompañantes. Era el éxtasis de la autoinmolación al sol con fines benéficos para la colectividad, aunque la colectividad también llegaba al éxtasis, según me dicen los libros. En el museo de Kamloops, esta escena. Por lo menos, mejor que perforarse genitales o párpados para cobrarle al propietario de revistas o clubes de muy dudoso propósito. En invierno los salmones todavía no hacían su aparición, así que vamos comiendo reservas, por ejemplo salmón ahumado (suena excelente) con un aderezo hecho de una pasta de bayas silvestres y grasa de animales pequeños (sin comentarios). El mes aproximadamente correspondiente a mediados de julio hasta mediados de agosto se llama *Pesqelqlélten* ‘mes de muchos salmones’, así que al menos entonces me podrían haber recibido de comensal. No recuerdo qué comimos ese día.

Es interesante ver cómo la lluvia se transforma en nieve que se transforma en lluvia. Las primeras veces, al menos. Si no corre viento, uno se puede parar al abrigo de algún alero mezquino y escuchar las metamorfosis. Hoy las nubes no son tan densas como para filtrar demasiada luz, y a veces se ven manchas azules, celestes, gris oscuro. El frío es notable. Recuerdo un día de invierno, al poco tiempo de la inauguración de Parque Arauco, en que tuve la increíble idea de ir allá a vitrinear en bicicleta. No comentaré en esta oportunidad lo de vitrinear, pero la lluvia *yang* de Santiago de la Nueva

Extremadura me convenció que para ese tipo de actividades se habían diseñado las tinas de baño o las piscinas y no los bicicletas. La lluvia en Zúrich es *yin*. Por eso prefiero la nieve.

En Colonia me hice resistente a todo tipo de precipitaciones. Un profesor me describió la ciudad como “muy conveniente, porque no hace falta comprar ropa de verano, de media estación y de invierno”. Efectivamente, un par de fines de semana de sol azul polar radiante parecieron errores de escenografía al estilo «Truman Show» en medio de lo que era «La nube» de mi tocayo Solanas o, para los que no saben mucho de cine argentino: un clima absolutamente idiota. Una cierta dosis de temor irracional a las inclemencias del tiempo que caracterizó mis más tiernos años ha quedado en el pasado. No me habré vuelto Indiana Jones, pero he llegado al punto de darme cuenta recién después de un rato que estaba lloviendo. Créanlo o no.

enero de 1999

Seis (1999, 2)

Queridos amigos:

Por allá por 1989 cursaba yo tercer año de economía en la Católica y asistía a clases de inglés en el Instituto Chileno-Británico de Cultura preparándome para el Cambridge First Certificate. Tuve un muy buen profesor, un señor de unos cuarenta años que daba clases en la Universidad de Chile y había estudiado uno o dos años de posgrado en el norte de Inglaterra. Se llamaba Carlos Zenteno, y algunas veces, cuando llegaban alumnos nuevos, se presentaba diciendo *please don't call me Charlie Rye*. Broma que no todos entendían, por cierto.

Varias húmedas noches de primavera caminé las dos cuadras que separaban la casona en Darío Urzúa de la casa de la familia Sanhueza Kegan, donde se hospedaba mi amigo Alexander Lüer, y un acogedor piano de cola —pero no los quiero marear con detalles que a estas alturas sólo están en mi memoria. Una noche me quedé conversando con Carlos Zenteno a la entrada del instituto, mientras un señor de unos sesenta años que oficiaba de cuidador, yúnior y otros títulos similares nos miraba y terciaba de cuando en cuando en la conversación. Según ambos señores, lo que yo tenía que hacer era “doctorarme lo más pronto posible”, porque si no los años pasaban, uno “se acostumbraba al dinero y las comodidades y perdía la rutina de estudio”, y ya no lo hacía más, lo decían “por experiencia”. En 1990 estaba yo preparándome para el Proficiency con una profesora cuyos conocimientos eran notables y cuya pedagogía era impecable, pero cuyo estilo (llamémosle así) me resultó un tanto antipático desde la primera clase. En 1991 ya había quedado de casarme con Franziska, así que tenía la presión de “recibirme” lo antes posible, lo cual pasaba por terminar mi famosa tesis de grado en tiempo más o menos récord, y —a pesar de que éste no es mi estilo— ocupar eso de pretexto para salirme a mitad del año del curso ése. Carlos Zenteno fingió comprenderme y añadió que siempre lo podría hacer más adelante, algo así sí que resultaría.

Bueno, han pasado 10 años y sigo sin “doctorarme”, así que Charlie Rye tenía razón. Lo que ninguno de los dos previó en ese entonces fue que volvería a estudiar de cérox. No seré doctor en economía de una “prestigiosa universidad de Estados Unidos”, como le llama la prensa chilena, pero he concluido con éxito el magíster en lingüística general y lingüística y literatura inglesas de la Universidad de Zúrich —tan malo no será este título, digo yo. Lo que me volvió a pasar fue eso de terminar bajo presión de tiempo, lo cual (más aún ahora con los años) se traduce en un problema de salud. Pero esta vez la presión no era para contraer nuxias sino para acceder a un puesto de trabajo de esos “codiciados”. Y aquí estoy, de profesor auxiliar o asistente o como quieran llamarle en el

Departamento de Lingüística General. Curiosa historia.

Casi como pasando a otra cosa: un artículo de hace algunos meses en la ya mencionada prensa chilena dijo que el hijo menor de Pinochet tenía “un amplio dominio del idioma inglés, el que adquirió durante su prolongada estadía en Iowa, Estados Unidos”. Por fin sé que no soy tan chileno como antes, porque ya no me da vergüenza ajena leer un comentario así. Al final de mi no tan prolongada estadía en Cambridge, nuestro guía y mentor comentó mi “amplio dominio” diciéndome que yo claramente resultaba una persona non grata en Inglaterra, porque no se sabía de dónde diablos era mi acento. *It's definitely something, but what exactly*, dijo mientras el Támesis se teñía de oro a nuestra derecha antes de bajarnos del bus que nos había llevado a Londres esa soleadísima mañana. La señorita belga le dijo que no importaba, porque mi inglés era “tan bueno que daba lo mismo”. Era su perspectiva, porque estaba consciente de que sus haches eran un problema —brillaban constantemente tanto por su presencia como por su ausencia, pero es un problema más que famoso de los francófonos. *You should come and work here for a year or two and get a broad East London accent...* ¿y entonces nadie se daría cuenta que yo no había nacido y crecido aquí? Soy como un poquitito demasiado moreno para eso, pero no lo suficiente para pasar por jamaicano. Y mi nombre nadie se lo tragaría, no, se le quedaría atravesado en la garganta. Quizás debí haberme ido a Iowa, Estados Unidos. Allí tal vez habría pasado por puertorriqueño o cubano, al menos un tiempo. Pero aquí estoy y al parecer eso soy en general, persona non grata. En Escocia nadie me lo dijo. Los muy simuladores.

Claro que incluso eso es relativo. Jorge Edwards escribe verdades, trivialidades y necedades en El País, Augusto Pinochet se prepara, como me dijo un pajarito, para morir “como O’Higgins, en el exilio”. (¡Eso es ser *non gratus*! Uno ficticio y el otro real; yo soy sólo virtual, lo cual está como a medio camino entre los dos y resulta ser, como tantas veces, inferior en estatus a los extremos. Ésa es la fuerza de mi sino, sin duda. Por lo menos me puedo sentir un poco pionero.

Aquellos de ustedes que hayan estado en Barcelona los últimos años me comprenderán. Una ciudad pequeña comparada con Santiago y grande comparada con Zúrich, si es que el tamaño dice algo. Cantidad de bares, teatros y demás, tío, es acojonante —o, como dicen frase por medio, “está muy bien”. Una playa rescatada, un Barrio Gótico en medio de barrios más o menos góticos, amplísimas avenidas y arboledas, hermosos parques, buenas librerías, las excelentes tapas de mariscos y el infame vino de la zona. Ah, se me olvidaba, mucha gente habla catalán, aunque esto ustedes lo deberían saber. ¿Me imaginan viendo una escena de «Golden Eye» donde el muchacho dice que su nombre es *Bon, James Bon*? Les recomiendo las «Tres Novelitas Burguesas» de José Donoso para que se hagan una idea de una de las muchas Barcelonas que vi en mi mente esos días.

Mi amigo Alexander Lüer ya no está donde los Sanhueza Kegan, sino en un “piso” en una céntrica calle cerca de un triunfal arco y algo así como no demasiado lejos del Parque Forestal en Santiago. Imagínenme comiendo *souvlaki* con *baked potato* en una casona sin piano de cola, de techos altos y ventanas escasas, de paredes vacías pero amarillamente acogedoras. Imagínenme comiendo bistec con *pa amb tomàquet* en un “piso” de un barrio acomodado y alejado del centro, donde visité a un joven estudiante de ingeniería que conocí en Colonia. Sólo había un piano vertical bastante desafinado, pero igual todo pasando compadre. Imagínenme por último junto a Alexander frente a una plancha metálica en una estación del metro, riéndonos en voz alta de una inscripción acerca de algunos pioneros de la industria ferroviaria y blablá y la palabra *xarxa*, que en catalán se pronuncia “sharsha” y quiere decir simplemente ‘red’. La gente se nos quedaba mirando, pero cómo explicarles. Días largos, comilonas, caminatas, conversas, tránsito asesino. Mucho, muchísimo más que esto es Barcelona.

¿Saben qué es lo fascinante de la lingüística? No es el imponente salario ni las influyentísimas posiciones a las que se puede aspirar, tampoco los frecuentes viajes pagados a lugares que estén de

moda para alguna revista de viajes, ni siquiera la admiración ineludible en cócteles o recepciones y la gran cultura con que da uno dondequiera que uno vaya —especialmente aquí en Zúrich, donde la mayoría cree que Suiza es uno de los países con mayor diversidad cultural y lingüística del mundo. Es la pasión por inventar explicaciones, cierto, la fantástica actividad de aprender otros idiomas y conocer otros mundos. Seguro que también las ganas de sentir esos vértigos inefables al contemplar abismos que uno no se habría soñado. Pero sobre todo la ilusión de penetrar, de relativizar, de redefinir el mundo social que nos propone identidades y el mundo interior que intenta decidir entre ellas.

El próximo semestre (octubre a febrero) impartiré dos cursos en la universidad, los cuales tengo a medio preparar. Uno de introducción a las lenguas indígenas norteamericanas y otro de lectura dirigida pero también con especial énfasis en ese tema y otros estrechamente relacionados. Claro, no voy a tener un aula llena de 200 personas escuchándome, pero honestamente prefiero una sala con 15 personas de las cuales 10 ó 12 están interesadas en el tema al aula (digamos que el curso se llamaría Introducción al Derecho Romano o Álgebra Lineal) en que quizás haya 10 ó 12 interesados —ustedes me entienden. La parte que más avanzada tengo es la de Internet, porque quiero hacer cursos multimediales para enseñarles a los niños a utilizar el computador sin *joystick* y para tapparles la boca a los ignorantes-arrogantes que insisten en que en las humanidades todavía trabajamos con tablillas de arcilla. Les voy a dar la URL más adelante, pero temo no poder forzar a mis alumnos a escribir en inglés, así que todo va a estar en alemán; pueden ver los dibujos y hacerse una idea de qué podría decir, así entrenan su creatividad. Los que no sepan suficiente alemán, claro.

El período de exámenes de grado fue sumamente agotador, lo repito por si no quedó claro. Especialmente cansador es el hecho que se prolongue por varios meses; estuve desde fines de febrero hasta comienzos de mayo dándole y dándole y dándole. Aparte del trabajo, se entiende, y de la vida conyugal y otros detalles similares. Mi jefa elogió el tiempo récord en que completé mi tesis de magíster, pero la verdad es que no se lo recomiendo a nadie. Primero, el resultado no será vergonzoso pero tampoco es para enorgullecerse. Segundo, a veces las fuerzas realmente como que escasean. No, definitivamente no lo recomiendo. Las pruebas escritas me parecieron un asunto, si no abiertamente superfluo, al menos sumamente peculiar. Las pruebas orales, a pesar de lo irritabilísimo del colon, fueron entretenidas, después de todo, y realmente aprendí bastante preparándolas.

El próximo toco con el grupo que armé para mi trigésimo cumpleaños en un “evento de empresas”: *standards*, *bossas nostras* y cosas parecidas. No sé a qué hora practicar, la verdad.

El tiempo está cada día mejor, incluso hay sol y a veces el cielo parece casi azul. No renové mi abono para el tranvía (US\$45 al mes) y volví a montar mi corcel metálico que tan buenos servicios me prestó en Colonia. Tengo el firme propósito de ir al sauna de la universidad más o menos cada 10 días, y de convencer a Franziska de secundarme en el bádminton. Ainda não dá para fazer aikido, Manuel. Aun así espero mantenerme a flote hasta comienzos de julio, momento en que deberían llegar las anheladísimas vacaciones. Adivinen adónde vamos.

Siete (1999, 3)

Queridos amigos:

La semana pasada comenzó a nevar en Zúrich, hoy ya está todo blanco: tejados, follajes, cerros. Los días en que la nieve cae fina, grácil y leve, las personas parecen volverse un poco más soñadoras, al menos en público. Añoranzas navideñas de infancia quizás se mezclen con absurdos e insufribles anhelos del presente, es decir, del futuro, robándoles algo de vida a la caída de cada copo.

El semestre (por no decir la preparación de las clases) da bastante trabajo. Por un lado, es eso. Por otro, la sensación de la cual no me he podido deshacer hasta ahora. Esa de que soy demasiado viejo y que mis neuronas están artríticas. Hay tanto que leer, tanto que aprender, que no sé si realmente pueda hacer todo lo que yo mismo espero de mí. El aplauso (no solo en los círculos académicos) no nutre mi vanidad ni genera una paranoia de expectativas desmesuradas, sino que me desconcierta, a decir verdad. Cada vez más.

Como aquella noche. Después de tres cuartos de hora de nocturna búsqueda por laderas ocultas tras la neblina llegué a un restorán medio perdido entre cerros cuyo nombre es mejor no repetir. Bajé mi piano digital (25 kg), mi mesa metálica plegable (10 kg), mi pisito (7 kg) y mi bolsón con *Fake Book* y partituras (2 kg). La sala llena de comensales me esperaba sin saberlo, porque era una sorpresa para los novios: media hora de blues y jazz. Uno de los invitados de terrible nombre Salvatore (no sólo por recordar al tipo del «Nombre de la Rosa», pero también por eso) ultrajó la parte posterior de mi instrumento con sus dos conexiones a una consola que manoseaba miserablemente cada vez que alguna ninfa no podía escuchar bien el final de algún chiste contado en otra mesa. Sonaba fatal, toqué fatal, y fue fatal. No obstante, me pagaron más de lo que le pagarían a Roberto Bravo en el Centro Cultural de Las Condes por dos horas de mazurcas y sonatas, e incluso algunos invitados —me cuesta decirlo, y más me cuesta creerlo— bailaron al son de mis *boogie-woogies* y hierbas similares. El organizador, principal responsable de toda la pesadilla, estaba entusiasmadísimo, así que la media hora se transformó en tres cuartos de hora. Y el aplauso... (el aplauso! Me desconcierta, a decir verdad. Cada vez más.

Créanlo o no, hace un par de semanas salí en la radio. No como hace dos años, respondiendo preguntas inconcebibles de Fernando Larraín y cantando para su programa matutino, sino haciendo preguntas predecibles para un programa casi nocturno, al menos vespertino, de una radio “alternativa”, como le llamarían, es decir, le llaman, acá. Dos muchachas mapuches de gira por Europa querían hablar acerca de su situación, de su lucha como pueblo, etc. Un arqueólogo chileno-suizo dedicado a los computadores y a los trabajos esporádicos, un colombiano metido en el tema de ONGs y los derechos humanos (lo cual es otra manera de decir que no sé qué hace para ganarse la vida) y yo (bueno, se me olvidaba el boliviano que moderaba, es decir, interrumpía la conversación) les hacíamos breves preguntas prefijadas para que las niñas hablaran de los temas que les parecieran pertinentes. Y como el moderador del programa siguiente no llegó, estuvimos en el aire de 21.00 a 23.00. Claro que con uno que otro cultruncito y trutruquita por ahí para amenizar el asunto. Créanlo o no.

Cierro los ojos y dejo que se me nieve la cara. Como entonces, hace años (¿cuatro? ¿cinco?), en las montañas. Las colinas blancas, el cielo gris, el viento indudable. Los momentos que se recuerdan tan vívidos después de mucho tiempo son tan imperdonablemente pocos. Aquel, y este, son de esos.

Mi colega en la universidad renunció, se vuelve a Colonia. Ya era hora, imagino que se dirá tanto para sus adentros como para sus afueras. Su marido o pareja o lo que sea, un tipo simpático, computín competente y de un aliento temible, estaba en Colonia, al igual que el resto de su familia, sus amigos y su alma. Relación directa conmigo tiene este asunto porque (i) tenemos que buscar quién la suceda, y (ii) yo deberé dictar al menos uno de los cursos que ella habría dictado el próximo semestre de verano (comienzos de abril a mediados de julio). Esto significa que mi eventual viaje a Chile (que tenía proyectado para febrero o marzo) pasa de eso, de ser algo eventualmente proyectado, a ser una utopía de las tantas que pueblan nuestra vida interior. Como volver al Chile querido después de veinte años cargando sacos de harina bajo las órdenes de algún patán semi-ario, o volver a Hungría después de haber huido bajo un vagón de tren a fines de los cincuenta, o volver al hogar más allá después de haber pasado una vida más acá. Más adelante sin falta.

Hace poco recibí un imeil de un ingeniero llamado Krzysztof Nurkowski, nativo de Varsovia con estudios en el MIT. Trabaja en una de esas plantas de inversiones tan cuantiosas y de fama tan dudosa donde clonan a niñas bonitas y muchachos inteligentes y hacen otras gracias similares. No se imaginan lo que me dijo, o más bien, escribió. Que tipos como yo éramos enemigos del sistema en que él creía. Que éramos peligrosas reliquias de épocas oscurantistas. Que eso de proteger especies en extinción era una nostalgia idiota e irresponsable de saurios subdesarrollados, que ahora las especies inferiores se extinguían, ya que no por la razón, por la fuerza. Todo esto me lo escribió en inglés, porque el polaco, que no es mi fuerte, tampoco es el suyo —otra especie en extinción, lingüística esta vez. Su lugar de trabajo orbita pocos kilómetros más afuera que el *resort* donde conoció a su esposo Dédé, un cantante muy dotado por el laboratorio que oscila a voluntad entre soprano y barítono (en un imeil anterior me había contado la curiosa historia de cómo se había enamorado de un clon de Dédé dedicado a la musicoterapia, pero finalmente se había decidido por la farándula, más rutilante y en cierto simpático sentido también más virtual). Afortunadamente para mí, y también para Krzysztof, nunca nos encontramos en tiempo real. Sus imeils provienen del futuro, y los míos lo alcanzan desde la noche de los tiempos, desde esta época reaccionaria y lúgubre en que no se elige quién se es sino, cuando mucho, quién se quiere llegar a ser. Pienso que el próximo imeil que le envíe será el último mío que él reciba. A menos que lo clone y se lo envíe a sí mismo *ad infinitum, ad absurdum, ad nauseam*.

¿Alguno de ustedes distingue a las alondras de las golondrinas? Y para qué mencionar a los patos salvajes, esos ánares tan prácticos a la hora de resolver crucigramas. Bueno, da la casualidad que casi no hay poema irlandés, o noruego, o albanés, que no las mencione en un rapto de ornitofilia poco frecuente en mis tiempos mozos. A veces me da por mirar al cielo para ver el futuro contemplando cómo esa bandada, o ésa más lejos, se disgrega, se reaglutina, cambia de rumbo y por fin se dirige hacia el poniente, o hacia arriba, a la casa de los espíritus. Pero nunca sé si son alondras o no. Les grito *gorriones*, o *gaviotas*, que son las aves que mejor conozco y que más huellas excretorias dejan en Zúrich, pero nunca me responden, nunca se vuelven, nunca me dicen qué ocurrirá con Pinochet en Londres, con Leyx como próximo presidente de la Inglaterra de Latinoamérica, con Tomás Jocelyn-Holt alias Nikki Lauda. Claro que no siempre consulto mis oráculos en relación con temas tan mundanos, me decepcionan si me creen tan prosaico. Cuando siento el llamado interior consulto en relación con nuestra descendencia (que aún no viene en camino, al menos como lo entiende la mayoría de la gente, eso del cuerpo amarillo y la cigüeña y todo lo demás), en ocasiones también con nuestra ascendencia (¿Qué era ese Maldonado antes de ser español, era escocés, o celtíbero, o arabesco? ¿Y antes? ¿Antes qué? Y ni hablar del Zúñiga o del Grasser), pero especialmente con nuestra presencia aquí. Sí, aquí y ahora, exactamente de eso se trata. Las palomas resultan ser igual de mudas. Quizás debería consultar a los avestruces, o a los buitres, o a los dodos. Una vez que tenga el éxito esperado (el que sigue la consigue) les diré qué me deparó la sincronicidad cósmica.

El otro día toqué con el coro de Rümlang en un pueblo llamado Dietlikon. La mayoría de la gente lo confunde con otro pueblo cercano e igual de conocido mundialmente llamado Dietikon, pero al parecer esa fría noche otoñal todos se ubicaron porque la iglesia que se consiguieron los del coro estaba repleta (no cabía, bueno, una aguja sí habría cabido, no cabía ni un paquetito con agujas). El trompetista se corrió un par de compases durante su solo, lo cual se nota innegablemente cuando la armonía solo contempla tres acordes en las secuencias más predecibles que puedan concebir. Aun así, gracias a que tuvimos contrabajista (quien no tenía todas las partituras y a veces tocaba en otro tono) y baterista (a quien le dio por no acentuar los tiempos 2 y 4 como acordado, sino en su lugar los tiempos $\sqrt{2}$ y π para que los cantantes se ubicaran con precisión literalmente nunca antes oída en un tema nuevo), las ovaciones y los bises demostraron al menos dos cosas de manera indiscutible. Uno, que

somos bacanes. Dos, que el público entiende tanto de gospels y spirituals como yo de misiles antiaéreos de fabricación casera. Y quizás también otras cosas. Al final me dieron una rosa roja, por la cual el precio a pagar es dar los tres besos de rigor a la interesantísima mujer que seleccionan para hacerme entrega del preciado obsequio; se la traje a la Franziska y se acaba de marchitar ayer. Curioso, ¿no?

Me encantaría volver a Barcelona antes de la mileniumpárti, pero lo veo difícil por decir lo menos. Tanto mi agenda como mi saldo bancario me aconsejan, si quiero escuchar castellano, ir a la calle de los prostíbulos cosmopolitas en Zúrich, donde las dominicanas me dirigirían obscenos piropos inmerecidos (como todos los piropos); si quiero comprar libros encargarlos con alguna librería virtual, por mafiosa o multinacional que ella sea; si quiero ver a Alexander o a Lluís, ver las fotos del álbum; si quiero ver el mar, bueno, cerrar los ojos e imaginarme en Vancouver Island, o Puerto Montt, o en algún inhóspito islote del Mar del Norte. Eso de cerrar los ojos, dicho sea de paso, funciona muy bien cuando uno quiere sufrir más, o sufrir por otra cosa. Y a veces hace maravillas cuando uno quiere postergar el sufrimiento—pero lo que es *evitarlo*, coño, pero qué dices, si eso no se puede así como así. *Vaite a merda*, es decir, no a Barcelona, o quizás más adelante, volviendo de Santiago de la Nueva Extremadura.

Feliz Navidad a los que la celebren.

Les deseo paz. Y amor. *Ské:nq?*

adviento de 1999

Ocho (2000, 1)

Hace un par de años, mi amigo Manuel Díaz, sicólogo de excepción y celebrado profesor de aikido, me recomendó uno de los más notables delirios de Alejandro Jodorowsky: «Donde mejor canta un pájaro»—no sólo como lectura, sino también como modelo que inspirara mi emulación. Unas trescientas páginas se aventuran por las escabrosas sendas de la memoria, la fábula y la historia para recrear los propios orígenes y los antepasados más recientes. Seguí su consejo, tanto en lo de leer el mito idiogónico de Jodorowsky como en lo de intentar el mío, para lo cual interrogué a mis padres, a otros parientes y a mis recuerdos en ocasión de una visita a Chile. Armado de sendos árboles genealógicos y anotaciones me hice a la ardua pero fascinante tarea de descubrir por escrito, lo que a menudo es sólo un mal sinónimo de inventar, no quién soy yo, sino quiénes eran los que me precedieron en la sangre.

Hace un par de horas, la fuerte gripe que me traje de Barcelona me obligó a eliminar los cabellos que normalmente cubren parte de mi rostro. Ya en un escrito anterior les había comentado lo interesante que era ver estos testigos multicolores de un crisol tan americano; aunque mientras más estudio a algunos de los indígenas sudamericanos y mi propia humilde genealogía, menos probabilidades veo de optar alguna vez a un puesto alto en una organización indigenista. Las canas aumentan a expensas de los cabellos negros, lo cual a nadie le extraña. Pero los que también han aumentado en número, si bien no los había percibido a diario, son los pardos y los rojos. Ahora sólo quedan esas diferentes raíces cortadas adornándome la cara. Raíces cortadas, como en mi interior.

Tres japonesitas me miraron con una expresión mezcla de «Indecent proposal» y «Silence of the lambs». Una aventuró por fin en un dudoso castellano la petición de rigor: inmortalizarlas con ese artefacto Nikon o Canon junto a los indescriptibles ornamentos del Parc Güell. Las estuve enfocando algunos segundos, recordando mis tiempos de fotógrafo (antes que me robaran mi modesto pero serio

equipo en esa Argentina tan, ejem, multifacética) y haciéndome el entendido, hasta que una de las bellas sonrientes me recordó que la cámara no era réflex (huelga todo comentario), dado lo cual habría que haber comenzado por descubrir el lente. Controlé fríamente la sangre en mi rostro y volví a enfocar, esta vez con más rutina, como el muchacho licenciado de «Blow Up». Y como él a Vanessa Redgrave en esa desafortunada filmación del cuentazo de Cortázar, les saqué más fotos (todas muy parecidas, claro) de las que recuerdo caben en un rollo. Sus conocimientos de la lengua de Cervantes no incluían los artículos *suficiente* o *ya basta*, supongo que de catalán sabrían tanto como yo de venusino septentrional y el desconcierto seguramente les hizo olvidar el poco inglés que pellizcaban. Les devolví su Nikon o Canon con quince filtros y zum pero no réflex con mi mejor sonrisa de inocencia perruna. El arte de Gaudí merece testimonios copiosos, sin duda. Notable parque, ese Güell.

*Cuando el agua caiga monótona y triste
 buscaré tu pecho para acurrucar
 este peso enorme que llevo en el alma
 y no sé explicar*

Ayer el agua cayó así, y me provocó algo parecido a lo que dice Alfonsina Storni. Hace poco me pidieron que “representara a Chile” en unos encuentros de poesía de todo el mundo en el barrio donde vivo. No hay premio, no hay gloria, no hay riqueza. Sólo eso, ojalá: encuentro. El primero ha sido entre la poesía y yo, después de tantos lustros indolentes. No encuentro palabras para describir el efecto que han causado en mí las urdimbres de poetas y poetisas latinoamericanos de este siglo últimamente. También pienso leer algunas creaciones del joven con quien trabajé en setiembre pasado, el poeta Leonel Lienlaf (en mapudungún, por supuesto), para que quienes se interesen descubran que Chile no es sólo Neruda ni es sólo en castellano. (Quién sabe, tal vez descubran qué es Chile y me lo puedan revelar.) Lástima que haya que traducir al alemán después de recitar (porque si no sería como proferir cantos en navajo en Pekín), es como empezar a explicar o interpretar (y por lo tanto desfigurar y trivializar) los hermosos ecos suspendidos en esa sala de teatro que domina Zúrich desde lo alto. Pero está bien así, supongo.

Después de una larga y sinuosa travesía por invernales pero soleados bosques de encinas, espinos y algarrobales llegamos a una de esas *masías* de la Cataluña Profunda, especie de casona rural donde ahora dan, si no albergue, al menos comida a los forasteros con Visa o MasterCard. Las palabras *atención* y *servicio* son igualmente inapropiadas para describir el tratamiento que nos dieron; éramos cuatro varones hambrientos y una dama sumamente quisquillosa a las cuatro y media de la tarde con ganas de almorzar, y el personal de esa masía seguro que tenía más hambre y menos paciencia que nosotros cuando nos vio llegar. Nos arrojaron un número indeterminado pero claramente insuficiente de menús escritos en un catalán escueto que, a las preguntas de nuestra dama, merecieron comentarios a regañadientes en un catalán rural e irreconocible. No diré que ordenamos cosas al azar, en parte porque, bueno, no soy taaan malo para los idiomas y en parte porque la dama en situaciones barcelonesas seguramente habría dicho que hablaba catalán, pero ciertamente nos arriesgamos con algunos pedidos que resultaron ser mucho menos funestos de lo que algunos hombres de poca fe temían. Si la comida catalana de Barcelona tiene más aceite y ajo que en otras partes del mundo, dupliquen o tripliquen esa dosis como para provocarle un bloqueo hepático a su peor enemigo, y se acercarán al mundo culinario de esa masía. Claro que, como se imaginarán, a un cuarto para las cinco de la tarde tantas cosas se ven diferentes... incluso más de alguien gozó despertando los celos de nuestra quisquillosa dama comentando en el más críptico dialecto chileno lo atractiva que era nuestra mesera, y lo entusiasmado que estaba con ella. Doble crueldad, hay que decirlo, directa hacia nuestra

dama y oblicua hacia la catalancita desabrida que, mal que mal, nos trajo, entre otras cosas, embutidos, papas fritas, ensaladas y flanes. El paseo por la Cataluña Profunda, sus campos y pueblos, fue toda una aventura.

Poco antes de mi concierto de Año Nuevo —qué lata da tocar para gente que no distingue a Bach de Beethoven ni a Jobim de Joplin, ni aunque esté sobria y se concentre. Pero me lo pidieron, me pagaron bien y tal vez, sólo tal vez, algún comensal que no alcancé a ver disfrutara algo con la música tocada en un maltrecho Steinway habitualmente usado de mueble. En esos momentos, al menos en esos, sé por qué no me dediqué profesionalmente al piano-bar. Pero a lo que iba: Poco antes de mi concierto de Año Nuevo decidí salir de mi encierro de todo un día de práctica para improvisar un pedido en la librería latinoamericana de Zúrich, convenientemente llamada «El Cóndor». Había leído hacía poco algo que había despertado en mí el incomprensible deseo de releer un libro de Friedrich von Hayek que debía ser en castellano. Dado que en Suiza, como en casi cualquier parte, se encuentra mucha más literatura que libros técnicos en lenguas extranjeras, pensé en encargarlo. Era una oscura, fría y medio lluviosa tarde de fin de año, y la librería cerraría en una hora más. Había sólo un cliente, una mujer que conversaba con la dueña dándome la espalda cuando entré. Sin prestar atención a su conversación me dediqué a buscar libros del *best-selling author*, casi digo digno sucesor español de Umberto Eco, Arturo Pérez-Reverte, pero sin mucho éxito porque tenían sólo el que ya había leído. Aprovechando lo que me pareció un relajo en el diálogo, consulté acerca del libro de Hayek que me interesaba, hice el pedido, y comenté no recuerdo qué. Recién entonces reparé en ella a mi izquierda, extendiendo su brazo, su mano, con mi boina y preguntándome gentilmente:

—Perdón, ¿es susha?

No me había percatado que se me había caído. Me la había sacado al entrar, tan en las nubes no ando, pero obviamente era mi boina vasca azul marino que tantas gripes me ha evitado.

—Sí, muchas gracias. No me di cuenta.

No la miré muy detenidamente ni pensé empezar a contarle mi vida, pero ella insistió en captar mi atención:

—¿Le puedo preguntar de dónde es?

Me había escuchado encargar el libro, y mi acento de santiaguino de clase media/media-alta no lo escondo ni contamina casi nunca porque sería perder aún más de mí. Me extrañó que no me tuteara, y yo no iba en plan conocer gente ni nada, pero algo en su tono de voz...

—¿De dónde cree usted?

A veces me gusta empezar así una conversación pseudo-lingüística, pero creo que entonces sólo quise hacerme el interesante.

—No sé, pensé que tal vez podríamos “ser vecinos”...

—Yo estoy seguro que “somos vecinos” —sólo un sordo o uno de esos barceloneses que no distinguen a un andaluz de un dominicano habría dudado después de escuchar a esa bonaerense inconfundible.

*Pronto (nos dicen) llegará la nieve
y América me espera en cada esquina,
pero siento en la tarde que declina
el hoy tan lento y el ayer tan leve.*

Hace algunos años les envié estas memorables líneas de Jorge Luis Borges en un epígrafe, porque calzaban a la perfección entonces. Hoy sólo las cito porque preceden a las que les dan la culminación este enigmático febrero del año 2000:

*Buenos Aires, yo sigo caminando
por tus esquinas, sin por qué ni cuándo.*

Aunque este hoy tan rápido de ayer tan intensos sí adivino un porqué. El resto de la tarde, esta dama se empeñó en irrumpir en mi vida acompañándome a la librería «Romanica» y a tomar un té/café a la estación ferroviaria mientras salía su tren. Me pidió algo que ya no recuerdo, le di mi tarjeta sin estar seguro si iba a dar al papelerero en su casa o ya en el vagón del tren, y le dije que me enviara un imeil. Y casi se podría decir que me olvidé del asunto.

Ahora que ha pasado más de un mes desde esa fría noche y que ustedes, tan sagaces, se habrán percatado que no he olvidado algunos detalles que podrían parecer nimios, esta encantadora porteña se ha transformado en una interlocutora bastante frecuente, ya sea por teléfono, imeil o carta, y nos hemos visto un par de veces más. Claro que esto del encuentro personal no es fácil, en parte por nuestros trabajos (ella es profesora de castellano en diversas instituciones en Basilea, quizá no hayan olvidado que yo humildemente intento contribuir desde una perspectiva por lo general americana al estudio del lenguaje en la Universidad de Zúrich), en parte por nuestras familias (recordarán que llevo ocho años casado con Franziska, y ella lleva el doble casada con un nativo de Basilea que le ha dado tres hijos), y en parte porque Basilea está a una hora en tren de Zúrich. Sé que puedo herir algunas susceptibilidades al enfatizar cuán entrañable es su acento o cuán simpáticas me resultan sus maneras tan, digamos, resueltas, pero como los lazos que me unen al nacionalismo chileno son tan tenues me importa un karaxo. Acaso lo más notable de esta interesante mujer sean su curiosidad, sus ganas de aprender de la vida y el tener, a diferencia de otra gente con la que me topo a diario, algo que decir. Fue un encuentro que tuvo mucho de mágico, y es difícil transmitir todo lo que me pasa por la cabeza y el corazón. Tal vez sea sobre todo calidez, de esa que derrite muros. No podría escribir una carta hablando de mi vida los últimos meses sin mencionarla. No podría.

*Me mirarán extraño
dirán que no estoy cuerdo
y volaré liviano hasta donde nace el mar*

Creo que esto es algo de lo que he pensado últimamente, por ejemplo al decidir pasar unos días en Barcelona. El sol húmedo al alba, el crepúsculo montañés, el azul distante sobre los tejados y las fachadas color ocre. Y quién necesita esos absurdos (ruidosos, malolientes) aviones para volar.

*Llevaré más nada
aliviano mis alas
sólo algunos recuerdos
que no me impidan soñar*

Si Alejandro Lerner pudo cantar esto hace unos seis años, con mayor razón yo hoy. Siento que todo el año pasado he estado, a veces febrilmente, tratando de alivianar mis débiles alas. Y quién dijo que iba a ser fácil, y que no iba a doler. Llevaré más nada. Por favor, que no se me impida soñar.

*No preguntes por qué
hay que volar para ser feliz
desde el cielo a lo pies
el mundo es lo que llevás en ti*

Si le creyéramos a esta canción habría que hacer un par de cambios, ¿no? Yo ya me decidí. Es más, ya empecé.

Más de alguno estará pensando que me volé en la onda argentina (con la porteña ésta y puros poemas de por allá), algo más que sorprendente incluso para un apátrida chileno-suizo como yo, y quizás tengan razón —en otra ocasión quizás les envíe poesía catalana y vasca de ésa que cala hondo. ¿Ustedes entienden que alguien pueda idolatrar a los ingleses pero odiar a los estadounidenses, a pesar de que en el fondo son casi lo mismo? Yo me debo estar volviendo loco, porque ya lo estoy empezando a comprender... Tal vez otra vez les explique.

Nueve (2000, 2)

Durante mi estadía en Colonia me enamoré plácidamente de un tema de Pat Metheny de comienzos de los ochenta llamado «Travels». La versión original es en vivo y apareció en un álbum homónimo, pero también hay una versión en estudio en el compacto «Trio 99/00». Es un deleite.

A fines de julio fuimos Franziska y yo a escuchar a Jan Garbarek Group en los espaciosos jardines interiores del Museo de Historia de Zúrich, mientras caía esa lluvia lánguida que aún no me he habituado a aceptar como verdadera. El saxofonista noruego urde melodías oscuras, a veces obsesivas, y pese a que hacen uso de motivos folclóricos escandinavos, la percusión y los timbres le dan a la música un sello de otros pagos. Aun cuando sugieran viajes, son piezas estáticas, predecibles, sedentarias.

Todo viaje es una peregrinación. No importa si partimos con una meta y un camino que creemos conocer o damos con senderos, montes y valles que no esperábamos encontrar; más de una vez descubriremos recién el alta mar que hemos soltado amarras. Las semanas en Canadá en pleno verano, los días en Basilea, Biel, Berna —y, por supuesto, todos esos viajes que no requieren un desplazamiento físico: ésos a continentes lejanos o épocas remotas.

De la mano de Lyle Mays en su álbum de este año, «Solo», con improvisaciones que al parecer no se animó a dejar al cuidado del piano solo y se empeñó en orquestrar con sonidos prestados, o de Miles Davis y John Coltrane en su «Kind of blue» de 1959, donde por convención se termina volviendo al lugar de salida. O caminando por las ajetreteadas callejuelas de Neuchâtel, recorriendo librerías de viejo u otras fantasías condenadas a la extinción. O guiado por Nağīb Maḥfūz, el Nobel egipcio, o por Antonio Muñoz Molina, o Bernardo Atxaga, o Ursula K. Le Guin. O por un libro entrañable de Varanini llamado «Viaje literario por América Latina», que a uno se le acaba apenas pasadas 800 páginas. O por un paseo alrededor de una laguna cercana, un día de verano en que una suave brisa traía olores y colores de más allá de esos cerros que, lástima, siempre terminan tan pronto.

En un cuento repleto de dulces inverosimilitudes, Borges pone en boca del protagonista una respuesta inolvidable a la pregunta de una noruega (“¿qué es ser colombiano?”): *un acto de fe*. Los invito a seguirme por el bosque no demasiado encantado que lleva a las profundidades del terruño o a las banalidades del Derecho Internacional.

A pesar de la historia reciente de aquel remoto lugar donde el mundo se llama Chile, estoy convencido de que ser chileno es *un acto de voluntad*. Siempre hay requisitos, por supuesto, y a mí me parece advertir dos: mimetizar rasgos no chilenos del castellano que uno haya conseguido aprender, y relacionarse armónicamente con al menos parte de la tierra y su gente. Esto quiere decir, por ejemplo, que no importa cuán oscura sea la piel ni cuán rasgados sean los ojos; si uno se comporta como chileno al abrir la boca, al caminar, al hacer negocios, al cortejar a una mujer, al dar de mamar, al mirar a los Andes, uno será de esos raros especímenes no tan fáciles, pero tampoco tan difíciles de

identificar en aeropuertos internacionales. Ser español no es lo mismo, ni ser mapuche tampoco. Aunque esto debería ser obvio —la gracia del mestizaje.

Igualmente convencido estoy de que ser suizo es *un acto de inercia*. Así como el pronóstico del tiempo con más probabilidades de acertar es que el tiempo del día anterior continúe invariado, los suizos proceden de suizos y los extranjeros proceden de extranjeros (con la única excepción de alemanes y austríacos de nombres no demasiado estrambóticos). Esto es algo que está cambiando, pero como todo en este curiosísimo lugar, se demorará en transformarse en algo diferente. Espero que no me malentiendan: los hombrecillos o mujercillas grises y anónimos otorgan los pasaportes basándose en otros criterios, del mismo modo que quienes tienen contacto frecuente y más profundo con “extranjeros” se forman una opinión más o menos juiciosa acerca de la identidad de los *homines sapientes* que deambulan más o menos erectos por doquier. Pero esa temible figura tan frecuente en los libros de economía y en las ciudades (y sobre todo pueblos) suizos, el hombre de la calle, vive entregado a algo que insiste en llamar azar y cuyas consecuencias indeseadas pretende eludir con empalizadas de conservadurismo. Uno de los muchos corolarios es la credulidad frente al adagio bávaro: “el hijo de gatos es un gato, no importa que crezca en el acuario entre peces de colores”. ¿Quién podría sustraerse a esta lógica aplastante? Ciertamente nadie de piel muy oscura y alemán titubeante.

Así como la chilenidad se enorgullece, no sin razón, de una cierta hospitalidad, espontaneidad y calidez que empiezan a escasear una vez que se cruza el Atlántico, o los Pirineos, o los Alpes, la gallada en Suiza se ufana de logros científico-tecnológicos, especialmente con consecuencias para la infraestructura y el bienestar, que escasean ya cruzando los cercanísimos límites de la confederación. El cobre a nadie le interesa mucho, pero la fruta y el vino chilenos son cada vez más apreciados fuera de Estados Unidos. Los suizos pueden competir con sus quesos y chocolates de fama mundial pero también con vanos productos industriales y algunas atracciones turísticas sobrepobladas.

Pero más de un chileno empaña sus cualidades con ese racismo clasista que se empeña en ignorar. No quiere ver su complejo de ciudadano de segunda categoría de un país pequeño y marginal tanto geográfica como culturalmente, y cree que con algún profesor visitante de cualquier disciplina en Georgetown, un economista en el Fondo Monetario Internacional y uno que otro tenista o futbolista que gana en un mes corriendo detrás de pelotas pequeñas o grandes más de lo que él gana en un año “afuera se valora más a Chile” o algo similarmente irreal. Ficciones como ésta de la aristocracia castellano-vasca o la de los jaguares sirvieron, supongo, para olvidarse de los que la vienen pasando no tan bien desde 1536, de la nube tan saludable que oculta convenientemente el San Cristóbal, de que en Europa se sigue y se seguirá hablando del “Tercer Mundo” como una categoría que explica algo retrospectiva y prospectivamente, aplicada a Burundi, Etiopia, Bolivia —o Chile.

De modo similar, más de un suizo está convencido de que el país es próspero gracias a la estupenda educación, laboriosidad y minuciosidad a toda prueba del ciudadano promedio. Me ha tocado en suerte conocer por dentro tanto una gran empresa privada como una gran empresa pública, así como saber bastante de hospitales. Lo de la minuciosidad es bastante cierto; se podría comparar a muchos helvéticos con hormigas por su organización, disciplina y coeficiente intelectual comprobable sin hablar de la creatividad (aunque esto, parafraseando a Twain, sería poco gentil para con las hormigas). Quien no crea en milagros debe venir a trabajar unos meses a Suiza para tarde o temprano llegar a plantearse esa pregunta temible: cómo diantres funciona este país, por qué no se va todo el dinero recién lavado por el eficientísimo sistema de alcantarillado urbano. Más de un aborigen percibe una cuota de automatismo y sopor que, le dicen sobre todo los ídolos californianos que se esfuerza por

emular no es sana ni *cool*. Qué mejor antídoto que ir al supermercado y comprar algún producto como un coche de guaguas o un impermeable diseñado por algún tarado que leyó en alguna revista mexicana eso de que los colores dan alegría de vivir y transformó un adefesio gris en un adefesio multicolor con algún garabato en un inglés que los ingleses piensan que es alemán y los gringos creen que es una sigla. Después hay que ir a una disquería, pagar US\$25 por un cómpac de música cubana, que está de moda porque la Habana es la Meca de saber disfrutar de la vida, comerse una hamburguesa con salsa agridulce y papas fritas cortadas de manera que parezcan raviolos en el McDonald's que ostenta "semana china" en esos lienzos de tan buen gusto, y sentirse en Nueva York u otra metrópoli internacional. Sentirse, como quiere su doble chileno, en el centro de lo que los bacanes le han enseñado a admirar. Pero como en el tranvía que lo lleva de vuelta a su departamento de 50 m² (casi como en California, ¿no?) hay morenos, o más bien de esos cuchilleros kosovares o serbios (si son todos iguales y están todos traumatizados y a todos les violaron esas gordas con lunares peludos que les tocaron por mujeres), le dice a la bisexual famélica a su lado que el próximo 24 de setiembre hay que votar por restringir la cantidad de extranjeros al 18% de la población.

Claro, si no fuera por la crisis asiática, o la Niña, o las sanguijuelas en el Congreso, o las uvas envenenadas, o el senador vitalicio, o la mentalidad de pacotilla de los chilenos, estaríamos en otra parte y ya seríamos país desarrollado, otro nivel, compadre. ¡Así me gusta Chile! Si no tuviéramos a todos esos extranjeros aprovechadores, si Bruselas no se empeñara en querer quitarnos nuestra soberanía, si la globalización no fuera tan rápido, estaríamos como siempre hemos estado y como tenemos derecho a estar, si somos los mejores. (A todo esto, ¿contra quiénes competimos?) Quién quiere bailar salsa sin parecer robot recién montado o hablar tan rápido como los alemanes o hacer *windsurf* frente a San Francisco si lo que cuenta es el puesto directivo en el club de gimnasia de mi pueblo de 2.000 habitantes, de cuyo consejo comunal soy, ejem, presidente, y a cuyos residentes conozco al revés y al derecho porque a todos les encajé pólizas de seguro que, bueno, no necesitaban tan urgentemente pero nos hacen aparecer en los primeros lugares de primas per cápita a nivel mundial. Como decía un cartel a las afueras de Santa Monica, Ca.: *European attention lo detail*.

Estamos por llegar a un claro en el bosque después de esta espesura. Según Leibnitz, a quien no sé qué cerebrazos le calculan quién sabe cómo un coeficiente intelectual de 240 para dejar claras las diferencias, estamos en el mejor de los mundos posibles, por lo cual algunos le dicen pesimista y otros, optimista. De Santiago se puede decir, aunque imagino que no necesariamente desde 1541, que es Chile, y no mucho más que eso. De Zúrich los nativos dicen que es una *little big city*, y hasta ahora me parece que son los únicos que se lo creen. Quizás se deba a que mi coeficiente intelectual es muy inferior al del amigo Leibnitz, pero me cuesta creer que Santiago o Zúrich sean las mejores ciudades posibles. Los extraterrestres que me enviaron a este lejano rincón de la galaxia no me prepararon ni me consultaron, o tal vez haya sido mi karma, quizás fui un exterminador nazi o el Marqués de Sade o un pirata del Indostán y me merecí chilenizarme y helvetizarme en proporciones que ya de nada sirve calcular. Pero ¿sería realmente mejor ser un inglés, un tibetano, un zulú? ¿Quizás taiwanés, neozelandés o, hm, argentino?

Lo cual me lleva a pedirles —ya hemos alcanzado el claro— que se busquen una piedra confortable para sentarse y me escuchen con detenimiento, aprovechando que aún es de día. Alguno de ustedes me imaginó despeñándome por el tórrido abismo del deseo. Quizás debería haber sido más explícito al referirme a mi relación con la amiga argentina que mencioné en la última carta, aunque no estoy muy seguro de cuánto habría sido suficiente. Un pequeño hotel en las faldas de los Alpes, una acogedora habitación con chimenea para pasar largas tardes de invierno revolcándose con una ardiente porteña

mientras la esposa acumula horas extraordinarias en el hospital sospechando vaguedades —no es una escena que requiera una capacidad de imaginación especial, pero no tiene nada que ver ni con mi amiga argentina ni conmigo. Concíban, más bien, cuántas otras cosas se pueden compartir con alguien que aún cree en mirar a los ojos, piensa al consumir literatura latinoamericana y cine, y admira el mar y el sol. Tan difícil no debería ser, ¿no?

Es hora de continuar la marcha si queremos llegar a destino antes que oscurezca. ¿Oyen las sombras acercarse desde el oriente? Por eso mis romerías favoritas me llevan al poniente, donde se esconden por poco tiempo los últimos vestigios de luz, la última esperanza. Los grillos practican sus monótonos contrapuntos con las ranas, pero no se asusten, que no se nos aparecerán fieras como a mí en Canadá hace algunas semanas; los bosques de papel son, si no menos peligrosos, más fáciles de dejar.

Es de sobra conocido que hace quinientos años algunos aventureros, uno que otro aristócrata y sobre todo mucha canalla llegó a América huyendo de la pobreza, el tedio y acaso de su propia humanidad. Entre los Andes y el Pacífico, la gente que les había hecho el parelé sureño a los incas se resistió a pasar a formar parte del imperio donde no se ponía el sol, quizás porque, como yo, disfrutaban de esos hermosos crepúsculos marinos de Vancouver Island o la Isla Mocha. Un bosque que me he empeñado en inspeccionar ha sido la lengua de los descendientes de esos reaccionarios analfabetos que obviamente optaron por la lucha armada, y una de las primeras etapas de esta inspección está llegando a su fin. Este año espero poder tener entre mis manos mi modesta pero arduamente forjada gramática de la lengua araucana en inglés para lingüistas publicada en una editorial especializada (eufemismo que corresponde a “desconocida”) en Múnich. Aparte de los pormenores morfosintácticos y fonológicos que no despiertan entusiasmo masivo, el vocabulario encierra un sinnúmero de pequeños tesoros que quienes no somos hablantes nativos apenas podemos apreciar adecuadamente. Al final del prólogo al diccionario de Augusta se sueña con lirismo:

Se trata de la llegada de una hora eternamente incommovible, donde la lengua que entendían tanto los peces del Budi como las machis en las alturas de Panguipulli, sea de nuevo el vehículo de comunión con el azul del firmamento, lengua donde se había depositado las claves secretas de una Sabiduría perdida, y que bien podría ser la levadura de un futuro despertar de la conciencia chilena.

No sé si los peces del Budi habrían aprobado un Prueba de Aptitud Verbal, pero si sé que las lenguas, sean el bernés, el castellano o el mapudungún, son todas un vehículo privilegiado de comunión entre nosotros, con la divinidad y con la madre tierra y sus habitantes, ya sea en un lugar de *Bären* ‘osos’ como BERN, un asentamiento dedicado a San Jacobo como SANT-IAGO o un sitio de *mañke* ‘cóndores’ como MANQUE-HUE.

Sí, ya se ha hecho de noche y no es mala idea suspender la marcha, tal vez hasta el “futuro despertar de la conciencia chilena” —aunque, a mi juicio, dicha alborada sólo se conseguirá si seguimos en romería: una peregrinación permanente que no nos deje tiempo para exterminarnos, o esclavizarnos, o ignorarnos mutuamente. El destino somos nosotros mismos, y ese Otro del cual usualmente sería más sabio no hablar, citando a Wittgenstein, porque no hay mucho que decir. Benedetti le prestó un título a la época que no pocos chilenos vieron o querían ver como una *primavera de esquina rota*; las estaciones del año no son las mismas en todo el planeta, y creo que es delicado usar sus nombres sin caer en el kitsch, así que pienso que podría acudir a Gurdjieff y a tantos otros en busca del término *sueño* (no lo que está detrás de la palabra *onírico*, map. *pewma* / *perimontun*, sino lo que se esconde bajo *hipnosis*, map. *umaw*) para referirme a la etapa actual de la

historia no sólo chilena sino posiblemente de la humanidad entera. La así llamada cultura occidental tal vez no represente mucho más que el esfuerzo multitudinario y tecnificado por hacer del defecto una virtud.

A diferencia de Fukuyama y otros autores a medio camino entre Nostradamus y Marx, no creo que hayamos llegado aún al fin de la historia, aunque es innegable que nos empeñamos bastante. Quizás seamos miembros de las últimas generaciones de seres humanos incubados al interior de otros seres humanos y sin participación de funcionarios, científicos, sacerdotes o militares que decidan antes que veamos la luz cuáles enfermedad dejarnos y cuáles eliminar, cuánto coeficiente intelectual asignamos, cuál será el color de nuestra piel, en fin, a qué clase social de ese mundo feliz perteneceremos. Tal vez parte de mi genoma sea usada para generaciones enteras de instrumentistas que dominarán diez, quince instrumentos a la perfección, o lingüistas que hablarán cuarenta, cincuenta idiomas como hablantes nativos. O más bien prostitutas estériles de físico extra resistente y de envejecimiento retardado, o atletas sin miedo que desempeñen aquellas tareas peligrosas que los computadores todavía no sabrán realizar por su cuenta. O seres cuya existencia aún no hemos previsto, que combinen las capacidades típicamente humanas (las intelectuales, claro) con la adaptabilidad y resistencia típicamente animales (anfibios, etc.), para colonizar esos planetas de hielo o arena que Hollywood y Microsoft tan magistralmente nos venden para poblar nuestros sueños, o mejor dicho, nuestro sueño. Si bien no llegué al mundo a tiempo para ver a los astronautas caminar por la luna cuando el evento estaba fresquito ni para disfrutar de Pink Floyd o Charlie Parker no junto a un puñado de nostálgicos o fanáticos sino como parte de un *mainstream*, al menos Dios tuvo piedad de mí y me envió a estos lugares que he tenido el privilegio y por lo general el placer de conocer antes del fin de la historia como la conocemos, antes del fin de la historia del hombre. Los milenios de mares, cordilleras, árboles y faunas desapareciendo y siendo testigos, críticos, o víctimas de milenios de hombres luchando por sobrevivir en condiciones hostiles, por obtener alimento, por contactarse con seres superiores, por alcanzar reconocimiento y aprecio, por (pro)crear, en fin, por ser felices —esos milenios acaso estén llegando a su fin. Como dijo hace poco Billy Joy, el creador de Java: Estamos ante el desafío de (i) definir qué significa ser humano y (ii) decidir cuánto de ello queremos conservar. De más está decir que no pienso que nadie esté muy preparado para tamaña empresa.

Creo poder renunciar sin demasiada amargura al honor de ser cronista de esta vuelta de página cósmica. Me tocó en suerte ser un hombre abierto a los cambios del futuro y a las posibilidades del presente. Me enorgullezco, tal vez tontamente, de ser un defensor (y aprendiz de ideólogo) del derecho inalienable de cada uno de nosotros a redefinirse, a mejorar, a articular la propia biografía de manera constructiva y renovadora. Tengo una historia interior y exterior que no puedo borrar, pero creo fervientemente que los viajes no tienen que ser tiempo perdido, y que cualquier sitio y tiempo ha sido idóneo como trampolín para dejarse remontar en una espiral solar por la alegría de estar vivo, la compañía de aquellos que por convicción o sangre nos acompañan al menos un trecho de la ruta desconocida, las dimensiones insospechadas tras las apariencias mensurables. Como guiado hacia los arrecifes escoceses por una música de aire celta de Pat Metheny Group llamada «The awakening», prefiero mirar hacia atrás, de donde venimos, o hacia arriba, donde está nuestro hogar, y no hacia el abismo del veneno que insistimos en beber, el infierno que a toda costa queremos construir, la prisión que haremos inexpugnable para, refugiados en esa última perfección ineludible, sentir que por fin hemos logrado dar forma definitiva a esa intuición oscura y devastadora: que el mundo es cruel y absurdo.

¡Hasta el alba!

Diez (2001, 1)

Suiza es un país de contrastes. Como todos, agregarán ustedes, y tendrían razón —pero lo interesante es que los contrastes son distintos de los que se esperarían llegando de Pudahuel. Tomemos el ejemplo de los “conservadores”. Estos señores, aunque me parece que también hay señoras involucradas, se resisten a formar parte de la Comunidad Europea, la ONU y la OTAN. (Las razones que aducen y las que realmente los mueven son muchas y no vienen al caso; quizás alguna vez aparezca un ensayo mío al respecto en esta columna, lo cual dudo.) Ahora bien, hay otros señores, también acompañados por sus respectivas o no tan respectivas damas por supuesto, que son adictos a la moda. No sólo a lo que la liquidación de fin de temporada (que por razones comerciales no es liquidación y por razones climáticas tampoco es de fin de temporada) les ofrezca, ni a lo que MTV y/o las empresas del recientemente liberalizado mercado de telecomunicaciones lancen a infestar los aires ya saturados de lluvia ácida y electrosmog. Una de las modas particularmente curiosas en sociedades que tienen dinero para derrochar (y que por lo tanto creen que también tienen tiempo para dilapidar) se refiere al destino de vacaciones, el cual está estrechamente ligado al tipo de vacaciones y al *lifestyle* famoso ése.

En primer lugar tenemos a los tradicionales decadentes, es decir, los que hace años iban a Italia o Grecia y ahora van a Túnez o Turquía. La gracia es elegir una de esas moles de hormigón a medio armar llena de correligionarios y pasar una o dos semanas calcinándose donde el cielo del Mediterráneo ofrezca menos ozono mientras los infantes aprovechan el relajo general a su arenoso alrededor. (No hago mención aquí de los que van a las Islas Canarias o a las Baleares, ambas infestadas de la peor estofa de alemanes que ha visto Occidente desde el holocausto.) En segundo lugar tenemos a los vanguardistas de pacotilla, es decir, los que hace años iban al Gran Cañón o Alaska y ahora van a Australia. (Claro que no como Lucho Vidal, a sobrevolar el asunto con sus amigos, sino que a arrendar un auto barato y a soñar con canguros durante la borrachera más o menos nocturna. Me impresionaron las fotos, Lucho. De veras: *cool*.) Esto además favorece la coyuntura local de restaurantes australianos o, más en general, de cualquier mamarracho decorado con un koala de peluche y un póster de Ayers Rock o algo no tan pedestre como Sydney —después de todo, no todos los suizos son tan detallistas como a veces pudiera parecer. En tercer lugar tenemos a los étnicos, es decir, los que hace años iban a Nepal o Bali y ahora van a Tierra del Fuego. (No como Gastón Ramírez y su familia, que trabajan y viven por esos inhóspitos confines que sólo conozco superficialmente y que espero poder visitar antes de que se vuelvan al hipocentro del esmog y criminalidad y etc. etc.) Cuál no sería mi sorpresa al encontrarme, el año pasado, libros de Francisco Coloane publicados en España, pero más aún, otros traducidos al alemán, en librerías de viajes casi como ésa de «Notting Hill». (Y yo que recuerdo «El último grumete de la Baquedano» como una novela relativamente aburrida, una película relativamente ni chicha ni limonada y una canción —«El navegante», de Eduardo Gatti— relativamente buena...) Lo cual finalmente nos lleva a los pioneros que buscan quedarse con pan y pedazo, es decir, los que buscan playas y sol como los tradicionales decadentes, zonas poco conocidas aquí como los vanguardistas de pacotilla y gente distinta como los étnicos: qué mejor que ir a Cuba, chico. (Lamentablemente, como mis alumnos de castellano que no he visto desde que volví de Chile porque, me mienten, tienen mucho trabajo. Yo sé que el miedo respetuoso que me tenían se ha transformado en pavor después de dos meses sin hacer las tareas.) Los cubanos en Zúrich están absolutamente apestados de tanta película cubana, Buena Vista Social Club, restaurantes pseudo-habaneros y cuanta estupidez se le ocurre a algún marquetero que se pasó años a la sombra esperando su cuarto de hora.

Lo cual me lleva a su vez al tema de la cubana — pero no, por favor téngame algo de paciencia,

primero déjenme contarles de Dublín.

Partamos aclarando que son difamaciones absurdas y malintencionadas aquellas de que en Dublín se la pasa lloviendo, o que el tiempo es impredecible. En pocos días aprendí a prever el tiempo con absoluta certeza: cuando uno cree que la lluvia está por amainar, se descarga el aguacero feroz de los libros de cuentos o películas catastróficas. Sin embargo, y he aquí lo notable, también existe el sol en esa hermosa y acogedora ciudad. La comida es excelente, los museos dignos de visitas repetidas, los parques no muy centrales que digamos pero muy bonitos también, la gente agradable, el río Liffey es como de bajo perfil, y un metro no le vendría mal a Dublín, claro que con sólo medio millón de habitantes no es tan claro que valga la pena “dentrar a picar” las calles. En un pueblito de pescadores a una media hora al norte había una colecta para un campamento de verano de adolescentes, y se vendían libros regulares, malos y muy malos, tan baratos que algunos nativos y uno que otro visitante cometía la incomprensible acción de comprar alguno. Por mis intereses algo peculiares me llamó la atención un volumen titulado «An mhaicreacnamaíocht», no tanto por la longitud de la segunda palabra ni porque se pronuncie sólo el 25% de las letras que se escriben, sino porque se trataba de un curso introductorio de microeconomía —algo de una de mis vidas pasadas, como recordarán ustedes. Resistí el impulso no del todo irrefrenable de adquirir el volumen después de pasear mi vista por curvas de oferta y demanda que parecían salidas de un libro ilustrado de filosofía platónica. Comí *scones* que me recordaron a los que hacía mi madre en frías tardes de invierno, recorrí el molo azotado por el viento norte y suavizado por el mar que separa a Irlanda de Inglaterra, y me pregunté por qué ni siquiera Isla Negra ni Vicuña son santuarios tan exasperantes como ese Dublín de Yeats, Beckett, Joyce y otros que prefiero no nombrar. Debe ser que nunca pude llegar a la segunda página de «Finnegans wake», y que cuando cayó el telón de «En attendant Godot» yo fui uno de los pocos que fue a buscar a Godot tras bambalinas para darle una pateadura.

La visita a Chile en marzo pasado fue casi tan breve como intensa. Pude encontrarme con muchos de ustedes, lo cual me alegró mucho, y a quienes no tuve ocasión de visitar porque no los pude ubicar o mi agenda ya no me lo permitió espero poder verlos la próxima vez. A algunos los vi sólo a la carrera, lamentablemente, pero con otros tuve tiempo de conversar en detalle acerca de algunos de mis fantasmas o de los suyos, y eso me gustó —no tanto por los resultados sino especialmente por la cercanía. Si viviera en Chile no habría necesidad de concentrar tanto el tiempo, creo yo, y los temas se podrían tratar de otra manera, pero así es como es en esta etapa de nuestras vidas. En retrospectiva debo decir que varias de las conversaciones más en profundidad con ustedes me revelaron más acerca de ustedes mismos que de los fenómenos como los podría haber visto yo, pero creo que, al menos en parte, también se trata de eso: de saber quiénes son ustedes, en qué están, en qué estuvieron, en qué estarían.

Lo cual por segunda vez me lleva al tema de la cubana —pero antes permítanme contarles un poco acerca de a qué dedico mi tiempo actualmente.

Lo anterior parte por una buena noticia: mi tesis de doctorado está avanzando por fin, al menos esa impresión me he empeñado en cultivar y dejar que se enquiste en mi superyó, mi yo y sobre todo en mi ello, que es el más reacio a apreciar estas cosas en su debida dimensión. Lo mejor de todo es que es entretenido e interesante, imagínense, así sí que da gusto dedicarse al trabajo intelectual no remunerado. El final del cuento es como la playa que se esconde tras la Cordillera de la Costa, pero el año pasado es como si hubiera estado en la pampa argentina y ahora hubiera cruzado los Andes. Por describirlo de algún modo, claro, porque la lengua mapuche es sólo una de las muchas y muy interesantes que trato en mi trabajo. De momento estoy enfrascado en el georgiano, que resulta ser bastante complejo, pero afortunadamente mentes más lúcidas que la mía ya le habían dedicado tiempo

antes a ese importante y conocido idioma del Cáucaso, y muy afortunadamente esas mentes escribieron en inglés o alemán y no sólo en ruso. (Porque, créanlo o no, no sé leer ruso ni tengo intenciones de aprender. Me basta con saber cómo es la estructura del idioma, y que hay gente que es feliz, procrea y muere por allá. Ahora bien, si nos pusiéramos a hablar del búlgaro...)

Interrumpo mi narración para recordar la queja de Vidal Pomés en el sentido de que nunca hablo de Franziska. (Esta mención resulta mejor que la de los Swiss Army Watches, ¿no?) A veces temo dar una impresión algo distorsionada de la vida de mi cónyuge, pero supongo que Vidal tiene razón al decir que la mayor distorsión consiste en omitirla del todo. Afortunadamente, Franziska necesita menos horas de sueño que yo, lo cual le ayuda a poder acometer sus tareas, que a veces se multiplican como en un *loop* producido por un virus. Le pagan 80% de sueldo por ir 60% del tiempo a hacer por lo menos 100% del trabajo al hospital como profesora de enfermería con una buena cuota de administración como coordinación de prácticas y el trabajo con las diferentes escuelas de enfermería, etc. etc. Los lunes están reservados para la AEB, en la que ya lleva como dos años y de la cual falta como uno más, al cabo de la cual se titularía de (creo que el cultismo sería:) ANDRAGOGA, lo cual quiere decir especialista en educación de adultos; ignoro cómo le llamarían en Chile a alguien así. (AEB es la abreviatura de *Akademie für Erwachsenenbildung*, es decir, academia para la educación a/de adultos; la andragogía sería equivalente a pedagogía, tomando en cuenta las etimologías griegas *anēr* ‘hombre’, *pais* ‘niño’ y *agein* ‘guiar’. Sólo por si alguien comparte mi curiosidad por el origen de lo que (ya) no se entiende.) Los martes, bueno, los martes estarían reservados para el trabajo en casa de la AEB, pero como Franziska acaba de comenzar la segunda mitad de su M.A. en teología, en fin, ya se imaginan. Los cursos funcionan así: ella elige qué curso va a hacer de una lista de asignaturas obligatorias, paga una cantidad de dólares que por decoro no menciono pero en la que duele pensar, y desde Estados Unidos le envían los libros necesarios. Ella compra un par más a través de www.amazon.de, que tiene libros en inglés pero no cobra gastos de envío, escribe sus ensayos y su trabajo final, los manda vía *imeil* al tutor de turno en Estados Unidos, y vamos al siguiente curso. En unos dos años se podría enorgullecer de ser *magistra artium*, y por lo que la conozco sólo algo inesperado podría detenerla. (Los incorregibles entre ustedes preguntarían por la descendencia a más tardar en este momento, aprovechándose alevosamente de una pausa en mi respiración. Pero como esto de las cartas no es interactivo como el chateo...) Y en eso se lo pasa, claro que se da tiempo para descansar, me acompañó a Dublín, me va a acompañar a Londres a fines de junio, arrendamos DVDs de vez en cuando (claro que ya no quedan ni muchos DVDs ni muchos VHS que valga la pena ver que no tengamos o que no hayamos arrendado). De un tiempo a esta parte le ha dado por sentirse orgullosa de lo buen cocinero que soy, así que ya casi no cocina, pero me ayuda a poner la mesa o a hacer la ensalada, así que tan mentira no puede ser porque no se trata de no cocinar ella. Y eso que las comida italiana, y especialmente la lasaña vegetariana, le quedaba estupenda... También conversamos mucho de sus cosas o de las mías.

Lo cual me lleva una vez más a hablar de la universidad. Mis alumnos son mayoritariamente del sexo curiosamente llamado débil, y casi todos entre 20 y 25 años; un par de especímenes ya pasaron los 50, y la verdad es que son aquellos con los que mejor me entiendo, como se imaginarán. Los jóvenes me parecen, en general, poco interesados y por lo tanto poco interesantes, pero además siento que hay una brecha generacional importante entre gente como yo y ellos. Años de sociedad europea occidental y cócteles como Nintendo, MTV y otras preciosuras no pueden pasar sin causar estragos tanto en el proceso de socialización como en la madurez de los muñecos. En particular, es gente en un letargo de profundidades inenarrables y a veces me temo que perdidos en las arenas movedizas de ese hedonismo autista tan centrípeto que nos hemos empeñado en elevar a la categoría de ideología. Y eso

que me toca, si no *la crème de la crème*, al menos una cierta parte de los jóvenes con mayor capacidad o al menos interés analítico (porque si no, no estarían en la universidad) y con cierto interés en los idiomas y culturas exóticos (porque de lo contrario estarían estudiando leyes, economía o medicina). Pero quizás a fines del segundo semestre logre despertarlos un poco.

Lo cual me lleva a uno de los contrastes más interesantes, y más frustrantes quizás, de la sico-sociología suiza en general y zuriquesa en particular. Cuando se trata de un procedimiento que involucre maquinaria o actividades repetitivas o predecibles, mis conciudadanos se ufanan no sin cierta razón de ostentar una eficiencia que asombra no sólo a los visitantes latinoamericanos (tristemente famosos por lo despelotados) sino también a los norteamericanos (tristemente famosos por lo relajados). Así es como, según una niña inglesa que conocí, *no* hay tres colas en la farmacia —una para pedirle algo para el dolor de cabeza a la de 35, a ver, le duele por acá, no, como más por acá, ah ya, mire, aspirina Bayer es lo mejor, no, la aspirina me da acidez, bueno, entonces, Yastá, el antiácido con aspirina, no, sabe, Panadol me da mejor resultado, otra para pagarle a esa de 45 que tarja un número cabalístico de una lista interminable de guarismos ordenados en una serie sorprendente, y otra para recibir la medicina de manos de alguna de las ociosas de 25 en el empaque— sino que parece que nada hubiera ocurrido una vez que uno se echa el Panadol a la boca. Así es como Pepe Frugone casi se queda abajo del tren porque un pitazo basta para que hasta el más extranjero, es decir, el más pelotudo, se dé cuenta de la salida inminente de los trenes que nunca se atrasan en el país donde, ejem, casi todo funciona como reloj suizo. No obstante, cuando se trata de hacerse amigo de alguien (es un decir, no es que la mayoría de la gente sepa qué es un *amigo*, eso es, si saben qué quiere decir *alguien*; para más detalles consúltese mi circular acerca de androides y humanoides en estas latitudes) las cosas pueden tardarse meses y hasta años, pero ciertamente no semanas y mucho menos días (esos encuentros y romances entre gringos, latinoamericanos, franceses o italianos que se ven en las películas son para los suizos como el jovencito que salta de un edificio a otro por sobre una avenida, o como los muertos que vuelven a la vida tocados por el dedo brillante del extraterrestre: cosas que sólo pasan en las películas). Hace un año me causó una fuerte impresión el hecho que, en un curso de 16 personas, dos niñas se llamaban igual y no se habían dado cuenta en un año, pese a que yo lo sabía desde la primera clase. En fin, este asunto de difícil comprensión para un chileno, gracias a Dios, parece ir empeorando ligeramente a medida que los exponentes de las generaciones jóvenes se van asimilando cada vez más a seres inanimados. (De más está decir que no son todos iguales, pero igualmente de más está decir que no le hacen a uno la vida más grata ni llevadera justamente estos especímenes.)

Lo cual, por fin, me lleva a la cubana. Una vida grata y llevadera, creo yo, es aquella en la que tenemos gente a nuestro alrededor que nos comprende y a la que comprendemos, con la cual compartimos impresiones y vivencias, y quizás algo más. Los cubanos que conocí en marzo en Chile y de quienes les conté a algunos de ustedes se llevaron la peor impresión mía, pese a que yo me llevé una bastante buena impresión de ellos. Los encontré algo tiesos para ser cubanos, pero como yo siempre pretendo ser el primero en revisar y reacomodar mis prejuicios, especialmente tratándose de gente de un lugar donde no he estado, no me llamó demasiado la atención. Bueno, la cosa es que casi todo lo que dije (exceptuando cosas como *hola* o *buenas noches*) fue usado en mi contra; proyecté, según se me diría después, la imagen de un tipo repulsivamente arrogante, dominante, materialista e intrigante —adjetivos que no sólo no son de los más halagadores sino que también no son los que estoy más acostumbrado a oír aplicados a mi persona. A mi llegada a Suiza mi amiga cubana no estaba segura de ser mi amiga, ni de quién era yo en realidad, por qué había yo obligado [sic!] a los cubanos en Chile a leerme la carta que les había mandado conmigo, qué onda, etc. etc. Quienes me

conozcan sabrán que mi aprecio por las complicaciones, y en especial mi tolerancia a la deconstrucción agresiva, tienen un límite. Así que eso sería todo, en realidad no queda mucho más que decir. Un episodio interesante, llamémosle así, que me planteó varias interrogantes; suena increíblemente frío, y tal vez lo diga así un poco a propósito. Hace una semana fuimos a ver la estupenda película sobre Borges «Los libros y la noche juntos», y también conversamos, pero yo soy de los que cierran la puerta por fuera al salir, de eso pueden estar más que seguros. Mafalda, o más bien Felipe, diría algo en la onda de *ja, cubanos a mí...* La verdad, y esto también en retrospectiva, lamento haber hablado tanto y con tantos en Chile de este asunto que, si me preocupó por el desarrollo algo escabroso y sobre todo borrascoso en su momento, no merecía la pena comparado con otros temas que debería haber tocado con ustedes. Así se aprende.

(Antes que se me olvide: Aquéllos de ustedes en Chile, no olviden adquirir «Noreste» en junio.)

Termino con algo que me resultó inesperado. (Si alguna vez tuvieron ocasión de recordar eso del eterno retorno que les escribí una vez desde la Engadina, fue ahora.) Hace no pocos años me juntaba yo con el famoso Fernando Larraín (hijo) en su departamento de Bellavista, o de Vitacura, para pianear a Alejandro Lerner, o a Elton John, o a Fernando Larraín (hijo) o a su tocayo Zúñiga, así como años antes me juntaba yo con Gastón Ramírez, el de Puerto Williams, y con Jorge Andrés White, el de Chicago, para guitarrear a Sui Géneris, Simon & Garfunkel y Eduardo Gatti (el del navegante). Alguna vez subimos de pelo con los sintetizadores y aparatos de grabación de Checo Ossa, pero varias veces un piano, una guitarra y un bajo, y una *drum machine* fueron todo lo que nos ayudó a esconder nuestras voces más que pichicateadas con ecos y efectos luminosos, y la verdad es que un par de veces, las grabaciones lo atestiguan, no sonó mal. En 1978, a un gringo llamado Andrew Gold se le metió una ninfa en la cabeza y le escribió una canción de amor, la cual perpetró con un sintetizador del año del níspero y un amigo que le ayudó a palmotear contra una pared del fondo, ni siquiera *drum machine* tenían; otro amigo le ayudó con los coros y un último metió cuchara con su saxo. Todo así, en la casa, una noche en que llegaban unos amigos y se iban otros, casi se podría decir que, fuera del equipo de grabación, bastante menos profesional que las sesiones con el Feña. La diferencia es que esta canción, si bien no causó revuelo en Estados Unidos, sí gustó en Inglaterra y especialmente en Chile, donde todos mis conocidos la ubican pero nadie supo nunca ni cómo se llamaba el intérprete ni el nombre de la canción. En marzo pasado le pregunté a Tony Cussen si conocía una canción que quizás se llamaba «Never let her slip away» o algo así, y le dije que la pensaba buscar en Internet, que hasta entonces no lo había hecho. En pocos minutos este avezadísimo investigador me deslumbró con su uso de www.google.com y puso fin a una búsqueda de 23 años. El resto del cómpac no vale mucho la pena, pero escuchar esa canción de gestación tan artesana, de letra tan facilona, de armonías tan simples, y que tantos años me persiguió como un recuerdo de infancia, es decir, con aquella magia y esa aura de secreto y misterio que pocas cosas vuelven a tener después, eso fue un regreso, y una puerta más que se cerró. Casi diría que con dulzura.

Once (2001, 2)

Quizás alguno de ustedes se pregunte adónde me ha llevado la tensión entre mi no tan operacionalizada aversión a volar en clase turista y mi absurda convicción de que en otros lugares hay cosas nuevas que ver. Después de todo, la visita a Chile en marzo y el recorrer Dublín en mayo eran más que suficientes, sobre todo tomando en cuenta que ambos vuelos de ida se atrasaron. Un fin de semana de fines de junio lo alargamos para recorrer rincones nuevos y conocidos de Londres, visitar a

unos amigos suizos que viven en las afueras, y encontrarnos con Andrés White y polola a caminar y conversar. No hace falta decir que fue muy grato vernos después de tanto tiempo, y también conocer a Veronica (sin acento gráfico, porque es de Michigan). En poco rato más voy a ir a buscar las fotos de esos y otros encuentros.

Pero en realidad acabamos de regresar de un no sé cuan merecido pero ciertamente muy reparador viaje por confines en parte familiares y en parte recién despertando nostalgias. Volamos, esta vez sin retraso porque elegimos una línea menos roñosa que Swissair, a Nueva York y de ahí casi sin mucha espera a Seattle, donde recorrimos la ciudad y fuimos a dejarle unos chocolates suizos al hermano de una chilena conocida mía de Suiza, pero nos sirvió para conocer la gente con que vive, su pareja pronta a dar a luz, y etc. etc. Trabaja en una Organización No Gubernamental que hace cosas interesantes, pero esto lo pueden ir a ver por ustedes mismos en <http://www.worldcorps.org>. Al poco tiempo ya estábamos en Vancouver, ciudad que nos gusta mucho, y de allí a la Isla de Vancouver, donde lamentablemente el tiempo se echó a perder un poco, lo cual nos obligó a caminar menos por las playas y a descansar más de modo más sedentario. Visitamos una isleta al norte de la isla, en fin, el lugar es muy hermoso, la comida es estupenda, hay muchas ocasiones de encontrar rincones despoblados y tranquilos. De Victoria tomamos un ferry a la Península Olímpica (EEUU), llamada así porque en su centro hay un grupo de cuatro o cinco cumbres que ostenta el nombre de Monte Olimpo porque un visitante ilustre pensó en el Olimpo griego cuando lo vio, hace ya bastantes años. Allí recorrimos el parque nacional de nombre más obvio que se puedan imaginar: Parque Nacional Olímpico, que linda con una reducción indígena (los quinault) de paisajes realmente preciosos. Nos quedamos un buen tiempo aquí, disfrutando del excelente tiempo, fantásticas caminatas, excursiones en canoa y kayak por los lagos Crescent y Quinault, y con el tiempo volvimos a Seattle a encontrarnos con unos conocidos suizos que viven ya hace 8 años por allá, con niños de esos que hablan inglés sin acento y todo. Imagínense la parrillada justo antes de la hora de los mosquitos en un barrio relativamente pije en las afueras de Seattle. Huelga decir que el personaje trabaja en Microsoft como ingeniero informático, incluso nos llevó a conocer esa Meca nada de virtual, su oficina y etc. etc. Otro avión nos llevó a Nueva York, donde nos recibió una fuerte lluvia tropical. Un par de días en la Gran Manzana bastan para convencer a cualquiera de que pertenece a las ciudades con mística, y si yo antes estaba convencido ahora lo recordé. (No sólo por McCoy Tyner en el Blue Note, dicho sea de paso.) Incluso estuvimos en el World Trade Center ése que ya no existe, o más bien habría que decir que todavía no existe, dado que el señor Giuliani amenazó con reconstruirlo a la brevedad. Claro que, en honor a la verdad, me dio una lata inenarrable pagar US\$ 13.50 por persona y hacer cola de por lo menos media hora para subir al piso ciento no sé cuánto para ver la vista que medio planeta ya conoce. Sin mencionar dejarles mis divisas a quienes probablemente menos las necesitan en este mundo. En lugar de perder el tiempo y el dinero allí decidimos hacerlo en una librería cercana que resultó, está de más decirlo, estupenda. Lástima que ya no exista.

(No teman, no voy a escribir sobre Afganistán ni Bush ni la “Primera Guerra del Siglo XXI” ni nada. Por respeto, y porque sería superfluo. Para qué añadir ruido al ruido.)

Dedico la mayor parte de mis ratos no universitarios a mi tesis con la que vengo dando la lata ya varios años. Avanza, claro, pero podría seguir trabajando diez o quince años en ella —señal inconfundible de que hay que terminar lo antes posible. Cada vez tengo la impresión más ineludible de que va a resultar un trabajo razonablemente útil y de calidad decorosa, lo cual es alentador. Pero no va a ser un *magnum opus*, ni menos un *Lebenswerk*, tan sólo, quizás, una tesis doctoral más, ojalá de esas que se leen y no de esas que tapizan bibliotecas adictas al papel impreso. A veces la gente me pregunta sobre qué tema escribo, pero lamentable-mente no es de esas cosas fáciles de decir, ni de comprender.

No es el sesqui-centésimo estudio sobre la democracia ateniense, ni sobre Waterloo o el Holocausto, ni siquiera es algo así como *el ser y la nada* porque esto al menos sonaría a algo conocido. Con el correr del tiempo he desarrollado una especie de temor sacro frente a las palabras que sólo un pequeño grupo de iniciados comprende sin una explicación de por lo menos cinco minutos, aunque tal vez sea porque me cuesta ser escueto o me he entregado al desenfreno de la verborrea con el agravante de un impúdico, espurio y patético maquillaje pseudointelectual. Así es la vida, a veces, parece.

Los más perceptivos entre ustedes se percatarán de que no me he hecho mucho tiempo para escribir esta circular, aunque es más del que se hace la mayoría de ustedes para escribir lo que sea, pero no lo vayan a tomar como un reproche. Tómelo como señal de que no me paso las mañanas leyendo el diario (casi una *contradictio in adiecto*) con un cruasán chiclesco en cafés ahumados ni las tardes a orillas del lago viendo cómo las gaviotas se pelean con los patos, porque con los cisnes nadie se atreve, ni las noches escribiendo cartas. Si no la escribía ahora, no la escribía nunca.

Doce (2002, 1)

Comienzo a escribir esta carta en el Domo de Milán.

Lo anterior, obviamente, es una manera de decir porque no tomé papel y lápiz, ni mucho menos un computador portátil, y me puse a redactar estas líneas mientras contemplaba las portentosas columnas rodeadas de turistas y feligreses sabatinos. Pascua la pasamos en la hermosa ciudad lombarda a una media hora de la frontera suiza, y en la enorme iglesia me decidí, digámosle así, a romper el silencio.

Comienzo a escribir esta carta en el Domo de Milán. Pero pienso en esos amigos apiñados (no todos, claro, pero la mayoría) en el valle del Mapocho, más allá del Atlántico y los Andes, tan lejanos y tan cercanos a la vez. Brilla el sol, la gente a mi alrededor habla italiano, hay olor a café cortado —a veces las intersecciones poligonales, las callejuelas serpenteantes y los bares de mala muerte recuerdan a Barcelona y quizás hasta un poquitito a Santiago. Santiago.

A comienzos de abril mi madre fue al hospital por unos dolores agudos que sentía, y los exámenes revelaron un cáncer al páncreas con metástasis en el hígado, por lo cual la dejaron unos días en observación mientras descubrían el mejor tratamiento antidolor —contra la enfermedad en sí, ya que estaba tan avanzada, a su edad, y con su estado de salud, decidieron no hacer nada.

Una tórrida tarde de fines de febrero disfruto de la quietud y el olor a madera de la Sala Toribio Medina de la Biblioteca Nacional, en esa Alameda con tan pocos álamos, en ese centro que es tan poco céntrico. Una mujer me trató inesperadamente bien a pesar de mis pantalones cortos y mis maneras algo estrambóticas, y me llevó dos libros notables. Los hojeé u ojeé a la luz azulada de un insecto disfrazado de lámpara en esa sala donde apenas permitían respirar, y al ir dando vuelta las pesadas hojas me supe en otro mundo. El mundo de sacerdotes católicos escribiendo en latín sobre la lengua mapuche, a comienzos de 1600 el uno y mediados de 1700 el otro. Y los libros eran ediciones facsimilares de fines de 1700, impresos en Leipzig. Leipzig.

A fines de abril estuve varios días en Santa Barbara, unos 140 km al norte de Los Angeles, California. La universidad local tiene buenos especialistas en mi área, las lenguas indígenas americanas, y una vez al año organizan una conferencia sobre el tema. Envié un resumen de una parte de los asuntos tratados en mi tesis doctoral, y me lo aceptaron, así que fui a jugar al investigador internacional frente al Pacífico ese, inigualable como siempre. Después de cinco muy gratos y productivos días compartiendo con colegas interesantes e interesados en mis asuntos, volé a Santiago de Chile. Franziska también, desde Zúrich. La idea era visitar a mi madre mientras todavía era tiempo,

ver que no le faltara atención médica ni de enfermería, etc. Estamos muy contentos de haberlo podido hacer.

Leipzig era la ciudad más importante de toda Sajonia después de Dresde. Siglos antes de que Bach y su familia se instalaran allí, en 1723, ya constituía un centro de enseñanza y de comercio. Su universidad, fundada en 1409, era considerada una de las más importantes y progresistas de Alemania, y la ciudad mantenía una preeminencia en cuanto a publicaciones y comercio de libros reconocida en todas partes.¹

Debí haber adivinado que la lluvia sería *yin*. Corría viento, hacía frío, y la travesía por los campos dejaba, si no el gusto a inhóspito, al menos la sensación de huida incierta. Están esas moles de cemento que sólo funcionarios de regímenes orwellianos pueden ordenar construir, pero también hay enormes centros de convenciones y otras curiosidades similares aparecidas después de la caída del Muro. E innumerables departamentos y oficinas vacías, esperando que especuladores incautos compren o algún arrendatario afortunado alquile. Leipzig. Leipzig.

El 28 de mayo de 2002, como a eso de las 18.00 horas en Chile, falleció mi madre después de un desarrollo relativamente rápido de la fatal enfermedad que nos sorprendió a todos a comienzos de abril. Estuvo bien atendida, sufrió bastante poco gracias a la adecuada medicación que recibió y descansó, por fin. De dos meses de agonía, de ocho años de no ser la misma que era antes después de esa traumática operación y consiguiente derrame en 1994, de diez años de mi ausencia, y de una vida donde, como ella decía, *todo le costó mucho, mucho esfuerzo*.

Nos conocimos en una vida anterior mía (él sólo vive una, interminable y terrible), pero necesité varios encuentros posteriores para reconocerlo. Desde un ruinoso torreón contemplábamos una llanura cubierta por la niebla matutina que quizás fuera las Tierras Altas escocesas, o el Desierto de Gobi, o alguna estepa centroafricana. Durante muchas horas guardamos ese incomparable silencio que precede a las tempestades, hasta que él me enseñó con su báculo (que fue apenas la forma larga y quebradiza que eligió mi angustia para materializarse) un ave rapaz que daba la bienvenida al sol con sus círculos de viento.

Cuando llegué a Zúrich a comienzos de marzo, mi jefa (que a la vez era mi tutora en lo del doctorado) me puso varios inconvenientes de envergadura para hacerme sentir quién tenía el sartén por el mango y que no estaba para nada contenta con que me fuera a Leipzig. Esto podía querer decir postergar el doctorado hasta fin de año (con lo cual moría mi trabajo en Leipzig porque este partía de la base que yo era doctor) o indefinidamente (con lo cual morían más cosas, como se podrán imaginar sin dificultades). La semana inmediatamente posterior a mi regreso fue de sicoterror por decir lo menos, pero al poco tiempo la situación mejoró y pude tener mi examen en el plazo previsto. Lo cual fue conveniente, porque hace un mes a la señora ésta le diagnosticaron un tumor cerebral y, por supuesto, la hospitalizaron. Está de más decir que esto, junto a mi partida inminente, provocó no poco revuelo en nuestro departamento en la universidad. Después de una operación exitosa y una favorable recuperación, la señora está en una clínica de rehabilitación por dos semanas y después tiene licencia médica por tres meses, lo que significa que ya prácticamente no la veré, porque el 1º de julio yo espero estar ya instalado o al menos instalándome en mi nuevo hábitat sajón. Ah, se me olvidaba: la ceremonia de graduación fue el viernes 24 de mayo, en esa fecha me doctoré, o me doctoraron, o como prefieran llamarle. Casi como al pasar.

Fui esclavo de un funcionario menor romano, cortesana de uno de los Luises, exitoso astrólogo en la corte de uno de los emperadores Han, y madre de quince chiquillos harapientos en Glasgow —por

¹ Boyd, M. 1985. *Bach*. Barcelona: Salvat. P. 101.

nombrar sólo aquellos avatares que terminaron por despejar cualquier asomo de certidumbre acerca de quién era yo. Una vez se hubo disipado la neblina, descendimos hacia una vertiente rodeada de misteriosos árboles y un jardín florido de millares de fragancias que recién la manipulación del genoma logrará inventar, en un futuro que ya no veré. Llegamos a lo que supe era la entrada a una caverna sellada por una colosal puerta de granito, y pronuncié mi nombre (que es todos los nombres), sin que ocurriera nada. Sonreí.

Saturno está en Tauro, me dijo un amigo en Chile en marzo pasado. Esto es lo que dice un astrónomo chileno a guisa de explicación de por qué este año ha comenzado tan, ejem, atravesado. Si alguien tiene una mejor hipótesis por favor envíemela. Mi actual casilla electrónica es Fernando.Zuniga@gmx.net.

Hoy recuerdo que me apuñalaron en una riña callejera, oficié el rito que infundió vida a un sanguinario ídolo de bronce, perfeccioné el cálculo infinitesimal y morí de viruela en una choza cerca de lo que hoy es Seattle. *Qué poco importan los largos olvidos mientras nos volcamos en cortos amores que suponemos intensos*. Recién cuando mi guía pronunció su nombre (que no es ningún nombre) se apartaron las rocas que nos impedían abarcar las esperadas e infinitas tinieblas que nos albergarían. *Y tuvimos miedo, y temblamos, y en eso se nos fue la vida*. Algo insondable pero nítido se desdibujó de las sombras, y reconocí en él un espejo, o lo que suele llamarse así, y me acerqué hasta tocar mis dedos con los dedos de todos, y sentir el batir de las alas de miríadas de águilas que no son sino una elevándome al inalcanzable techo de la caverna que algún día no muy lejano será el firmamento estrellado de una noche de verano.

Dejo hasta aquí esta carta algo inusual. Ojalá más de uno de ustedes me escriba ahora que estaré no sólo lejos de Chile, sino también de Suiza y de Franziska. Pónganse en mi lugar, y decidan si no les gustaría recibir un imeil, una postal o una carta de un amigo en Chile. Estaré esperando.

Trece (2002, 2)

Salir de la Suiza Alemana es sinónimo de abandonar el alto ingreso per cápita, el bajo desempleo, el alto nivel de consumo, las fachadas recién pintadas, las tiendas y los inmuebles caros. Llegar a Alemania es sinónimo de arribar a un lugar donde la gente habla y entiende menos inglés, nada de francés y quizás un precario y funesto castellano que aprendió en Ibiza o las Canarias, de desempleo relativamente alto, de un Estado benefactor en bancarrota crónica y una ciudadanía que se juzga dividida entre los neoyupis y los amodorrados. Venir a dar a la antigua Alemania Oriental equivale a alejarse de un montón de cosas que en lo que antes se llamaba Occidente, el cual por las sinrazones de la geopolítica —que con frecuencia son las razones de los acuerdos comerciales— incluía a la larga y angosta faja de tierra, eran realidades o ficciones visibles.

Es difícil encontrar libros en inglés, y los libros en castellano son virtualmente inexistentes. Si los aborígenes quisieran ahuyentar a los forasteros, sin duda lo que primero les debería venir en mente sería un ataque culinario. (Después de un par de escaramuzas he optado por esquivar los ataques frontales y cocinarme yo mismo mi comida oriental o comprar de vez en cuando un *bagel*, alguna pizza o algo similar en algún puesto callejero. Pero si a alguien le gustan los lípidos polisaturados disfrazados de salchicha acompañados de un engrudo enmantequillado hecho bolitas, no seré yo quien lo detenga.) Si es herencia del pasado tras la Cortina de Hierro, hay que admitir que no está mal: mucha gente anda en bicicleta, tanto para ir a trabajar como los fines de semana. No hay bocinazos, frenadas espectaculares, ni aceleradas de motocicleta —para qué hablar de alarmas de automóviles. A

veces, por las noches, se oye alguna ambulancia... (¿O carro policial? Como ayer, gracias a una manifestación neonazi de la que sólo supe una vez terminada, gracias a un conocido que me instruyó.) Lo que probablemente sea herencia de lo mismo no sé si es bueno o malo: apenas uno deja el centro se acaba la coca-cola casi en todas partes, pero no creo que nadie lo note porque de todos modos el 200% de la gente toma cerveza. Que, dicho sea de paso, es fuerte.

Leipzig es una ciudad de provincia. En el centro de la ciudad (el cual es comparable en extensión al área delimitada en Santiago por la Alameda, Santo Domingo, Miraflores y Teatinos) las tiendas abren por la mañana a horas variadas y más bien tardías (como a las 9.30 ó 10.00), y cierran por las tardes a horas que aún no he logrado dilucidar —en todo caso, nada cierra antes de las 18.30. En el *Waldstraßenviertel* ‘barrio de la calle del bosque’, donde yo vivo (a 10 minutos a pie del centro) la panadería abre a las 7.00 y otros negocios abren entre 8.30 y 9.30, pero a las 18.30 todo está muerto. Para farmacias de turno u horarios más extendidos habría que ir al gran *mall* a 20 km de distancia, o probar suerte con los negocios en la estación ferroviaria, que por lo general cierran a las 20.00.

Ahora bien, no se trata de reducir todo a horarios. El transporte público, aunque no es tan elegante como en Suiza, funciona bastante bien y consiste mayoritariamente de tranvías. Conecta barrios periféricos que hasta ahora conozco apenas de nombre con el punto neurálgico por excelencia de las ciudades al norte de los Alpes, la estación ferroviaria central. La de Leipzig es grande por decir lo menos, y tiene esa curiosa cualidad que en Suiza tiene fama de poco funcional pero que aquí cosecha elogios y suspiros románticos: es como la Estación Central santiaguina, es decir, los trenes no pueden cruzarla sino que tienen que salir todos en una dirección para después enmendar rumbo.

Nada sería más errado que comparar Leipzig, una ciudad tan antigua y con tantos siglos jugando un papel importante tanto en la vida comercial (era una de las principales ciudades de *Messen* ‘ferias’, en sitio estratégico entre Alemania Occidental por un lado y Polonia y Checoslovaquia por otro) como en la cultural (aparte de la antigua universidad y de los músicos ilustres que trabajaron, estudiaron o simplemente vivieron aquí —J.S. Bach, Grieg, Mendelssohn, por nombrar a los más famosos— estaba el rubro de las imprentas y las casa editoriales, en el cual Leipzig era sin duda uno de los centros en el mundo de habla alemana), con una ciudad chilena de provincia como Quillota u Ovalle. Si en Leipzig pasa poco, especialmente después de los casi cincuenta años de orbitar en torno a Moscú, en Ovalle o Quillota no pasa nada. (Está de más decir que eso no tiene por qué ser malo, después de todo gente no demasiado sicótica cruza el planeta y tolera incomodidades para llegar a un lugar como las Torres del Paine, donde tampoco pasa nada en el sentido habitual “urbano” del término. El punto es que algunos lugares no se conforman con ser Twin Peaks, Idaho, y quieren jugar a ser una Nueva York algo apartada, y ahí empiezan los problemas. Si se pudiera disfrutar del buen aire, de la baja criminalidad, de la vida tranquila... Infelices aquellos que montan un remedo de mundanal ruido a modo de consuelo.)

Ilustraciones no me faltarían, pero basten las siguientes. Llegué aquí hace más de dos meses y todavía no me han puesto teléfono porque “la compañía tiene un problema con las líneas”. Esto es como en Chile hace treinta años, ciertamente no es como en Zúrich, donde el teléfono nuevo (con conexión rápida para Internet y etc. etc.) llega en dos, a lo sumo tres días. En Suiza los ricos y poderosos gustan del protocolo, pero hay un temor o aversión visceral a los incisos y las reglamentaciones por escrito. Entiéndanme bien: el suizo alemán adora el cosmos ordenado, y para toda acción imaginable (utilizar la lavadora, programar un satélite de telecomunicaciones, despedirse del dependiente en la tienda, sufragar por correspondencia, peinarse) algún héroe cultural ya ideó un procedimiento adecuado *in illo tempore*, pero eso no significa que haya que redactar un manual de treinta páginas con subdivisiones que marearían hasta a un programador de computadores. Imaginen

ahora que el manual tiene cien páginas, de las cuales las últimas 30 están mal compaginadas y contradicen a las primeras 20, las 50 del medio faltan, y las subdivisiones no son consistentes —pero al teléfono o en vivo le tiran encima a uno el mamotreto y le preguntan cómo no entiende algo tan simple, “si está ahí escrito”— y se harán una idea de cómo era hasta la caída del Muro.

Leipzig es una ciudad verde. Hay enormes parques que cruzan la ciudad, y no es raro ver largas avenidas flanqueadas por los dos árboles típicos: tilos (que le dieron el nombre a la ciudad) y plátanos. Por supuesto, también hay enebros, robles, y de vez en cuando una conífera. Frente a la ventana de mi dormitorio hay un gigante añoso que me habla a menudo con su follaje y la brisa, y la vida ciertamente sería más triste sin él. Se está deshojando lentamente, en mágico contrapunto con un hermoso árbol cuyo nombre desconozco y que ha elegido ir dorando sus hojas una a una como a unos veinte metros más al sur. Hay un par de riachuelos, de los cuales el más caudaloso se llama *Weißer Elster* ‘urraca blanca’ y le da el nombre a la calle donde vivo, *Elster-Straße*. (Las calles aledañas ostentan nombres tan evocadores como *Carl-Maria-von-Weber-Straße* o *Mendelssohn-Straße*, prefigurando el próximo barrio, obviamente llamado *Musikerviertel*. De hecho, el nuevo edificio de la universidad donde trabajo queda en la *Beethoven-Straße*.) A diferencia de las ciudades suizas, aquí nadie se baña en los ríos, y la verdad es que me lo explico. Un fin de semana de sol fui a recorrer en kayak lo que se pudiera, y la verdad es que *crystalina* no es el adjetivo que mejor le vendría al agua esa. (No comentaré la calidad del kayak de alquiler, que me tuvo una semana especulando qué tipo de silla de ruedas compraría.)

Claro que todo esto tiene un precio, el cual se puede saborear en varios idiomas: *mawün*, *Räge*, *regn*, *níłtsq*. Me gusta cuando llueve, pero que en los meses de verano llueva más que en invierno (11 días es el promedio para julio, por ejemplo —lo cual, si juzgo a partir de mi experiencia este julio recién pasado, es sin contar la llovizna permanente de algunos días ni los chubascos breves de otros) es como de mal gusto. Los nativos están acostumbrados, quién sabe cuándo sacarán el paraguas. A diferencia de Dresde, donde el Elba causó estragos hace algunas semanas, en Leipzig parece que las inundaciones fueran algo improbableísimo.

Qué diferente es Dresde. Franziska y yo visitamos la capital del Estado de Sajonia unos diez días antes de la catástrofe y pudimos constatar que los precios se acercan peligrosamente a los de Suiza, que el centro está literalmente lleno de turistas, y que los pobres habitantes están enamorados de su urbe pero les cuesta sacarla a flote. Churchill ordenó un bombardeo en represalia de un ataque nazi, y la ciudad (de más está decir que los blancos fueron civiles en su mayoría) fue reducida a una condición lastimera. El gobierno de la RDA invirtió en reconstruir la capital del país, Berlín, y dejó a Dresde abandonada a su suerte. Desde la caída del Muro han tratado de recuperarse, pero ‘takele falta’. Eso sí, hay casas, muchas casas de dos y tres pisos, fuera del centro de la ciudad ya ni siquiera pareadas —a diferencia de Leipzig, donde todo tiene por lo menos 5 ó 6 pisos, todo es fachada continua, las casas no existen. Lo cual no quiere decir que no sea bonito: el centro de la ciudad, al menos los edificios en buen estado (que son muchos) son realmente hermosos. Arquitectura y decoración de comienzos del siglo XX por todos lados, grandes plazas, bonitas iglesias, simpáticas callejuelas serpenteantes, estupendos músicos callejeros, en fin, no se puede negar que una visita a Leipzig vale la pena.

Si en el centro de Dresde era raro oír a los peatones hablar alemán, en Leipzig es rarísimo oír algún idioma *distinto* del alemán. Me han dicho que los extranjeros despreciados por estos lados son los cubanos y los vietnamitas llegados durante la Guerra Fría, pero aparte de un par de restaurantes chinos y unas verdulerías en manos orientales que no logro identificar la verdad es que no he visto a muchos foráneos —esto es, exceptuando a los lingüistas del Instituto Max Planck, a mi jefe suizo en la universidad y a mí mismo. Oficialmente hay 2% de extranjeros en la ciudad, y probablemente la

mayoría sean polacos o checos por la cercanía de esas regiones. Si se lo compara con Zúrich, que es casi como una especie de Nueva York suiza, imagínense.

(Nota absolutamente al margen: Lo anterior explica hasta cierto punto por qué la gran mayoría de la gente es rubia. Pensando en los intereses de (algunos de) mis lectores chilenos me he fijado en el asunto, especialmente en las ninfas. Las hay para todos los gustos: de sensuales piernas largas, bizcas, de piernas peludas, tatuadas debajo de la lengua, famélicas, obesas, con *piercing* en las pestañas, de mirada aletargada, vampiresas, de aliento insecticida, en fin, *you name it*. Hay rubios de corbata, vagabundos, oficinistas, mendigos, góticos, lanas, choferes de tranvía, obreros de la construcción, cajeros de supermercado, en realidad hasta ahora me he topado con pocas personas de cabello castaño y qué decir del color negro, los *kurü che*. Aun así, creo no ser objeto de burla ni próximo blanco de un atentado neonazi, los dependientes en las tiendas, los maestros chasquilla y por supuesto la gente con quien trabajo me ha tratado espléndidamente hasta ahora, sería injustísimo que me quejara.)

Leipzig es una ciudad medio vacía. Por supuesto, aquí no se habla de la caída del Muro. La palabra que se utiliza tampoco es reunificación o algo así (a pesar de que el feriado nacional, en un mes más, se llama Día de la Unidad Alemana), sino *Wende* ‘vuelta’. Se suponía que los potentados de Occidente iban a invertir con furia, lo cual llevaría a un auge y una prosperidad nunca antes vistos. Y la verdad es que en el sector inmobiliario sí que se invirtió: se construyó, remodeló y renovó lo que no se había hecho en décadas. El problema es que muchos puestos de trabajo no se crearon; por el contrario, las plazas seguras del gobierno comunista desaparecieron y muchas fábricas moribundas cerraron. Al parecer la tasa de crecimiento poblacional de Leipzig sigue siendo negativa: la gallada que puede se va a probar mejor suerte a la antigua Alemania Occidental (no toquemos el tema de a cuántos les resulta vivir su versión del sueño americano en Stuttgart, Francfort o Colonia). Ah, se me olvidaba; los eufemismos para las dos Alemanias son *alte und neue Bundesländer* ‘estados federales antiguos y nuevos’. Por si se los topan por ahí.

Leipzig es una ciudad de olores. Cerca de la Thomaskirche hay un jardín de flores de unos 80 m² que, cuando uno pasa cerca, da la impresión de que uno se hubiera caído a un tonel lleno de miel. Los ascensores a menudo atestiguan fehacientemente haber transportado a personas de cualquier sexo pero edad por lo general superior a los 40 años, que contribuyen a no aumentar el efecto invernadero y la tala de selva tropical no abusando de productos tan decadentes como aquellos que, Dios los libre, se utilizan en bárbaras regiones meridionales para el aseo corporal. Al pasar por ciertas esquinas o callejuelas se percibe el aroma de pan o pasteles recién horneados, cerca de otras es casi imposible resistirse por lo hermoso y fragante de la fruta fresca (manzanas chilenas, por ejemplo, pero también sandías, duraznos, damascos, frambuesas...). Otras callejuelas son concurridas, imagino que cuando cae la noche, por nativos que buscan aliviar su presupuesto no teniendo que recurrir a un restorán para satisfacer esas necesidades vitales que dejan testimonios por tantos días, ya sea para el olfato o la vista. (Este párrafo quizás precise de una aclaración. Si bien no he estado en Asia o África, he visitado un no despreciable número de ciudades y pueblos de Europa y América del Norte a lo largo de mis andanzas, no sólo barrios elegantes ni *resorts* por cierto, así que tómenle el peso a lo que digo: aquí los olores son muy, pero MUY intensos.)

Por fin he tenido tiempo de ocuparme de “recuerdos, sueños y pensamientos” que, por lo revuelto de los primeros meses de este año, llevaban tiempo esperando que les dedicara algunos días. Después de más de diez años de haber emigrado más o menos oficialmente de Chile me pregunto qué es exactamente lo que vine a hacer a Europa, y por el momento me embarga la certeza de que no lo hice con el propósito de venir a Alemania. Después de más de diez años casado con Franziska me sé y me siento muy afortunado de haber hallado una compañera como ella, y esto de estar separados es, para

decirlo en la jerga economicista que de vez en cuando vuelve a estar de moda, realmente SUBÓPTIMO. Espero poder aprovechar al máximo este *intermezzo* —imposible verlo o sentirlo de otro modo— para aprender no tanto de lingüística comparada y tipología, a pesar de que el lugar es apropiado por mi jefe y el Instituto Max Planck con sus muchos y frecuentísimos invitados de todo el mundo. Se puede aprender acerca de la Guerra Fría y de una visión del mundo que está por desaparecer, pero no he venido sólo a eso. Lo que más me interesa es saber para qué saldré de este curioso lugar al cual he venido a parar, y adónde me llevará nuestra historia. De vuelta a mi patria adoptiva, Suiza —sería la posibilidad inmediata, pese a que de momento tendría que ponerme a buscar trabajo por allá... De vuelta a mi patria natal, Chile —no sería tan fácil pero ciertamente es algo que, estando solo en un lugar como éste, se me pasa por la cabeza en más de una ocasión. En más de una ocasión. Ir a otro lado como EEUU, Canadá o Australia, por cierto con Franziska, no se ve muy claramente que vaya a ocurrir, y las verdad es que no estoy muy seguro de querer con todas mis fuerzas una emigración de ese tipo.

Les mentiría si les dijera que, en la soledad de un día de lluvia en Leipzig, no me falta mi madre. He intensificado el contacto con mi padre, vía celular, porque él ya no está para imeils y yo todavía no tengo teléfono fijo, como ya dije. Es algo nuevo y hemos tenido que acostumbrarnos, ya que antes el contacto más estrecho era con mi madre, pero creo que no nos ha resultado tan difícil. Con algunos parientes en Chile tengo contacto vía imeil, y a veces me gustaría ver la lluvia en Concón, o Santiago, o La Serena, o Castro, en vez de aquí. (Recuerdo la última lluvia que me inspiró, y fue en Vancouver Island, el año pasado, en el Parque Nacional que da al implacable Pacífico. Ya les contaré cómo es acá en noviembre, porque me han advertido que se pone fatal.)

Cada dos o tres semanas tomo un tren nocturno a Zúrich (en auto son 750 km) e incluso a veces me arranco a Berna, no sólo a ver a los parientes de Franziska u amigos, sino a ver a mi ciudad del alma por estos lados, con Santiago no puedo hacer lo mismo. En una semana más nos iremos de vacaciones a Engadina, de la cual les he escrito más de una vez, y me parece que apenas puedo esperar. A comienzos de enero estaré en EEUU, entre otras cosas en una conferencia grandota en la que puede que me despellejen y casi inmediatamente en una universidad a la que, honor de honores, me han invitado a que dé una charla para despellejarme. Pretendo volver a escribir antes de fin de año, pero si no les ha llegado nada hasta marzo pónganse en contacto con Franziska para conocer los detalles de mi testamento, tengo dos pianos y uno que otro libro que le podría interesar a alguno de ustedes ...

Catorce (2002, 3)

Editorial. El otro día volvía yo del trabajo cuando, en la linde surponiente del centro de la ciudad, divisé a un joven abrazado a un árbol. En medio de la ventisca y la llovizna vi que tenía el pelo crespo enmarañado, una mochila grande a la espalda y la mirada perdida. Nadie se fijaba en él, pero ya llevaba un rato en ese lugar y esa postura cuando yo pasé y acaso siga allí ahora. El árbol no era uno de esos titanes atávicos que se ocultan tras el velo de la cotidianidad, pero tampoco era un álamo joven deshojado por el otoño implacable; era un roble delgado como tantos de los que flanquean el Martin-Luther-Ring.

Recién ahora, lejos de las montañas, he descubierto la magia del bosque. Si las montañas, sean sagradas o no, son lugares de sueño, visión y epifanía, los bosques son sitios donde a uno lo intoxican la densidad de la vida y un clamor constante hecho de hojas, ramas y silencio. (Peor aún si hay viento, o elfos, o aves.) He traído los libros que tengo sobre árboles del hemisferio norte, que nos han guiado

por más de un sendero americano o europeo, y sé que ni lo que busco ni lo que encuentro en el bosque están en ellos. Me consuela ver las fotografías, los análisis botánicos, los mapas de ubicación y los “nombres científicos”. Pero las palabras no son más que parte de la historia.²

Imagínense acostados, sentados, parados o hincados frente a un ser de más de treinta metros de altura que lleva mucho más que uno respirando y dejándose mojar por la lluvia, y que probablemente nos sobreviva. Imaginen las raíces que inundan la tierra, la corteza surcada por arcanos que hemos olvidado cómo descifrar, el follaje donde no hay dos hojas idénticas. Imaginen las semillas, los frutos, los piñones: maravillas que escapan a nuestra comprensión gracias a lo gentiles, modestas y generosas que son. Vivan la humildad de saberse frágiles.

Sueños. Hace algunos años les cité un memorable cuarteto de Borges que vuelvo a copiar aquí, esta vez rodeado del contexto que lo transforma en soneto. No sólo me guía el mal ejemplo del anglófilo porteño sino el hecho de que tanto la cita como yo somos “otros, los mismos”:

Han cambiado las formas de mi sueño;
ahora son laterales casas rojas
y el delicado bronce de las hojas
y el casto invierno y el piadoso leño.
Como en el día séptimo, la tierra
es buena. En los crepúsculos persiste
algo que casi no es, osado y triste,
un antiguo rumor de Biblia y guerra.
Pronto (nos dicen) llegará la nieve
y América me espera en cada esquina,
pero siento en la tarde que declina
el hoy tan lento y el ayer tan breve.
Buenos Aires, yo sigo caminando
por tus esquinas, sin por qué ni cuándo.

A diferencia de la primera vez que comenté estas líneas, actualmente sé el hoy vertiginosamente rápido y brevísimo, las semanas infinitas y el ayer incierto pero reposado. Ciertamente no camino por Buenos Aires, pero siento, palpo, huelo eso que casi no es al perderse la luz en alguna planicie más allá de los edificios semivacíos. El bronce de las hojas sí es delicado, pero aún ignoro cuán casto será el invierno que viene inexorable y sin leños piadosos. Y lo más importante: han cambiado las formas de mi sueño. *Es hei sech veränderet d Gschtaute vo mym Troum. Kakünuwi ñi ad pewma.*

² Los sonidos hilados en diferentes lugares me sugieren cosas disímiles. *Tsin* ‘árbol’ y *tsintah* ‘bosque’ (o sea, “arboleda”) es lo que dicen los navajos, y me parece casi demasiado simple para ser verdad, al menos comparado con el espectacular *god* ‘bosque’ de los romanches. Los checos tienen palabras tan de plástico como *strom* para el árbol y *les* para el bosque, y los griegos decidieron urdir enigmas como *hýlē* o *álsos* para significar la colección de *déndra*. Dudo querer quedarme con lo que nuestros amigos del Lacio eligieron para la ficción de la unidad (*arbor*), pero estoy seguro de no quedarme con lo que idearon para la ficción de la colectividad (*silva*, *saltus*, *nemus*). Muchísimo más me convencen mis otros antepasados con *zuhaitz* y *oihan*, respectivamente. El bernés dice *Boum* y *Waud* (en inglés *beam* y *wold*), lo que no me parece nada mal. Pero mis favoritos son el galés *coeden* ‘árbol’ y *coed* ‘bosque’ —noten que es al revés del navajo, es decir, el primero se deriva del segundo; algo así como una “parte de la arboleda”— y, por supuesto, *aliwen* y *lemu / mawida*. En realidad, toda esta larga lista nace de mi profundo descontento con *árbol*, aunque debo admitir que *bosque* me suena entrañable.

(Queridos amigos: Es tanto lo que me ocurre desde que estoy en Alemania que cualquier selección de acontecimientos se me antoja arbitraria y poco representativa. Una de las muchas consecuencias de lo anterior es que he preferido cambiar el formato de mis circulares (seguro que mi padre, acaso atribuyéndome una perspectiva vaticana de la que carezco, les seguirá llamando *encíclicas*). La subdivisión en secciones (algunas estables, otras fugaces) me parece más acorde, si no con cómo vivo, con cómo me gustaría transmitirles las experiencias. Ojalá no les haga dificultosa o poco grata la lectura.)

Lugares. Estar de vacaciones en Engadina, aunque sea por una semana, es una experiencia reparadora. A comienzos del otoño los colores no son tan hermosos como ahora, a comienzos de noviembre, pero el cielo es más azul y las heladas más tímidas. Engadina es uno de esos rincones de Suiza donde uno se siente parte de algo, no sé si será por el viento que sopla por las tardes desde el paso de Maloya. Si hubieran estado allí con nosotros habríamos hecho algo juntos: Lucho se habría animado a secundarme, más bien a guiarme, con el parapente sobre las lagunas, o se habría arrancado a probar suerte en uno de los campos de golf cercanos; el Checo me habría despedazado una vez más en el club de *squash* de St. Moritz; habríamos encumbrado volantines con los hijos de Sandra y Gastón; Vidal habría recordado sus viejos tiempos de surfista haciendo *kite surf*; Manuel habría disfrutado del glaciar hecho bosque hecho pradera hecho picacho; George, la Ani y yo habríamos tocado algo en algún hotel; Tony me habría acompañado a la casa-museo de Nietzsche y al peñasco famoso ése; Jaime se habría dejado tentar por el sauna romano que inventaron para los turistas en Scuol —podría seguir enumerando, pero para qué añadir a la nostalgia. El paraje es tan hermoso y hay para todos. Y el tiempo se hace nada, allí.

Miscelánea. Hace poco, buscando algo en Internet, di con una página titulada «Chileans in Boston» o algo similar. Enlaces a unas pocas páginas personales y sobre todo muchas casillas electrónicas de chilenos realizando estudios de posgrado en el MIT, Harvard u otras instituciones eran el contenido. Encontré más de algún conocido (por ejemplo, un joven de quien fui ayudante en la Católica en 1989, una niña que conocí cerca del aeropuerto de Seattle hace un año, dos ex alumnos más o menos coetáneos míos del Colegio Suizo), miré fotos de personas haciendo cola frente a un restorán llamado «Chacarero», con un letrero que rezaba *Chilean cuisine*, imágenes de los primeros dos cumpleaños de la hija de una pareja de chilenos, recuerdos de las vacaciones en Grecia, o Canadá, o el Quisco. Me sorprendió la idea de que una página parecida podría haber sido mía, quizás hace unos siete o seis años, yo terminando un doctorado en quién sabe qué, si no en Boston, en alguna “prestigiosa universidad americana” ubicada en otro sitio. ¿Me imaginan, casado con una chilena, sosteniendo en brazos a uno o dos hijitos que hoy ya estarían en kínder o primero básico, tratando de quedarme un año más en Boston como consultor, o yéndome a Nueva York a probar suerte, o volviendo a Chile a hacer consultorías, ser profesor universitario, ostentar un cargo no despreciable en una empresa de algún *holding* importante? Quizás les sorprenda saber que yo sí me pude imaginar una página web de ese estilo. Por breves instantes.

Academia, etc. Mi oficina está en un sexto piso de un edificio recién construido con una decidida pero discutible mezcla de acero, ladrillo y una madera beige cuyo nombre desconozco. Comparto la oficina con un joven colaborador que acaba de comenzar su doctorado patrocinado por mi jefe, pero sólo tres días a la semana porque vive a 30 km de Berlín (es decir, a unas dos horas de aquí) y tiene allí a su joven esposa y a su muy joven hijita. La entrada al edificio de la Facultad de Filosofía, como se llaman estas curiosas instituciones por estos lados, está en la calle Beethoven, hacia el nortenorponiente, pero mi ventana da al sur-suroriente, a la calle Mozart, y al sol. O, mejor dicho, a un

edificio de fachada raída de siete u ocho pisos donde sesentones salen en camiseta al balcón a fumar y tomar cerveza entre las toallas y paños colgados por cincuentonas, o veinteañeras se pasean en paños menores hablando por el celular o lavándose los dientes, o cuarentonas entretienen a quiltros neuróticos a la sombra de exuberantes arbustos de interior o se entretienen a sí mismas con la televisión.

En la esquina hay un local llamado Protzendorf (el nombre es un juego de palabras, pero no hay que abusar de la paciencia de los lectores), donde voy a almorzar con frecuencia. Las jóvenes que atienden ya me conocen: soy el tipo de boina que habla algo que no se entiende (he estado un par de veces con mi jefe y con Franziska), siempre pide té en vez de cerveza, y —cosa inaudita por estos lares— deja una cuantiosa propina. Los lunes por la noche hay jazz en vivo, pero de la única vez que fui lo que más claramente recuerdo es la copa de Merlot Concha y Toro y la cara de aburrimiento de una jovencita sentada entre el saxo tenor y yo. El pololo tenía la atención visiblemente dividida entre la banda integrada por conocidos o amigos suyos, el control de su libido y la sonrisa de hastío de la mujer con que eligió compartir la noche, su juventud, quizás la muerte en vida. Unos metros más hacia el poniente, una peluquería cede lugar a una florería, que a su vez acompaña a la panadería-pastelería donde de vez en cuando voy con el colaborador o una alumna de pregrado que trabaja con nosotros a comprar algún dulce. No es la calidad de la pastelería lo que me atrae, ni mucho menos el dialecto sajón y el tono de gendarme de las doñas, sino los precios módicos (ya que estamos consumiendo una porquería, paguemos lo que corresponde, digo yo) y la posibilidad de estirar un poco las piernas.

Al cruzar la calle se encuentra la famosa Bibliotheca Albertina (en letras doradas y en latín, a unos quince metros de altura, la inscripción reza “dedicada al estudio de las ciencias y las artes liberales en Leipzig, bajo los auspicios del Rey Alberto, en 1891”), la biblioteca centralizada de la universidad, fundada en 1543 (o sea, dos años después de la fundación de Santiago) y recién refaccionada a un costo que sería impúdico revelar en estas líneas. Si se juzga una biblioteca por el número de volúmenes importantes que alberga, las facilidades de catálogos computarizados, fotocopias, préstamos interbibliotecarios, microfilmes, CD-ROM, escáner, etc., llegamos a la inevitable conclusión de que la Albertina es un establecimiento de pacotilla.

Música. Richie Beirach dio un concierto en Leipzig el 9 de noviembre, pero ese fin de semana estuve en Suiza por razones de trabajo. Bobby McFerrin dará un concierto en el Gewandhaus, pero creo que también me lo voy a perder. Lástima, porque músicos famosos no aparecen con tanta frecuencia como en Zúrich (a fines de noviembre me voy a perder al Jan Garbarek Group por allá). Hace menos de un mes fui a los vigesimonosecuántos días de jazz de Leipzig, pero no fue ni remotamente lo que esperaba. Un concierto del saxofonista estadounidense Charlie Mariano acompañado por el guitarrista argentino Quique Sinesi me dejó la impresión de que ambos músicos venían recuperándose de un ataque de meningitis, malaria y/o disentería. Una hora ininterrumpida del “proyecto” del baterista inglés Chris Cutler le arrancó a mi vecino, y esto pese a que las tres cantantes exóticas causaron sensación cuando subieron al escenario, la inesperada exclamación *gracias a Dios* —está de más decir que la gente se había empezado a retirar como a los diez minutos de comenzado el concierto, en vista de que la cacofonía y la monotonía amenazaban con hacerse insoportables. Qué lejano el recuerdo del concierto del Pat Metheny Group en Zúrich, exactamente una semana antes de la muerte de mi madre. Incluso a Franziska le gustó. Y qué musicazo que es ese Richard Bona.

De grabaciones también podríamos hablar. Hallé un cómpac con *remakes* de Genesis, algo heterogéneo pero en general muy bueno, titulado «Supper’s ready» —título que sólo alguien que conozca los primeros discos del conjunto inglés podrá apreciar. El último doble del trío de Keith

Jarrett, así como el último simple, no son de mi mayor agrado, a decir verdad sigo prefiriéndolos cuando tocan *standards*. (Esto se parece al hecho de que el Thomaskantor en Leipzig haya debido componer casi una cantata semanal hace más de 250 años pero ahora no deba, quizás ni siquiera pueda, componer nada propio, sino que su trabajo consiste en montar las obras de su ilustre predecesor lo mejor posible...) En la disquería donde me hacen rebaja en Zúrich había liquidación de cómpac antiguos de ECM, así que aproveché de seguir completando mi colección de Keith Jarrett, Pat Metheny y otros por atrás, por decirlo así. Hace año y medio fui a un concierto de una pianista y cantante que sigo desde su debut, una niña rubia de Nanaimo, BC, Canadá, llamada Diana Krall, y me decepcionó no tanto la parte musical (aunque debo decir que su grupo de entonces nunca me entusiasmó demasiado) sino las tonterías que dijo, como que hacía poco había pasado una estupenda velada con Clint Eastwood y otras pseudoanécdotas que nunca supe a qué caso venían. Cuál no sería mi sorpresa al oír su último «Live in Paris», del 2001, con un grupo diferente, un sonido perfecto e incluso una versión en estudio de «Just the way you are» de Billy Joel con Michael Brecker al saxofón —disco indispensable, como suele rezar la publicidad. Y ya que mencionamos a Michael Brecker, y a pesar de que no me gustan mucho los arreglos dulzones, «American dreams» de Charlie Haden ciertamente es más que recomendable.

Libros. (Aclaración preliminar: Si bien nunca fui un lector de esos que devoran la letra impresa en forma indiscriminada o compulsiva, creo que habría sido injusto llamarme, a juzgar por como era yo hasta hace poco, mal lector. Es cierto que siempre sentí una predilección por las introducciones a la filosofía por sobre el folletín y por Gabriel García Márquez en vez de Isabel Allende. Recuerdo haber disfrutado a Salgari a los doce años, y no haber leído ni «Siddharta» ni «Demian» a los quince, sino «El juego de abalorios» (en alemán, claro) a los dieciséis. Desde que estoy en Leipzig, creo que mi comportamiento se ha acercado más que nunca a lo patológico en este sentido, y catalogarme de lector ávido sería, hoy en día, un eufemismo tímido cuando menos —y no estoy hablando de literatura lingüística o antropológica, la cual no es del caso comentar en estas líneas. En consecuencia, el recuento a continuación es extremadamente somero y apenas más que una selección de los títulos que me han acompañado antes y después de que los esbirros de algún abyecto proyectista talaran el gigante añoso en la parte posterior de la casa donde vivo para comenzar las faenas que conducirán, en el futuro muy cercano, a estacionamientos adornados con un poquitín de césped.)

Más que leer libros, me gusta leer autores. Comencé con Hermann Hesse, de quien adquirí las obras completas antes de venirme a Alemania, aprovechando que es “el año de Hesse” en el mundo alemán. «Siddharta» dejó una huella profunda en mí, y actualmente estoy enfrascado en su primera novela, «Peter Camenzind». Después de leer recuentos de viajes, por ejemplo descripciones de Engadina, leeré, si Dios lo permite, todo antes de marcharme de este lugar, lo cual en realidad espero sea a fines del próximo año, aunque lo más probable es que quién sabe. También empecé a releer a Kafka, pero «El castillo» logró aburrirme un tanto. No obstante, lo terminaré antes de comenzar con «El proceso». Tantas películas de Hollywood serían impensables sin estos dos títulos.

Si me permiten continuar con autores que leo en alemán: El crítico más importante del momento es un señor llamado Marcel Reich-Ranicki, que hace algún tiempo publicó su autobiografía (gueto de Varsovia, etc.) y recién editó la primera parte de un nuevo canon de literatura alemana, aquella dedicada a la novela. La autobiografía es un mamotreto de estilo algo plomizo pero de contenido interesante, y la leo cuando estoy en Suiza. El canon no lo compré (¿Se imaginan en el mundo hispano un eslogan tan insólito como “éste es un canon para el lector”?), en parte porque en él hay libros que ya tenía y en parte porque hay otros que sé que no leeré. Pero compré «Montauk» del suizo Max

Frisch, y es uno de los tantos que me esperan en mi pequeña biblioteca lipsiense, que pugna por extenderse al resto de mi departamento. Lo otro que me espera es algo que compré del Premio Nobel de este año, el húngaro Imre Kertész, al cual, debo admitir, no podría leer en húngaro sin un esfuerzo considerable que dudo mucho valiera la pena. Finalmente, veré qué tal es una novela de la nueva generación “berlinesa” («Libidissi», aclamada por los críticos del periódico español «El País»), de Georg Klein. Se supone que es una especie de «Blade runner» alemán.

Lo anterior me lleva a mis lecturas en inglés. Varias novelas y algunos cuentos de Philip K. Dick, el autor de «Do androids dream of electric sheep?» (la novela sobre la que se basó Ridley Scott para «Blade runner»), me estimularon a comienzos del otoño, entre ellas por supuesto el cuento que inspiró la reciente película de Spielberg «Minority report». Hace poco descubrí al autor Kurt Vonnegut, también con algo de ciencia ficción, y he leído varias novelas y cuentos suyos; le recomiendo a cualquiera leer «Galápagos». Dos novelas de Robert Ludlum me bastaron, a decir verdad (una de ellas, «The Bourne identity», inspiró una película para la televisión a fines de los ochenta y la aquí famosa homónima cinta que exhiben los cines actualmente; parte del revuelo se debe, sin duda, a que la actriz principal es alemana), y es notable que alguien que obviamente ha estado en Suiza y describe vívidamente Zúrich y otros lugares haya incurrido en el error de percibir (¿suponer? ¿carrilearse?) la corriente del Limmat yendo en la otra dirección. (En Leipzig, dicho sea de paso, dicho error sería perdonable porque los canales y ríos locales no fluyen en el sentido tradicional de la expresión. En Zúrich, sin embargo, el error equivale a cometerlo en Santiago con el Mapocho.)

Pero lo mejor de todo han sido las recientes entregas de mi autora favorita, Ursula K. Le Guin. Una de ellas es una selección de cuentos notables: «The birthday of the world and other stories». Las otras son libros que completan el ciclo de Terramar: «Tales of Earthsea» y «The other wind», con lo cual tenemos una hexalogía. Había comenzado yo por la primera novela, «Un mago de Terramar» («A wizard of Earthsea»), en castellano, hace unos quince años, pero el libro que más me gustó, ya en ese entonces, fue «El nombre del mundo es bosque» («The word for world is forest»), imperdonablemente agotado. Además, he leído las novelas y *nouvelles* tuyas que tenía («The lathe of heaven», «The dispossessed», «The eye of the heron», «Four ways of forgiveness»), releído una novela relativamente famosa llamada «The left hand of darkness» y recomenzado, aunque sin mucho éxito, su libro menos accesible, llamado «Always coming home». En vez de leer «Harry Potter», y sin perjuicio de leer otras buenas obras de ciencia ficción y/o fantasía, como Tolkien & Co., les recomiendo sin reservas lo que puedan encontrar de esta fantástica autora. Incluso estoy trabajando con sus consejos para escritores noveles («Steering the craft») en mis, digamos, momentos libres, y hasta ahora me parecen útiles.

Releer también es algo que se puede hacer en castellano. Varias novelas del exitoso Arturo Pérez-Reverte (entre ellas la muy recomendable «El Club Dumas», si a alguien le gustó «El nombre de la rosa» o «El péndulo de Foucault» de Eco; la inspiración para la película de Polanski «The ninth gate») me llevaron a gastar una suma exorbitante en la novela que mezcla aventuras marítimas y policiales, «La carta esférica» (en Leipzig nadie parece leer en lenguas románicas), y, aunque no me entusiasmó demasiado, se lee fácil y grácilmente. Recién comencé su bastante más sórdida «La reina del sur», con narcocorridos mexicanos y todo, ya les contaré cómo me va. Me espera una traducción del italiano Tabucchi, «Se está haciendo cada vez más tarde», pero mejor ni mencionar los otros muchos títulos en inglés que me esperan.

Consideraciones finales. Supongamos que este exilio sajón, y noviembre efectivamente es lluvioso, ventoso y frío, de verdad sirva para aprender algo.

Diversos paseos por la urbe me han convencido, por ejemplo, de que no sólo hay fachadas

continuas sino también, si bien en número más bien modesto, villas y “casas”, es decir, inmuebles comparables en más de un sentido con el Centro Cultural de Providencia en Pedro de Valdivia con 11 de Setiembre. (Literalmente entre paréntesis: ¿No ha reclamado la Embajada de EEUU por el nombre de dicha arteria santiaguina?) Del mismo modo, aunque bien puede deberse a fenómenos estacionales cuyas leyes se me escapan, he detectado un número no despreciable de gente de pelo castaño, e incluso, aunque bien pudo haber sido una alucinación, personas de pelo negro no teñido. Para ser justos con los sajones hay que decir que existen restaurantes donde se puede comer razonablemente bien, si bien es necesario añadir que hay que buscarlos bien y pagar por el placer culinario.

En muchos otros aspectos mis primeras impresiones, que espero les hayan llegado en la última carta, se han visto corroboradas con el correr del tiempo. Lo del letargo no ha mejorado sustancialmente al llegar el frío; lo de los olores y vidrios rotos tampoco. Leipzig me sigue pareciendo una ciudad de provincia que tuvo una época de prosperidad y querría volver a tenerla, pero a condición de que fuese regalada o como por encanto. Los sajones me siguen pareciendo gente rústica, poco solidaria, con una debilidad insoslayable por la mala cerveza, el periódico local tipo *La Cuarta* y las salchichas repugnantes. Las oficinas públicas, alojadas en edificios enormes, albergan hordas de funcionarios que no puedo imaginar sean productivos ni necesarios, si bien es cierto que no necesariamente son xenófobos, ni ineficientes. Las empresas privadas no conocen la expresión “orientación al cliente” ni de oídas, y es difícil ver cómo se las van a arreglar para sobrevivir las próximas décadas. La cultura es activa en lo que se refiere a música antigua, ópera y teatro, y también la *dark vawe*, pero se echa de menos lo que hay en Zúrich.

El último punto es más bien terminológico, aunque no por eso menos instructivo. En Chile, al ver un auto antiguo con el parachoques trasero en posición precariamente decorosa gracias a un alambre, la gente de mi época solía describir la técnica como “solución del alambrito” o, más en general, como algo hecho “a la chilena”. El contraste con los señores rubios semicalvos de anteojos elegantes y blancos uniformes que aparecían en réclames de máquinas lavadoras era evidente: “tecnología alemana”. Ahora bien, aquí también se ven autos antiguos con el parachoques sostenido con alambres, y muchas, muchas otras instalaciones similares. Las diferencias que veo son dos: [1] Aquí le llaman “solución rusa”, es decir, (i) lo asocian con la otrora superpotencia que los había invadido, y (ii) no reconocen que tanto los autores intelectuales como perpetradores de hecho actualmente no son rusos sino alemanes. [2] A juzgar por el estado de los frenos y el humo que expelen los autos antiguos, no me explico cómo pasan la revisión técnica, ya que (supongo) el aparataje de corrupción rusa o turca o colombiana no funciona tan eficientemente en Sajonia. Tecnología alemana. Mirá vos.

Quince (2003, 1)

A mi edad y en mi situación es seguro que aumenta el peligro de que pasen cosas como ésta. Con los años se supone que uno se va conociendo mejor y tiene más claro lo que quiere, pero gente que pierde la cabeza sin ser precisamente quinceañera no se ve solamente en películas francesas de cinearte. Y claro, viviendo en Leipzig en un apartamento confortable pero irremediabilmente solitario, uno se replantea tantas cosas de manera inconsciente...

El punto es que, apenas la conocí, hace poco más de un par de meses, me enamoré perdidamente. Me pasaba las semanas recordándola e imaginando lo que aún no sabía de ella (sólo podía verla los fines de semana), a la vez que —debo reconocerlo— atesoraba lo que me estaba pasando. El viernes por la mañana me ponía nervioso como un chiquillo, hacía los arreglos necesarios para ausentarme

hasta el domingo por la noche, compraba el pasaje en el tren llamado «Hungaria» y mi dicha, si no completa, era extática como sólo una fuga puede serlo. Entregándome sin reservas a su dócil manera de intoxicarme, me perdía una vez más en el laberinto de su voz (hasta hace poco hecha de palabras en su mayoría exóticas para mí), sus perfumes (de invierno cuando quiere mostrarse juguetona, y de una excitante acidez añeja cuando se pone seductora) y, por qué negarlo, sus sabores (un dulzor ligeramente rancio al despertar, algo de pan y carne de ciervo de día, y de vino francés de noche). Incluso ahora que he vuelto de un viaje por lugares lejanos, no sé muy bien qué responderle cuando me llama para recordarme que le quedan encantos por revelarme. He intentado no llenar mi apartamento con recuerdos de ella por razones obvias, pero aún así su canto de sirena no me deja tranquilo y mi único refugio son las noches, en que por lo general no invade mis sueños.

Nunca pensé que me ocurriría todo esto con esta ciudad dorada llamada Praga. Hasta he aprendido algunos rudimentos de checo y pienso tomar el curso el próximo semestre en Leipzig, para sacarle el jugo al *Španělsko-Český a Česko-Španělský slovník* que me compré y que hasta ahora he estudiado de modo superficial. No he vuelto a ir después de Navidad, seguro que ya no están todas esas ferias en la parte antigua de la ciudad —pero sé que esas estupendas librerías, los hermosos paseos a orillas del Moldava, los muchísimos turistas, la gente simpática y los innumerables conciertos de música antigua siguen allí. Qué ciudad fantástica, la *caput regni* ‘cabeza del reino’, con mil años de historia(s) y un presente increíblemente dinámico. No es raro que Hollywood se vaya allá a filmar, no sólo por los buenos estudios y los costos incomparablemente más módicos que en otros sitios europeos, sino también por lo hermoso y compacto de la ciudad. Por no dar más que un ejemplo: el *Karlův Most* ‘Puente de Carlos’ está lleno de caricaturistas, acuarelistas y fotógrafos que venden sus trabajos, músicos callejeros de los más variados estilos y hasta algún extranjero con quien cambiar impresiones. Esto no lo he visto en Leipzig.

No sé cuánto más me dure el enamoramiento, cuántas veces más pueda disfrutarla, cuánto pueda decirle yo a ella en el futuro cercano. Ojalá que mucho, y ojalá que todo esto, citando a Carole King, no sea *just a moment's pleasure* sino *a lasting treasure*, ése es mi deseo.

Actualmente, buena parte de mi trabajo de investigación en la universidad tiene que ver con temas que honestamente pensé en algún momento que había dejado atrás al empezar a dedicarme a preguntas y respuestas alejadas de la economía. En particular, estoy tratando de evaluar diferentes medidas de asociación estadística, tests de aleatorización y cosas parecidas. Dejarme daros un ejemplo para que os enteréis. Lo tomaré no de lingüística sino de coyuntura política internacional...

Supongan que un grupo de gente en algún país europeo occidental se divide en aquellos que están a favor de un ataque por parte de EEUU a Irak y aquellos que están en contra. Este mismo grupo de personas se puede dividir en, digamos, aquellos que piensan con la cabeza y aquellos que piensan con los pies. Lógicamente, hay cuatro combinaciones posibles, las cuales he diagramado con datos más o menos reales a continuación:

piensa con	actitud frente a la invasión de Irak		
	<i>a favor</i>	<i>en contra</i>	
<i>cabeza</i>	12	28	12+28=40
<i>pies</i>	45	15	45+15=60
	12+45=57	28+15=43	total = 100

Aunque algunos de ustedes no lo crean, hay suficientes libros y artículos sobre lo que se puede leer en este tipo de tablas como para pasarse varios meses absorto en el tema —sin mencionar las

numerosas páginas en Internet dedicadas a diferentes medidas de dependencia entre, en este caso específico, la actitud frente al inminente conflicto bélico y el órgano preferido de actividad cognitiva. Dos índices muy usados en ciencias sociales son la medida χ^2 (léase *chi cuadrado*) y el test exacto de Fisher. Aplicándolos a los datos de arriba, tenemos:

$$\chi^2: p=0.002560 \quad \text{FE: } p=0.002225$$

Ambos guarismos (p) son muy cercanos a cero, lo cual sugiere que la probabilidad de que una tabla como la de arriba sea producto del azar es muy baja. En otras palabras, los datos llevan a rechazar la hipótesis de que la opinión acerca de cómo quiere el señor Bush ser recordado en los libros de historia sea independiente de la parte del cuerpo con que se ha razonado acerca de dicha opinión. (Al menos en cierta parte de la población de cierto país europeo occidental que, según un comentario tristemente famoso de un alto personero estadounidense, pertenece a “la antigua Europa”.)

De cosas como estas están llenas muchas de mis horas, claro que con razonamientos que al menos presumen de ser más sofisticados que los anteriores y basado en temas relativamente menos polémicos —asuntos como si algunos idiomas seleccionados del Himalaya tienen clases posesivas múltiples, o si los idiomas que circundan el Océano Pacífico presentan más policoncordancia verbal que aquellos en África. Mi jefe, creo, tiene serias esperanzas cifradas en algunos de estos resultados cuantitativos. Huelga decir que mi credo es sustancialmente más escéptico acerca del estatus que tienen dichos resultados una vez terminadas todas las reflexiones. Pero esto me paga el sueldo actualmente, así que no me quejo.

Atlanta, en el sureño estado de Georgia, no es una ciudad hermosa. Tampoco es fea, y si se piensa por un breve instante en los museos de la Coca Cola Company y CNN, quizás incluso podría ser interesante para más de alguien. Yo me lo pasé en uno de los hoteles Hilton, asistiendo a charlas lingüísticas (y dando una también, por supuesto) en el marco del encuentro anual de una sociedad de la cual soy miembro, la *Society for the Study of the Indigenous Languages of the Americas*. Por las tardes me arranqué con mi querido amigo chileno Andrés White, quien tuvo la sorprendente y muy generosa iniciativa de manejar 12½ horas desde Chicago para vernos aunque fuera un par de días, a comer muy caro ☹ pero muy bien ☺ en un restorán brasileño, y comer bien en un estupendo local de jazz, ambos en las afueras, en un lugar llamado Buckhead. Una noche incluso pudimos canturrear un poco acompañados de su guitarra, el piano de cola del hotel y un lingüista estadounidense llamado Spike, que era mi compañero de habitación. Huelga decir lo grato que fue, casi como en los viejos tiempos. Te la jugaste, Jorge.

Santa Barbara, en el soleado estado de California, es más hermosa en invierno que en verano. Dos veces en que había estado en esa hermosa ciudad cuidada y de gente pudiente (antigua misión española, más antiguo asentamiento del pueblo chumash) había sido verano, una vez había sido primavera. Pero en invierno es más verde, no hay neblina por las mañanas ni bruma por las tardes, y la verdad es que fue lo más parecido al verano (con el que muchos soñamos) que he visto últimamente. Más de 25° a la sombra, sol radiante, cielo azulísimo, un número respetable de gente bañándose en el mar y paseándose en ropa muy ligera me convencieron de sacarme la camisa de franela y comprarme una polera. Aquí fui a la casa de una famosa lingüista para dar una charla a un grupo de docentes, alumnos avanzados y ex académicos que mantienen los lazos con la Universidad de California en esa localidad. El día de mi cumpleaños me lo pasé descansando de la falta de sueño, recorriendo dos librerías grandes y una de libros usados, andando en triciclo por el camino que bordea la playa, y siguiendo el consejo ficticiamente atribuido a Borges de caminar descalzo sobre la arena. Y comiendo pescado y mariscos, claro.

Eugene, en el boscoso estado de Oregón, es casi muy pequeño como para tener una universidad, pero para mi sorpresa resulta que todo el estado no tiene mucho más de tres millones y medio de habitantes. Allí estuve alojado en casa de Spike, con el que hace unos ocho meses (da la casualidad de que en Santa Barbara) comenzó a gestarse una relación personal y que me invitó a dar una charla en el departamento que preside en un muy verde y bastante invernal campus. Esta charla era la más crítica de las tres que di, porque la gente que más sabe acerca del tema de mi tesis doctoral, que más o menos resumí en una hora para una audiencia en extremo heterogénea, se encuentra allí. La impresión que causé parece haber sido bastante buena, y el único tipo que se podría haber puesto pesado no estuvo presente —lo vi recién por la noche en ocasión de la fiesta musical que di(mos) en casa de Spike (el pesado toca violín, y le gusta acompañar temas *country*). Inolvidable, la visita a Eugene...

Borges no fue ni el primer ni el último escritor fascinado por la inmortalidad y los *jeux d'esprit* que ella inspira, pero quizás haya sido la ventana que escogió mi intelecto para preocuparse del tema de modo literario, ya que las diversas mitologías que me ocuparon de niño se habían rodeado de esa nostálgica bruma que recubre los cuentos de los hermanos Grimm u otras fabulaciones cuyo origen se remonta a cuando éramos arquetipos. En algún momento de exaltación juvenil, debo admitirlo, pude disfrutar con los primeros dos tercios del dudoso filme «Highlander» (recuerdo vívidamente cómo un grupo de estudiantes de ingeniería civil en la Católica conversaba acerca de las decapitaciones en un frío corredor en San Joaquín hace como quince años), y si he observado los derroteros seguidos por Hollywood al tratar el tema ha sido con un interés sólo comparable a mi posterior decepción.

En una librería de Atlanta me llamó la atención una de las novelas de moda llamada «Forever», de Pete Hamill. Me volvió a guiñar el ojo en el aeropuerto de Los Angeles, pero recién en Santa Barbara decidí dejarme tentar por el 30% de descuento y la lectura de las primeras páginas. Las 600 siguientes despliegan una mezcla poco orgánica de erudición de mamotreto polvoriento (generosa y afortunadamente sazonada con información bien integrada en la trama), crónica de brutalidades varias a este y al otro lado del Atlántico (como aquellas narradas en una de las fuentes, la fuente de una película de moda actualmente, «Gangs of New York») y novela (de amor y de aventuras, por supuesto) que logra capturar la atención y mantener el suspense a pesar de todo. El protagonista comienza su camino en Irlanda en 1740 y lo termina, bueno, es un decir, en Nueva York el 11 de setiembre del 2001. Una sugerente contradicción más a lo de Agatha Christie con eso de *morir es fácil*, pero, por decirlo así, *sub specie aeternitatis*. Aún no sé si recomendar su lectura, o con qué reservas, pero por qué no, en realidad. Sáltense las crónicas de barrios de Nueva York que no conozcan y cuya historia o no les interese o se puedan imaginar sin tener que leer tres o cuatro páginas mal disimuladas.

Imposible, eso sí, estar en Praga y no querer leer a Klíma, Hrabal, Neruda (léase *neruda*) y por supuesto a Kundera. Me compré casi todo en castellano de este último autor, y he releído lo que apenas me impresionó hace quince años y leído lo que no había logrado motivarme hace doce. A veces parece que se tratara de autores diferentes, y en parte es así porque se trata de otro traductor, además de que han pasado 30 años entre una obra y otra, y a veces el original es en checo en un caso y en francés en el otro. El original francés podría leerlo, pero les confieso que me gusta, con ese infantil placer del coleccionista de mariposas, tenerlos todos en castellano. Y en checo...quién sabe.

(Si tuviera un sitio *web* con comentarios acerca de lo que he leído en los últimos meses, me lo habría pasado en eso y no habría tenido tiempo para los tests de independencia estadística que, como ya mencioné, pagan la calefacción central y me defienden de la temperatura, que cae a -10°C y hasta -20°C, financian la adquisición de diversas sustancias que dicen contener nutrientes, y casi cubren las cuentas de vuelos intercontinentales y estadías en hoteles europeos o norteamericanos. Paciencia.)

Al final sí oí a Bobby McFerrin en el Gewandhaus —claro que no fui uno de los 32 voluntarios que subieron al escenario a ser dirigidos por un maestro descalzo de peinado tipo Stevie Wonder y talento incomparable. Tampoco fui uno de los dos increíblemente voluntarios que antes habían accedido a bailar, primero cada uno solo y después los dos, acompañados por improvisaciones *ad hoc* del maestro. En Suiza se habrían demorado más en presentarse los voluntarios para el canto, y dudo mucho que hubiese habido siquiera alguien que se hubiese atrevido a bailar solo frente a un Teatro Municipal lleno en mi patria adoptiva... Aun así, los momentos de mayor magia fueron aquellos donde McFerrin pudo desplegar su arte. (A fines de abril viene a Leipzig Peter Gabriel a promocionar su nuevo álbum «Up» con su «Growing Up Tour». Para un ex fanático de Genesis como yo dicho concierto, para el cual ya tengo entrada, será algo así como cerrar un círculo. Uno más.)

El fin de semana pasado estuvimos Franziska y yo en Weimar, ciudad de Turingia que tal vez los más letrados o germanófilos de ustedes sepan ubicar geográfica y/o históricamente. No visitamos el antiguo campo de concentración, sino que dedicamos nuestra atención al gran parque donde niños se tiraban en trineo por las laderas y los perros corrían que daba gusto, a la casa de Goethe con guía incluido y a los salones de té (gracias al viento helado que insistía en aparecer como un contrapunto de mal gusto al cielo azul y el sol que, seamos honestos, apenas entibiaba). Weimar es mucho más pequeño que Leipzig, pero los edificios están en mucho mejor estado, acaso en parte como consecuencia del turismo. Sin embargo, es imposible no darse cuenta de que también esa región estuvo más orientada a Moscú que a Washington por casi medio siglo. (Releyendo «Urfaust» recordé una puesta en escena de Ramón Núñez como Mefistófeles y Héctor Noguera como Fausto que fui a ver con mi madre hace más de quince años en el Teatro de la Universidad Católica frente a la Plaza Ñuñoa —no es que cualquier cosa que uno vea sirva de pretexto para ponerse melancólico, pero a veces uno QUIERE acordarse de ciertas cosas... La recuerdo brillante, esa puesta en escena, pero puede que eso de *todo tiempo pasado fue mejor* me esté jugando una mala pasada. El programa de teatro de Leipzig, fuera de «María Estuardo» de Schiller y «Romeo y Julieta» de Shakespeare, sólo incluye obras desconocidas de esas que dan ganas de prender fuego al teatro para después correr al encuentro frontal con uno de esos tranvías que apenas pueden frenar —es decir, la mayoría de los tranvías de Leipzig.)

No está de más pedirles disculpas por lo monótono de mis diatribas antisajonas y mis majaderas expresiones de descontento y desadaptación. Un amigo chileno me expresó no hace mucho su confianza en que él sería más flexible en mi situación, que se las arreglaría para armarse un cuento que le permitiera sentirse más a gusto a pesar de la lejanía de la amada esposa. Un conocido suizo que me visitó hace poco me preguntó cuánta gente conocía yo aquí que no tuviera relación alguna con la universidad (o, lo que viene a ser lo mismo, el Instituto Max Planck con el que tenemos relaciones más o menos estrechas) y gente que yo conociera de allí, y la verdad es que muy poca (esto es, gente con la cual ir a comer o al cine, o que me invite a su casa, o algo similar). Sin asistir a una iglesia evangélica, a un coro de motetes bachianos ni a un club de *handball*, la verdad es que es difícil hacerse amigos en Leipzig, al menos por lo que respecta a mi modesta experiencia, quizás también porque no soy el tipo que se va al bar supuestamente “lleno de cubanos” para hablar castellano, tomar pisco solo, daiquirí o caipiriña (que aquí llaman *khaipi* y no pocas veces escriben *Caipiriñha*, tal cual) y fingir sentirse en el Caribe. Por supuesto que influye de modo crucial el hecho de que yo esté pensando casi constantemente en lugares que están al pie de los Alpes, los Andes o las Rocallosas, pero estoy convencido de que las razones de peso son dos: extraño mucho a Franziska y yo no soy de este lugar.

Estos últimos juicios no deben tomarlos a la ligera. Aunque llevamos más de diez años de matrimonio sin hijos, nada estaría más lejos de mis intenciones que aprovechar mi “soltería geográfica” (como solían llamarla unas notables cabezas en la Reaseguradora) para cualquier cosa, en realidad —el hecho de tener más tiempo me ha servido para conocerme mejor en facetas que hasta ahora no había tenido oportunidad de vivir de manera tan intensa y continuada, pero mentiría si dijera que disfruto de algún tipo de libertad de la que antes no gozara. Claro, si cumplimos nuestras amenazas y comenzamos relativamente pronto a tratar de procrear, supongo que en algún momento echaré en falta la posibilidad de decidir no irme a mi departamento una noche cualquiera sino tomar un tren a Praga o Berlín —o un avión a Londres, Roma o Barcelona— y maltratarme con un fin de semana grato e interesante en vez de cambiar pañales, armarme de paciencia para con los chillidos e intentar en vano conciliar el sueño. Supongo. Más adelante.

Hoy, mientras esperaba el tranvía que me llevaría al centro de la ciudad, me abordó un joven obviamente extranjero que empujaba una bicicleta destartada (el viento a -6°C sin parca era demasiado, me imagino) para preguntarme en un difícil alemán por un lugar cuyo nombre nunca logré comprender. Luego, al oír que yo no era de aquí y que por lo tanto no podía ayudarlo, me preguntó de dónde era. *Suiza*. Ah, Suiza, dijo al tiempo que se le iluminaba la cara. ¿Zúrich o Basilea? *Zúrich*. Él pasó dos meses en Basilea, vacaciones, muy hermosa ciudad, dijo estrechándome la mano y sonriendo. Me preguntó si era turco o kurdo (comprendí que no había servido de mucho recortarme la barba hoy por la mañana), pero no tenía intención de recitarle, ni mucho menos explicarle, mi árbol genealógico a alguien que decía ser turco, entre otras cosas porque ya había llegado mi tranvía. Procurando ser cortés, y en vista de que se subió al tranvía con su bicicleta para sorpresa, con ceño fruncido por supuesto, de la gallada en general, le pregunté si vivía en Leipzig. Mmm, vacaciones, me dijo con esa mirada inconfundible que le permite a uno inferir que o no sabe exactamente qué significa dicha palabra o, más probablemente, que sabe qué palabra es mejor ocultar tras ella. El pobre hablaba con los niños y los viejos en el tranvía cuando me bajé, algo que sólo a un extraterrestre o a un turco cuya tercera pregunta era si había estado en Turquía de vacaciones (esta vez realmente *vacaciones*) se le habría ocurrido. Seguro que no había visto los carteles en Suiza abogando por no apoyar un gobierno fascista y con tendencias genocidas y, obviamente, NO ir de vacaciones a Turquía.

Aquel joven no era de aquí, y de nuestro fugaz y ciertamente distorsionado encuentro colegí que no se sentía feliz y que acaso siga camino pronto hacia donde lo lleve su destino. La mayoría de los alemanes occidentales que encuentran pareja y/o trabajo en otro sitio no trepida en traicionar a una ciudad que se ve obligada a recurrir a publicidad en paradas de autobús y cines para tratar de venderle a la gente que hay pocas cosas más *cool* que quedarse en o incluso mudarse a Leipzig. *Do not go west, young man*. Claro, hay más gente de pelo castaño de lo que creía, y cada vez descubro más restaurantes y salones de té que valen la pena, y no todas las veinteañeras rubias hieden, se suenan con los dedos y están en estado de intemperancia más o menos constante, pero ¿es eso suficiente?

Puedo recibir alojados en mi departamento, por favor juzguen por ustedes mismos cuando quieran. Sólo avísenme con una semana de anticipación, para no estar en Zúrich cuando vengan. O en Praga.

Dieciséis (2003, 2)

Volví de Chile a mediados de marzo con un montón de cosas en la cabeza, p.ej. una oferta de trabajo a medio concretarse en Santiago. Aproveché unos días en Zúrich para recuperarme del cambio de horario y volví a mi departamento en Leipzig a trabajar furibundamente en la postulación a un

proyecto que presenté el 1° de abril al Fondo Suizo de Ciencias, el cual les mencioné a algunos de ustedes y tenía el atractivo de proporcionarme trabajo remunerado a partir de enero de 2004.

Si bien esas semanas fueron agitadas, las que las siguieron lo fueron aún más. Diversos problemas me hicieron ir a Zúrich casi todos los fines de semana de abril, lo cual no habría estado tan mal, pero a mi octogenario padre se le ocurrió encontrarse con un camión saliendo de algún túnel entre Santiago y Viña. (A diferencia de aquel memorable encuentro frontal con un camión hace unos cuarenta años, esta vez no iba en moto. No obstante, me cuentan que los policías de Curacaví hicieron malabares para sacarlo entero de lo que quedó del coche automático con aire acondicionado que tanto le gustaba.) Después de cincuenta días en el hospital, durante los cuales se le hicieron dos operaciones a sus piernas fracturadas y pasó un número no despreciable de días en la famosa Unidad de Cuidado Intensivo por una complicación respiratoria después de la primera intervención quirúrgica, se fue a casa de mi primo Sergio, quien —junto a sus padres, mis tíos de Viña— se preocupó de todo lo que me podría haber forzado a dejar todo botado por estos lados e ir a preocuparme yo allá. (De más está decir que Sergio, por ser el director del hospital, estaba en mucha mejor posición que yo de resolver cualquier problema...)

Y mayo también fue movido. En la universidad de Erfurt, capital de Turingia ubicada a poco más de una hora en tren de Leipzig, buscaban a un lingüista con doctorado para trabajar en un proyecto con los hochank en Wisconsin por tres años (esta etnia se conoce más frecuentemente como winnebago, y es parte del pueblo sioux; léase *su*). Pensando que no me darían el trabajo pero con la esperanza de saber un poco más acerca de los puntos flacos de mi currículo y conocer mi “valor de mercado” en el mundo germanohablante, envié mis papeles. A la semana me invitaron a una entrevista con el director del proyecto y su asistente. Después de una hora conversando con ellos tomé el tren de vuelta a Leipzig, y a mi regreso a la oficina ya estaba esperándome un imeil ofreciéndome empezar el 1° de junio, o a más tardar el 1° de agosto. Independientemente de cuándo comenzara, la primera semana de junio había que ir a Nijmegen (Holanda) a un curso de preparación, y setiembre me lo tenía que pasar entero junto con el asistente en la reducción de los hochank. (Obviamente, me dijeron que esperaban mi respuesta a la brevedad posible. Yo estas cosas me las tomo muy en serio, échenle la culpa a lo suizo que me he puesto si quieren, pero el asunto me estresó bastante porque “lo antes posible” claramente quería decir ‘a lo más una semana’, y la decisión del fondo suizo no la sabría hasta fines de mayo, más bien fines de junio...) Un par de teléfonos a Chile (aparte de los normales al hospital donde estaba mi padre) y sobre todo a Zúrich seguro que me subieron la cuenta de mayo, que todavía no me ha llegado.

Como crecí en Chile, me acostumbré a que las películas de cine fueran con el sonido original y subtítulos para quienes tuvieran dificultades de comprensión modestas o insalvables. En Suiza, si se exceptúan algunos cines de provincia a los que nunca he ido y una que otra función de *matinée* con cosas de Disney o similares (como a veces en Santiago, si mal no recuerdo), las películas tienen el sonido original y subtítulos (normalmente en dos idiomas: alemán y francés). Esto es diferente en Alemania, donde en todos lados todas las películas están dobladas al alemán (como en la televisión), exceptuando muy de vez en cuando alguna película de cine arte y, cosa rarísima y al parecer muy reciente, alguna película de Hollywood de moda que, un día a la semana en una sola función, por dos semanas, que dan en original (o sea, en inglés) y sin subtítulos. No sólo las comedias (románticas o no) mueren en alemán, también lo hacen las escenas dramáticas —pero muy especialmente las de acción— de cualquier cuño. Espero que me entiendan y no me juzguen más esnob de lo que soy: en España (y, claro, en Chile) me parece sumamente extraño oír a Harrison Ford o Julia Roberts hablando en castellano, así que imagínense cuánto más extraterrestre me parecen Sandra Bullock o Adam

Sandler en alemán. Sin embargo, las alternativas son comprar todas las películas en DVD (un poco caro; el sistema de videoclub todavía falta en Leipzig con DVDs, todos tienen VHS todavía) o esperar a estar en Suiza para arrendarla o ir a verla allá. (La opción de arrendar el VHS no existe por dos razones: Una, que no tengo televisión ni videograbador, sino que utilizo mi computador portátil para ver los DVDs. Dos, que los VHS aquí también están todos doblados.) Debo confesar que en más de una ocasión me he entregado a mi destino; no haberlo hecho habría equivalido a no vivir la “experiencia alemana” como correspondía. Al menos la notable «Bowling for Columbine» la dieron —y siguen dando, qué increíble éxito de taquilla— en inglés...

En el cine hay unos 20 minutos de publicidad y entre 5 y 10 minutos de sinopsis. Al final de este jugosísimo bloque hay una publicidad ya sea de cerveza (siempre la misma, *Krombacher* en lata, con un paisaje semitropical y música irlandesa de fondo) o de helados (siempre la misma, *Langnese* con su modelo *Solero* y una secuencia increíblemente erotizada en una isla tropical). Inmediatamente después viene una pausa durante la cual se encienden las luces y aparece un(a) joven del cine ofreciendo dichos productos, así que por lo general cuando comienza la película no sólo hay ruido de cabritas o de chocolate sino también de chop. Lo más notable de la publicidad ha sido una inserción que apareció como hace un mes: propaganda de fruta chilena. Se ven viñedos y plantaciones frutales, valles y cerros soleados por supuesto, y letras elegantes que dicen desde cuándo se plantan dichos nobles productos en esas zonas, cifras que oscilan entre los 300 y los 460 años... No se ve gente, claro, pero se ven muy bien los nectarines, las vides y los cítricos.

Cuando llegué a Leipzig, hace ya casi un año, los alrededores inmediatos de la casa donde vivo eran bastante diferentes. En la parte posterior había un sitio erizado poblado de arbustos chascones y hermosos árboles: ahora hay estacionamientos para una veintena de autos, en su mayoría propiedad de inquilinos de las tres casas colindantes, cinco arbolitos y bastante césped, además de un par de escaños y un lugarcito con arena (*Sandkasten* es el término técnico al norte de los Alpes) para que juegen los niños que aún no he visto. En la parte anterior faltaba la vereda en un tramo de como 20 m. Ahora, nuestra vereda está mucho mejor que en el resto de la ciudad, donde la lluvia y el peso de quién sabe qué ya se han encargado de producir una irregularidad digna de un juego de Nintendo.³ El garaje que servía para guardar bicicletas (y del cual elementos antisociales aún no identificados sustrajeron una Honda 1000 en setiembre pasado) queda exactamente bajo mi living y mi dormitorio, y es ahora la entrada y salida (con portón automatizado la semana pasada) para los autos. Hay unas 40 bicicletas bajo los balcones con estacionamientos apropiados, y allí está también la mía. Ahora puedo utilizar el espacioso balcón de la parte posterior de mi departamento, es decir, mirando al norte-noreste, por las tardes y disfrutar de la tranquilidad y el verdor. Lo anterior es cuando estoy en casa, claro, lo cual no es ni mucho menos frecuente. A veces como en el centro de la ciudad, voy una vez a la semana a clases de golf (las cuales se supone deberían ayudarme, entre otras cosas, a mejorar mi *handicap*), otra tarde a clases de *qi gong*, y a medida que mejora el tiempo recorro más áreas verdes que me quedan por conocer en la bicicleta que aún no sé a quién podré vender o regalar cuando me vaya.

³Detalle interesante de país “desarrollado” del norte: Las veredas están más o menos estandarizadas en Leipzig, y constan de tres secciones. La primera, de unos 10-20 cm, es la más cercana a la línea de edificación (o los raros antejardines), y es de ejecución y materiales absolutamente improvisados, según me consta. La segunda debe tener poco más de un metro y está hecha de placas de cemento que simulan ser bloques de granito —que con el tiempo se hundan en diferentes sitios y a diferentes profundidades, sin contar con las grietas y etc. etc. La tercera sección tendrá unos 30-40 cm y consta de adoquines pequeños puestos *a mano*. Es decir, los contribuyentes tenemos días enteros a un par de gañanes martillando esos adoquines para lograr una “superficie” que con los años se transforma en un pedregal apenas disfrazado de urbano.

Desde la circular anterior han sucedido tantas cosas. Bush y sus secuaces invadieron Irak y dieron por terminadas las diferentes fases de las operaciones con nombres de folletín, pero de Saddam y sus amigos todavía se desconoce hasta el paradero. Fui al comentadísimo concierto de Peter Gabriel, el cual me decepcionó más de lo que esperaba, y al final fue cerrar más de un círculo. Podrán deducir que leo menos literatura que antes (lo cual no es difícil), si bien no me la paso sólo haciendo deporte y yendo al cine o de paseo. Hace poco fui a jugar *squash* con una sicóloga gringa que conocí, y me encontré con su profesor iraquí (quien afirma haber sido profesor de *squash* y entrenador de uno de los hijos de Saddam Hussein), y debo confesar que me hicieron menos atractivo el deporte —lo más probable es que lo termine abandonando más bien pronto. No es que me hayan destrozado y yo sea mal perdedor, sino que me presentaron a otros miembros del club local con los cuales compartí una interminable sesión de sauna y posterior descanso, y me convencí de que yo era no simplemente un ave rara sino pollo en corral absolutamente ajeno. Un colega del Instituto Max Planck me quiere convencer de ir a trotar al bosque todas las mañanas, pero aún no sé si le ha resultado o no.

El fin de semana recién pasado estuve en Praga disfrutando de un calor y un sol increíblemente veraniegos. La ciudad ya estaba llena de turistas, en su abrumadora mayoría anglohablantes de diversa procedencia, matizados con alemanes y algunos españoles. Recorrí las callejuelas de la ciudad antigua que me faltaban, visité el nuevo cementerio judío (donde se encuentra la tumba de un tal Dr. Kafka y sus padres), visité lugares que ya conozco de memoria, pero ahora no escondiéndome del ventarrón sino del sol. Si la comida no es tanto más sana (pero sí de mucho mejor sabor) que la sajona, la cerveza es incomparablemente mejor —aunque esto no asombra a ningún conocedor, por algo Plzeň (sí, se escribe exactamente así), a pocos kilómetros de Praga, le dio el nombre a todo un tipo de cervezas. Fui a un club de jazz al que no había alcanzado a ir la vez anterior. Unos jóvenes tocaban estupendo blues y sobre todo funk, y por unos momentos también me sentí más joven. El saxofonista no tenía buen sonido, pero el guitarrista era muy bueno, el baterista era excelente y el tecladista ... bueno, el tecladista tenía un Hammond digital, y el bajo lo hacía ¡él mismo con la mano izquierda! Memorable el funk de los checos, qué quieren que les diga.

(En Leipzig tiene lugar justamente estos días el Festival de Bach anual, con muchos conciertos y eventos. Lamentablemente, el tiempo no los acompaña, pero los sajones ya están más que acostumbrados.)

Comencé esta carta en Leipzig, la proseguí en Praga y la estoy terminando en Zúrich. Escucho el nuevo disco de Pat Metheny, «One quiet night», todo un disco con una sola guitarra sin doblajes ni efectos pero con una afinación especial. Mi guitarrista favorito dice al final de su texto aclaratorio: “I hope this documentation of those moments will offer some peace and enjoyment”. Es lo que les deseo a los que estén buscando algo así, consíganselo.

Dudo que den esta película en Chile, pero si en algún momento se les aparece por ahí no dejen de verla: «Elsewhere». Es un documental en dos partes de dos horas cada una, en total doce secuencias de 20 minutos sobre etnias exóticas y otras que no lo son tanto. La gracia del filme no es sólo la fantástica diversidad que muestra (bueno, al menos en contextos rurales) sino también que no hay comentarios ni discursos históricos ni etnográficos: solo imágenes y las palabras de gente sencilla pero con algo que decir. Notable documental.

Ahora que hace calor se pueden contemplar en Leipzig y sus alrededores los especímenes hembra del género humano que suelen aparecer en el catálogo de primavera-verano de Almacenes París, es decir, las rubias veinteañeras de piernas largas y bronceadas, cinturas de avispa y labios carnosos —por supuesto que a la moda de los tiempos que corren, mostrando lo más posible la ropa interior y el *piercing* del ombligo. Inundan los parques locales, especialmente los fines de semana, y los clubes y

bares donde se expende mala cerveza en medio de una humareda y un bullicio que, afortunadamente, lo llevan a uno a pensárselo cuando menos dos veces. Ignoro si los colegas del Instituto Max Planck de Antropología Evolutiva (con cuyos lingüistas tenemos un contacto estrecho) investigan estos especímenes, es decir, ignoro si el estudio es de tipo académico, pero estoy seguro de que sería interesante para la posteridad. No, yo no me estoy dedicando a este estudio.

Ah, antes que se me olvide: El proyecto que presenté el 1° de abril al Fondo de Ciencias Suizo fue aprobado. Mi base de operaciones estará en Inglaterra, adonde me mudaré a fines de diciembre, pero pasaré algunos meses jugando a ser *visiting scholar* en Oregon y Australia, también un poquito en Suiza y un poquitito en Holanda, en 2004 (sin contar las conferencias, claro). No por nada el «I Ching» me prefiguró el hexagrama N° 56 (*lu*, el caminante). Y yo que me había hecho la ilusión de volverme más sedentario, ya fuera en Chile o en Suiza ...

Diecisiete (2003, 4)

¿Cómo pasaste el tiempo, amada mía,
todo el tiempo que pasé navegando?
—William Neill, «Ulises y Penélope»

Cuando Ulises retornó a su añorada Ítaca, se aproximó a su casa de modo furtivo, porque temía con toda razón que el recibimiento no fuera el más acogedor que un rey, aunque volviera como héroe de Troya, pudiera esperar por aquellos míticos años. Volvió de un viaje que le tomó una década, durante la cual perdió a sus amigos y compañeros de armas, se vio asediado por dioses y semidioses y copuló con cuanta princesa y hechicera le salió al encuentro —sin mencionar el muy fantasmagórico viaje adonde moran los muertos, y otras peripecias memorables.

Yo he regresado a un lugar donde nadie me estaba esperando para apuñalarme pero tampoco había un perro que me meneara la cola, si bien es cierto que mi querida esposa me había echado de menos. Pasé quince meses atrapado por una ciudad donde la burocracia, la modorra y la indiferencia fueron los más importantes azotes que el Hado me tenía deparados. Conocí a no pocas personas, y espero no perder el contacto totalmente con un puñado de extranjeros anglos e hispanos que me hicieron los últimos seis meses de exilio sustancialmente más sobrellevables gracias a la estimulante relación que pudimos construir. Me encontré con más de un fantasma: los de la Guerra Fría; los de un bienestar esquivo y equívoco proveniente de un Occidente admirado, envidiado, despreciado y por sobre todo incomprendido; y los míos propios, por supuesto. No me acosté con ninguna de las mujeres con que me fue dado en suerte interactuar, y eso que había para elegir: deliciosas rubias veinteañeras, diosas del piercing genital y tatuajes satánicos, sofisticadas damas de la alta sociedad y rameritas bobaliconas (citando la memorable expresión de Angelo Maria Ripellino). Está de más decir que no me arrepiento de ello, así como tampoco de no haberme acostado con ninguno de los hombres con que pude o no tuve más remedio que interactuar; mis maneras por demás viriles son un potente disuasivo. (Anécdotas tendría, pero dejémoslas para una ocasión en que la frivolidad sea más tolerable.)

Debo confesar que hice progresos indecorosamente modestos en las áreas en que me había propuesto alcanzar algo —quizás por la vaguedad de las metas que me puse. Lo demás no es sólo literatura: mejoré mi swing para esquivar bancos de arena en un campo de golf, puedo practicar razonablemente bien varias de las rutinas de *qi gong* que hay en el mercado (procurando, eso sí, evitar la nociva sombra de las adelfas, malignos vegetales que según los especialistas chinos envenenan

cuerpo y alma y son casi tan despreciables como los trífidos de Wyndham), y entiendo como cien veces más de lo que puedo hablar en checo. A falta de eucaliptos y coníferas, me hice adoptar por hileras interminables de tilos y plátanos, y sé dónde pernoctaría en un bosque sajón en invierno si tuviera que hacerlo. Leí muchos libros que habría echado de menos si me los hubiera saltado, y vi muchos DVDs de Hollywood que no habrían sido necesarios pero que en más de una ocasión me ayudaron a cambiar de estado de ánimo. A diferencia de hace un año, escucho mucho más a Beethoven que a Bach; he disfrutado de la obra sinfónica de Dvořák y la obra pianística de Janáček, y he estudiado la música y los textos de los primeros seis álbumes de Yes, que no hace mucho tocó en Leipzig. Y me he estudiado más a mí mismo aprovechando soledades invernales que me obligaron a pensar en la historia previa a mi llegada al mundo, el camino recorrido, y los treinta y tantos años que me quedan. Tuve tiempo de comenzar a llorar la partida de mi madre, y de echar de menos tantas cosas y a tantas personas de un modo nuevo. Un colega me contó que en persa ‘te extraño’ se dice “tu lugar está vacío”; a pesar de que los iraníes muy probablemente ya no reparen en ello, me parece una de las expresiones más bellas que he oído.

Y ahora contemplo desde el tren el lago Léman, a medio camino entre Ginebra y Lausana. El sol en los viñedos me cuenta que el otoño está llegando también a las arboledas, y me vuelvo hacia el norte y lo veo venírseos, resuelto pero dulce y con ese qué sé yo de brisa y olor a pastizal atardecido. Qué ganas de citar a León Gieco: Búsquenme, / me encontrarán / en el país / de la libertad. Quizás cuando seamos grandes demos, tú y yo, con un país donde el invierno no duela.

Los recuerdos se van si dejan de evocarse una y otra vez
en las conversaciones entre amigos.

—Milan Kundera, «La ignorancia»

A diferencia de otras ciudades construidas sobre colinas, Cagliari no permite que quienes trabajan en las alturas se movilicen con tranvías modernos como en Zúrich. Tampoco exhibe modelos nostálgicos para turistas, como Lisboa o San Francisco. Los que llegan a la capital de Cerdeña desde la periferia lo hacen en coche (y se entregan a uno de esos muchos delirios urbanos llamado taco), y los que viven en el centro mantienen su corazón sano y sus rodillas y tobillos adoloridos a fuerza de subir escalinatas irregulares y bajar pendientes increíbles. En una de aquellas umbrosas callejuelas adoquinadas me fue dado conocer a Isabella.

La insistente y fría lluvia de comienzos de semana era apenas un recuerdo esa calurosa tarde de jueves en que me decidí a darle un descanso a mis oídos (ya había oído suficientes rusos luchando con la fonética inglesa), mi espalda (siete horas diarias sentado en instrumentos de tortura, seguro que dejados en la isla por los sarracenos —incestuosos, antropófagos y barbudos precursores del Eje del Mal—, dejan huella) y mi cerebro (no soy bueno fingiendo que presto atención o, peor aún, que entiendo lo que están diciendo cuando mis neuronas ya se han desconectado para evitar el recalentamiento). Crucé la Piazza d’Armi y me encaminé hacia el barrio por el que había descendido de la colina ya varias veces rumbo a la explanada llamada Marina y al Porto di Cagliari: Castello. El paseo por el Viale Buoncammino premia al visitante con una hermosa vista del poniente de la ciudad, el mar y unos cerros lejanos, pero en lugar de seguir bajando frente a la Porta Cristina entré en un hermoso laberinto de estrechos pasajes donde la fachada continua de diez o doce metros de altura brindaba un bienvenido descanso del abrasante sol de fin del verano. A la zona se acude por los museos, la catedral, los torreones y en general por la antigüedad que allí se respira. No se oye rap sino, a lo lejos, noticias, ópera o canciones de Lucio Dalla provenientes de una radio. No huele a patatas fritas ni hamburguesas sino, no tan a lo lejos, a pescado asado o pizza hecha más o menos en casa. La

catedral cierra a mediodía, pero sus campanas avisan si ya es hora de terminar la siesta.

El mapa detallado se lo había prestado a alguien, y la fotocopia que me habían dado en la conferencia era de tanta ayuda como un mapa de Sudamérica para hallar Matías Cousiño con Agustinas. Deambulé divertido por el barrio, más topándome con las atracciones que encontrándolas. Con una de ellas (Chiesa e prigione di Sant’Efisio) no logré dar (nada de raro, ya que estaba como a quince minutos de donde yo estaba), así que tanto la desorientación como el calor me animaron a preguntarle a una anciana que parecía dormitar sentada en un escaño dónde podía beber un refresco.

—A la vuelta de la esquina —dijo sin abrir los ojos y sin hacer ningún gesto, de modo que aún me quedaba la incertidumbre de a qué esquina se refería—. Por lo general tienen abierto los jueves, pero tenga cuidado con la chica, que es loca.

Daba yo un par de vueltas lánguidas por la Via Piccioni y la Via San Giacomo pensando en el significado exacto de la palabra “pero” en la advertencia de la anciana y dudando de mi capacidad para descifrar su dialectalidad ronca, cuando de pronto reparé en un descolorido afiche de cocacola ante una estrecha pero alta puerta de madera que en nada se diferenciaba de las otras. Entré dando los buenos días y preguntando si efectivamente estaba abierto, pero sólo me recibió el bostezo interminable de un perro roñoso tendido bajo un mostrador. De una habitación interior una voz apenas audible dijo algo que no comprendí, por lo cual me animé a tomar una de las latas de cocacola que esperaban sobre un refrigerador que me superaba en edad y quizás también en durabilidad.

Llevaba unos momentos parado en el umbral que daba a la calle calmando mi sed cuando me sentí observado por detrás. Al volverme descubrí en la penumbra del fondo de la habitación dos mujeres a las que no había oído llegar. La de la izquierda era corpulenta, lo cual es un eufemismo literario para decir desagradablemente alta y gorda, y tendría unos sesenta años mal llevados. Vestía un delantal celeste con manchas ancestrales que apenas le cubría la rodilla y producía un efecto ligeramente morboso. La de la derecha era más joven, alta y no demasiado delgada, pero de formas que a la distancia se me antojaron bellas, y llevaba un largo vestido de hilo. Al acercarme para chapurrear que tomaría una segunda lata de cocacola, la joven se sentó silenciosa en una de las dos sillas de la habitación y la mayor estiró un brazo largo y musculoso mientras decía *due quaranta*. Entonces hizo su aparición un anciano bajito que, por cómo caminaba y por su aspecto en general, debía haber peleado en la Guerra. Me sorprendió al decirme con una sonrisa:

—Extranjero, ¿eh? Maria, debe ser uno de esos de la universidad. En esta época siempre vienen a Cagliari los de la universidad. Venga, siéntese, debe estar cansado de tanto caminar.

Me preguntaron si era primera vez que visitaba la isla (sí), qué me había parecido la comida (no demasiado buena, a decir verdad, pero el pescado era buenísimo), si me había gustado la ciudad (parecía salida de un cuento de Grimm), y todo ese rato lo aproveché para estudiar disimuladamente a la joven que me había sido anunciada como loca. Me llevaba varios años, pero era de un atractivo sutil y rústico. Su mirada estaba fija en algún punto del espacio, más allá del umbral, y era de una tristeza profunda como el tiempo. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo y parecía ajena a nuestra conversación.

El anciano, cuyo nombre era Stefano, era de una cordialidad inigualable y quería saber todo acerca de Suiza, de Alemania, en fin, de los países ésos donde la gente trabaja tan bien y gana tanto pero la pasa tan mal. La mujer mayor había ido a buscar una silla para sentarse con nosotros y parecía haber olvidado mi deuda. No sé en qué momento aparecieron sobre la mesita unas apetitosas tapas a las que no tuve corazón de negarme y el primer y último buen vino que probaría en Cerdeña. Me esforzaba por salpicar mi castellano con la mayor cantidad de vocablos italianos que se me venían a la memoria, pero ellos me pedían que no hablara italiano, que hablara ese español divertido que nunca antes habían

oído. Tenían parientes lejanos que se habían ido a Argentina, que qué tal estaba la cosa por allá (cómo decirlo), y otros parientes se habían ido a EEUU antes de la Guerra, acaso alguno de ellos fuera el gángster que habían visto la noche anterior en la televisión, si yo veía televisión italiana donde vivía (qué se responde a algo así)... En el momento que me levantaba para pagar por todo el consumo y agradecer la grata charla, Stefano me preguntó dónde me hospedaba. Le dije que en el Poetto, una larga y hermosa avenida flanqueada por palmeras y eucaliptos a orillas del mar.

—Estupendo, hace mucho que no vamos por allá. Maria, cierra la tienda mientras voy a buscar el coche. A Isabella le hará bien salir de estas cuatro paredes y bajar a la playa. ¿Hay buena comida, en el Poetto?

...y un cuarto de hora más tarde estaba sentado en una terraza plantada en medio de la arena de frente a la tibia brisa que venía de África. Stefano y Maria se habían ido a caminar por la playa y me habían dejado a cargo de Isabella, habiendo comprobado que les obedecía y probaba la cerveza local (mala, muy mala). Como el silencio amenazaba con transformarse en angustioso, decidí empezar una conversación.

—El hostel donde me hospedo queda ahí al frente —dije algo inseguro, indicando una casa de dos pisos rodeada de arbustos y árboles pero con una espectacular vista a la bahía—. Fui muy afortunado. La mayoría de mis colegas se hospedan en la parte antigua del centro. Demasiado ruido para mí.

—Es hermoso aquí —dijo para mi sorpresa Isabella en un castellano cantarín pero correcto—. Qué pena no poder salir más a menudo, vendría a oír las rompientes. Todos piensan que estoy loca.

No supe qué responder. Isabella no me miraba a mí, sino que parecía absorta en un barco distante. La observé con más detención. Sus largos cabellos eran castaños, ligeramente rojizos tal vez, y con no pocas canas que le echaban años encima. Sus rasgos eran pronunciados pero armónicos; le iban bien a su tipo mediterráneo de ojos inquietantemente oscuros. Y hablando de cosas inquietantes: el vestido de hilo era inofensivo en las sombras de las pétreas y centenarias casas del centro, pero en la playa se transformaba en una prenda que ponía a prueba el poder de concentración.

Durante la siguiente media hora, Isabella me contó su historia. Había estudiado ciencias políticas, historia y español, y trabajado en varios puestos administrativos hasta que obtuvo media plaza como académica en Nápoles y media plaza en el ayuntamiento de esa ciudad. Todo parecía ir bien hasta que un accidente automovilístico le arrebató al mismo tiempo las dos personas que más quería: su padre y su hijo. Como nunca se repuso del golpe, tuvo que dejar de trabajar. Una vez que la habían visto caminando mar adentro en Sicilia los siquiátras consideraron que era depresiva suicida, así que debía quedar a cargo de los familiares más cercanos: su madre, una mujer de fuerza física y voluntad descomunales, y su abuelo, que la adoraba.

—Imagino que en Argentina o Chile o, quién sabe, tal vez en Italia si no fuera tan corrupta, yo habría sido una buena ministra; en todo caso mejor que una española que veo a veces en la tele. Habría tenido la preparación, la inteligencia y la fortaleza. Mi problema fue que el destino me golpeó en el peor momento y en el sitio que más me desestabilizó.

—¿Qué fue del padre de tu hijo?

Stefano y Maria aparecieron en la lejanía y se acercaban lentamente. Isabella sonrió ligeramente al replicar:

—Mi marido tenía ambiciones políticas y una loca como yo era un inconveniente. Ahora tiene una esposa de veintiocho años, una amante de dieciocho, y un puesto como europarlamentario en Bruselas. No está mal, ¿no? Yo ahora soy sólo alguien al sur de todo que oscila entre despedirse del cruel mundo cruel y decir que si “ellos” no se hubieran confabulado lo habría mejorado un poco, ese cruel mundo cruel.

Decidí no preguntarle si había leído sobre Alfonsina Storni, porque intuí que conocía su poesía de memoria. No hacía falta ser muy despierto para entender a qué se había referido Isabella con eso de si Italia no fuera tan corrupta: si tres siquiátras “independientes” habían acordado tan rápido facilitar el divorcio y declararla interdicta (incluyendo el traspaso de la casa común en Nápoles a su ex marido, por supuesto), estaba claro que había tenido suerte en no haber sido internada de por vida.

Esperamos en silencio a que se nos unieran su abuelo y su madre, que parecían rejuvenecidos por la brisa marina. Los habría invitado a cenar, pero como en todas partes la comida era de microondas (pasta) o de frigorífico (ensalada), pagué una ronda de la cerveza local y yo bebí una Heineken tibia. Isabella me contó la historia de la isla, con sus cuatro siglos de ocupación española y sus muchas esperanzas y desengaños. Stefano y Maria me contaron de la Guerra, y después hablamos de viajes, encuentros y despedidas. Con el caer de la noche sentí que me invadía de nuevo esa melancolía que me es tan familiar.

Los acompañé adonde habían aparcado el coche. Stefano no paraba de hablar, Maria lo contradecía de vez en cuando, censurándole algún cinismo o ironía que consideraba un poco blasfema, e Isabella contemplaba las olas incansables. Me despedí prometiendo que volvería alguna vez, sin estar seguro de cuándo sería eso, ni de quiénes seríamos los que nos reencontraríamos.

Soñé toda la noche con variaciones de aquella historia terrible, y volví al día siguiente a la callejuela somnolienta del barrio de Villanova, entre la Piazza San Domenico y la Piazza San Giacomo. Tenía que coger un avión a Milán y después un tren a Zúrich, pero me quedé toda la mañana con Isabella en un pequeño balcón que daba a un patio interior, bebiendo un té amargo, viéndola bordar y haciéndola reír —por ejemplo, diciéndole que, según Neruda, en Temuco la lluvia es una cortina. A su pregunta de si la quería seducir con metáforas como el famoso cartero ése respondí como un pedante: que las politólogas no eran mi tipo (por eso no me casé con una), y que lo de la cortina no era una metáfora (porque el vate se quedó corto). A su pregunta de si ya había oído otras versiones de lo que me había contado el día anterior contesté:

—¿Conoces una canción llamada «Alfonsina y el mar»?

—Creí que nunca preguntarías. Se me ha olvidado el texto, por favor refréscame la memoria. Pero ni se te ocurra fingir que eres argentino. Hazlo con ese acento cantadito y esas *tr* raras que tienes.

Y allí me quedé, con Isabella, nadando en mares de ilusión que tomaban algo prestado del Mediterráneo, del Atlántico y del Pacífico. Menos mal que no hay un piano en casa, claro que bajamos con frecuencia a una *trattoria* cerca del puerto donde entretenemos a los jubilados hasta altas horas de la noche; Isabella poniéndoles la piel de gallina con su do de mezzosoprano y yo con algún *ragtime* o las tarantelas que he aprendido. Reímos, bebemos, lloramos e inventamos una vida como la que nos negaron. Ignoro cuándo partiré de la isla, pero sé que el sol se pondrá en los cerros lejanos por largos y nostálgicos años antes que logre sacudirme esta insospechada ensoñación que irrumpió en mis desamparos. Por supuesto que Isabella no es exactamente Calipso, ni a mí se me confundiría con el hijo de Laertes.

Y sin embargo.

Nieve interminable—
 nadie avanza o retrocede
 a lo largo de este camino de lágrimas.
 No queda rastro alguno
 de pena alguna.
 —Ōshikōchi no Mitsune

Un tipo que parecía luchador de sumo me indicó que esperara en un pequeño recibidor y se marchó casi sin hacer ruido. La habitación estaba decorada con moderación y refinamiento. Una de esas escenas inglesas de caza, exquisitamente enmarcada por cierto, daba hacia la ventana y la calle. La pared de la derecha, también recubierta por madera hermosamente trabajada, mostraba una reproducción de algo de Klee, y había tres pequeñas sillas lujosamente tapizadas y una mesita de caoba con una lámpara que daba una luz tenue y cálida. Más que el vestíbulo de uno de esos prostíbulos de Ámsterdam llamados *privehuizen* ‘casas privadas’, la habitación parecía la antesala de un bufete de abogados escocés de comienzos de siglo XX. Nada de afiches baratos, grupos sudorosos gimiendo en una pantalla ni lubricantes o látigos; sólo un discreto olor a lavanda.

Pocos minutos después apareció una mujer alta y esbelta que podría haber tenido mi edad y que sin duda tenía unos diez años más. El peinado y el maquillaje eran llamativos pero sobrios, y su elegante vestido era atrevido, pero nada que hubiera desentonado demasiado en una cena de gala. Me preguntó en un inglés difícil mientras me mostraba sus regularísimos dientes si era primera vez que visitaba el establecimiento. Una especie de menú que me pasó detallaba la etiqueta, las modalidades de pago aceptadas y las categorías, que se reducían a las siguientes especificaciones: estatura (alta, mediana, baja), color de cabello (rubio, castaño, rojo, negro) y tamaño del busto (XL, L, M, S). Algo atontado por el perfume inconfundiblemente afrodisíaco de la mujer balbuceé que esperaba que Connie estuviera desocupada. Abrió sus ojos grises expresivamente y me sonrió al decirme que volviera a tomar asiento mientras esperaba.

Connie era el nombre que me habían dado, y la joven que me fue a buscar al recibidor correspondía a la fotografía que había visto, si bien con algunas diferencias. Tenía el cabello corto y rojizo en vez de largo y rubio, los ojos azules en vez de verdes, y por supuesto que vestía de modo que se vieran claramente los más mínimos relieves de su cuerpo en lugar de la camiseta que decía Calvin Klein y los tejanos descoloridos que yo había visto. Su figura y sus movimientos sugerían visitas regulares y bien aprovechadas a un gimnasio, y podría haber tenido mi edad —aunque me habían dicho que era diez años más joven. En su mano derecha llevaba un juego de sábanas recién planchadas y un par de toallas, y con su mano izquierda me indicó que la siguiera por un corredor sombrío. Aunque su mirada no delataba el abuso reciente de barbitúricos ni alucinógenos, no me había examinado con interés, desprecio, curiosidad ni hastío, sino con una indiferencia bovina. Al decirme que habíamos llegado a la habitación, su hermosa voz resonó suave y vacía.

Esperé que cerrara la puerta a mis espaldas para preguntarle si su verdadero nombre era Ružena Wagnerová. Por primera vez vislumbré algo parecido a la sorpresa en sus ojos, pero se limitó a negar con la cabeza y hacer la cama con las sábanas que había traído. El cuarto apenas estaba decorado, y había enormes espejos en dos de los muros y el techo. Un olor muy agradable que no logré identificar —quizás coco, o pan recién horneado— inundaba mágicamente la habitación desde el baño, donde por la puerta entornada vi que todo brillaba bajo una fuerte luz amarilla. La joven dejó las toallas en el borde de la tina y activó el jacuzzi, al tiempo que me decía con su voz inexpresiva que eligiera un video para dejar puesto de fondo y comenzaba a desvestirse. Recién cuando tomé sus manos para

impedirle quedar totalmente desnuda volvió a mirarme a los ojos y me dijo secamente:

—No quiero problemas, ¿okey? Si viniste a buscar a Connie aquí estoy, y si quieres a otra persona no puedo ayudarte.

Traté de que me bajara el pulso (lo cual no fue fácil dada mi inexperiencia en estas y otras muchas lides) y le dije que yo tampoco quería problemas sino ayudarla. Sabía que nada de lo que pudiera decir le inspiraría confianza, así que le di la carta que llevaba en el bolsillo. Salí del cuarto de baño y me senté sobre la cama con la vista recorriendo la alfombra que tenía a mis pies. Sentí miedo de las escenas violentas sobre las que me habían advertido. La joven terminaría mal y yo mucho peor.

Cuando levanté los ojos, Ružena me miraba sin saber si dar crédito a lo que acababa de leer. El portador de la carta sería un desconocido que además le llevaría un pasaporte con un nombre nuevo y dinero para regresar a la República Checa. La iniciativa la había tomado una organización alemana que intentaba ayudar a jóvenes secuestradas y posteriormente esclavizadas en algún burdel de Yugoslavia o Italia, pero también de Alemania o los Países Bajos. La carta la había escrito la madre de la joven de su puño y letra. Ružena se arrodilló sobre el piso del cuarto de baño a llorar. Busqué infructuosamente un video que no fuera pornográfico para poder hablar con ella sin temor a ser espionados, y finalmente decidí escudarnos tras el ruido de la ducha.

Me arrodillé a su lado y la abracé mientras sollozaba, como se hace con un extraño en la calle después de un accidente de tránsito o un incendio. No me fue difícil apartar la idea de que tenía en mis brazos a una muchacha muy atractiva prácticamente desnuda en un cuarto especialmente acondicionado para que uno diera rienda suelta a deseos que poco tenían que ver con el consuelo o la ayuda humanitaria. Me habían contado cómo, a los quince años, Ružena había sido engatusada con falsas promesas a la salida de una discoteca en las afueras de Praga. La habían llevado a un burdel lleno de adolescentes bajo llave en Dresde, de donde había intentado huir junto con otras tres niñas. Ružena fue la única que sobrevivió la fuga (las otras tres fueron capturadas y murieron tras las palizas que les propinaron), pero al cruzar la frontera de noche sin papeles uno de los policías la había vendido a otra banda de esclavistas que la había llevado primero a Bélgica y después al Barrio Rojo de Ámsterdam. La carta le decía que su padre había muerto de pena unos años antes, pero que el resto de la familia, labriegos empobrecidos de los alrededores de Plzeň, la esperaba con ansias de que saliera lo antes posible del oscuro torbellino que la había aprisionado.

Embriagado por el olor del cuarto de baño, pero especialmente por el olor del cabello y el cuerpo de Ružena que me envolvieron cuando la ayudé a vestirse como a una niña pequeña, le di el pasaporte con una foto que, si bien era un tanto antigua, podría servir si la joven aplicaba sus artes cosméticas para rejuvenecerse un poco. El dinero que me habían dado en Alemania costearía el viaje hasta Hamburgo y de allí a Praga en un tren nocturno —más seguro que un vuelo y más barato que alquilarle un coche—, y me percaté de que no me habían dado dinero para el rato que se suponía que iba a pasar con ella. La idea era no despertar sospechas (¿quién desconfía de un desconocido de nombre español que asiste a un congreso profesional en la ciudad y aprovecha una noche para divertirse?), pero tampoco dejar más huellas de las necesarias, así que le di todo el efectivo que llevaba conmigo. Resultaba una suma que no cubría todo el tiempo que habíamos estado juntos, pero sí una primera cita normal con descuento. No habíamos hecho uso real del jacuzzi ni de la ducha, y tuvimos que arrugar las sábanas a mano. Lamenté no haber sabido qué más decir cuando Ružena me dio un fuerte pero tembloroso abrazo de despedida y me prometió que se iría a Hamburgo el día siguiente. Era de bajo riesgo por no tener pasaporte, y seguramente los rufianes que fingían ser guardaespaldas tendrían más trabajo con las recién llegadas o las revoltosas que con una respetable veterana con más de cinco años de experiencia en *privehuizen*. Además, ya no tendría adónde ir. A esa

edad, sin educación y sin papeles.

Contuve el impulso de girar sobre mis talones para ver si Ružena me observaba desde alguna de las ventanas de la hermosa casa de ladrillos rojos y enredadera en una callejuela que no olvidaré jamás. Sentí el viento frío esa noche de octubre en las lágrimas que aún me mojaban la mejilla derecha. Y esas lágrimas eran de Ružena, por supuesto, porque yo no estaba en condiciones de llorar. Ni tampoco de reír, habiéndole mentido a la joven. Le había ocultado el hecho de que tan grande no era la familia que la estaba esperando en casa: su hermana menor había sido secuestrada seis años antes por una banda rusa y había muerto, ya fuera como consecuencia de un aborto mal practicado o por la golpiza que siguió a la intervención, cerca de un puesto fronterizo entre Rumania y Hungría. Su hermano mayor había terminado en una acequia en las afueras de Děčín con una docena de puñaladas en el tórax poco después que Ružena volviera a ser secuestrada y sacada del país, en un intento del joven de seguir el rastro de su hermana para rescatarla. La esperaban en casa una madre medio ciega, una hermana mayor con síndrome de Down, y algunos tíos a quienes apenas conocía. Pero la esperaba la libertad, y eso no era poco decir, después de diez años.

Cuando llegué a una plaza iluminada me senté en los peldaños de la entrada de una casona a oscuras. A pesar de que es un punto relativamente neurálgico había pocos peatones, pero la iluminación y el tráfico me daban cierta seguridad de que no terminaría mi temeraria aventura posando involuntariamente para la crónica roja. Vi pasar un grupo de alemanes borrachos cantando en dirección al célebre distrito del que yo acababa de salir. A los pocos minutos pasaron en la dirección contraria unos clones de Eminem y me ofrecieron en un holandés arrastrado lo que adiviné eran drogas fuertes, pero siguieron camino al constatar mi desinterés. Un muy joven mochilero norteamericano con un mapa de Ámsterdam en la derecha y la biografía de Chatwin en la izquierda me pidió ayuda para hallar su *bed and breakfast*, y decidí acompañarlo para no quedarme solo en medio de la ventisca rumiando lo que seguramente se me transformaría en un frustrado intento suicida. Le pregunté si era primera vez que visitaba la ciudad, a lo cual asintió. Acababa de llegar en un tren de París y estaba muy cansado. Aprovecharía el día siguiente para recorrer los museos, los canales, y —¿por qué no?— quizás probar algunas de las cosas que eran ilegales, caras o desconocidas en su Saint Louis natal: hierba en uno de esos cafés con avisos en el Lonely Planet, la famosa y fuerte Heineken, y una de esas chicas medio desnudas en escaparates alfombrados e iluminados de rojo. Le pregunté qué edad tenía, y me dijo que no me preocupara, que había cumplido dieciocho años antes de salir de EEUU. Lo dejé en la puerta de la casona que buscaba y emprendí la larga caminata hacia mi hotel, donde gritaría algo un buen rato bajo la ducha muy caliente, seguramente ninguna palabra en especial, mientras trataba de decidir por quién o qué debía preocuparme. Hasta quedar afónico y sin la menor esperanza de conciliar el sueño. O hasta que alguien, en algún lugar del mundo, me oyera.

A veces fortalecerán el ánimo una cabalgata, un viaje, una estadía en otra región, la alegre compañía y algo abundante de beber.

—Séneca, «Sobre el equilibrio del alma»

Llueve en un bosque cerca de una laguna en Saboya, a una hora de Ginebra. Me recuerda la última lluvia que vi en Sajonia hace poco más de un mes. Estaba por ir a despedirme de Praga, y ya vivía conmigo Kristine. Mi living había sido invadido por bolsos y maletas llenos de artículos enigmáticos, por las mañanas había olor a café y por las tardes la música no siempre era la que yo habría puesto —pero como la mayor parte del tiempo me la pasaba metiendo libros o ropa en cajas de cartón (a diferencia de Ilan Stavans cuando dejó su departamento neoyorquino, no me deshice de ninguno;

mentira: le dejé «Moon Palace» de Auster a Kristine, intuyendo que ninguno de los dos lo leería) o durmiendo, no había razón para impacientarse.

Kristine es de New Hampshire, pero ha estado en otros lugares. Estudió en Santa Barbara, y me conoció hace año y medio cuando fui allá a dar una charla. (Yo no me acordaba de ella, porque era “sólo” *undergrad* en esa época, aunque normalmente no soy así. Qué vergüenza.) Está casada con un meteorólogo y ha vivido el último tiempo en el sur de Illinois, en un sitio que parece ser detestable pero que les permitió comprar una casa donde hasta hace poco ambos malcriaban a Walter, un gato obeso y malandrín. Especial mención merece su trabajo de campo en Nepal con el pueblo manang, que sin duda contribuyó a ampliar sus horizontes. Se quedará dos años sola en Leipzig, viviendo en el que fue mi departamento y trabajando en la oficina contigua a la que me vio pasar tantas horas de anhelos turbios y desesperanza insensata. Kristine.

Llueve sin cesar en este bosque que muestra el otoño solamente en el follaje del que ya se ha despojado. La gente es muy cortés por estos lados, y habla esa lengua tan parecida al castellano pero tan distinta a la vez. Sin duda me aproveché del hecho que a Kristine le gustara mucho hablar sobre EEUU y sus demonios. También con un amigo proveniente de New Jersey, que podría ser mi padre y conoce profundamente Italia Meridional, así como varios países de Asia Central y del Cáucaso, pasé gratas horas disfrutando de buenos vinos franceses de su elección o algún Cousiño Macul o Concha y Toro aportado por mí (varios vinos de esas “viñas emergentes” se podían encontrar en Leipzig fácilmente, pero para llevar de regalo por lo general prefiero no arriesgarme), no sólo hablando sobre la política exterior e interior de EEUU los últimos años, sino esforzándonos por buscar raíces más antiguas, profundas y supuestamente iluminadoras. Por mi profesión actual he podido reflexionar con gente, tanto dentro como fuera de EEUU, que sostiene opiniones diferentes de aquellas más cercanas al *establishment* (que conozco por los medios de comunicación habituales y superficiales conversaciones con “gente de la calle” cuando estoy por allá) o de las tímidas críticas que puedo oír en National Public Radio o leer en sitios web seleccionados. Todo lo que creo haber aprendido sobre EEUU este año, incluidas mis propias lecturas, me convencen de lo acertado de mi decisión de ir a Boston a una conferencia en enero próximo e ir a trabajar un mes o dos en el verano a Oregón, pero fijar mi base de operaciones para los próximos años en Inglaterra. Espero que ni el Eje del Mal ni la CIA, que acaso sean lo mismo en más de un sentido, me localicen demasiado pronto con fines poco constructivos.

Llueve mientras oscuros nubarrones surcan el cielo en medio de una endiablada borrasca otoñal. Veo el Albis, el lago de Zúrich, y los árboles en una danza que prefigura un invierno hostil. Estoy de vuelta en casa.

De vuelta. En casa.